

# Misterios del Plata

## Novela histórica contemporánea

Juana Paula Manso

Hebe Beatriz Molina

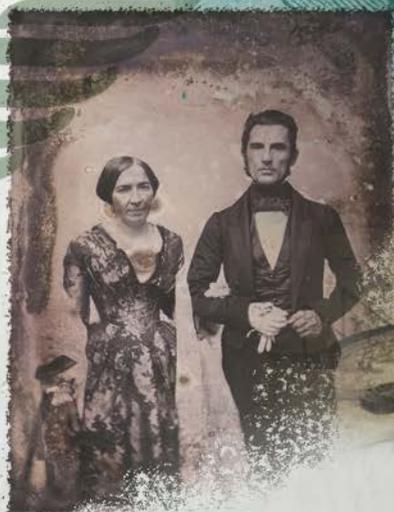
Traducción, edición modernizada y notas

Lorena De Gaspari y

Hebe Beatriz Molina

Asesoramiento pedagógico

FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS · UNIVERSIDAD NACIONAL DE CUYO



**Misterios del Plata**

Novela histórica contemporánea



**Facultad de Filosofía y Letras, Universidad Nacional de Cuyo.** Mendoza, Argentina.

Centro Universitario - Mendoza (5500) - Casilla de Correo 345 - Provincia de Mendoza

Edición: Ana Federica Distefano

Diseño gráfico y maquetación: Clara Luz Muñiz

La imagen de tapa es un collage a partir de fotos con atribución. Se atribuye a sus autores según se los menciona en la fuente: 1- Mariposa: ilustración publicada en el libro *Compendio de la historia de las provincias unidas del Río de la Plata desde su descubrimiento hasta el año 1874*, por Juana Manso, en página 74. Libro en dominio público (no se declara el autor de la ilustración). 2- Retrato de Juana Manso, en el libro *Compendio de la historia de las provincias unidas del Río de la Plata desde su descubrimiento hasta el año 1874*, por Juana Manso, en página portadilla. Libro en dominio público (no se declara el autor de la ilustración). 3- Valentín Alsina (1802-1869) y su esposa, Antonia Maza. Daguerrotipo (1854). Autor no identificado. Complejo Museográfico Enrique Udaondo. En: [https://commons.wikimedia.org/wiki/File:Valent%C3%ADn\\_Alsina\\_\(1802-1869\)\\_y\\_su\\_esposa,\\_Antonia\\_Maza.jpg](https://commons.wikimedia.org/wiki/File:Valent%C3%ADn_Alsina_(1802-1869)_y_su_esposa,_Antonia_Maza.jpg). 4- Zumacas. Fragmento del cuadro de Juan Manuel Besnes. "Barraca y muelles de Samuel Lafone", perteneciente al Museo Histórico Nacional de Uruguay. Montevideo. En la web <https://www.zumalakarregimuseoa.eus/es/actividades/investigacion-y-documentacion/exposicion-leopoldin-a-rosa-una-historia-de-hoy>.

---

Manso, Juana Paula

Misterios del Plata : novela histórica contemporánea / Juana Paula Manso ; Editado por Hebe Beatriz Molina ; Prefacio de Sofía Criach. - 1a ed. - Mendoza : Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional de Cuyo, 2025.

Libro digital, PDF - (Nido de cóndores / Hebe Beatriz Molina ; 2)

Archivo Digital: descarga y online

Traducción de: Hebe Beatriz Molina.

ISBN 978-950-774-444-0

1. Narrativa. 2. Literatura Argentina. 3. Novelas Históricas. I. Molina, Hebe Beatriz, ed. II. Criach, Sofía, pref. III. Molina, Hebe Beatriz, trad. IV. Título.

CDD A860

---

La responsabilidad por las opiniones emitidas en los artículos corresponde exclusivamente a los autores.



Se permite la reproducción de los textos siempre y cuando se cite la fuente. Esta obra está bajo una Licencia Atribución-NoComercial-CompartirIgual 2.5 Argentina (CC BY-NC-SA 2.5 AR). Usted es libre de: copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato; adaptar, transformar y construir a partir del material citando la fuente. Bajo los siguientes términos: Atribución —debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante. NoComercial —no puede hacer uso del material con propósitos comerciales. CompartirIgual — Si remezcla, transforma o crea a partir del material, debe distribuir su contribución bajo la misma licencia del original. No hay restricciones adicionales — No puede aplicar términos legales ni medidas tecnológicas que restrinjan legalmente a otras a hacer cualquier uso permitido por la licencia. <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/2.5/ar/>

Este material se publica a través del SID (Sistema Integrado de Documentación), que constituye el repositorio digital de la Universidad Nacional de Cuyo (Mendoza): <http://bdigital.uncu.edu.ar>.

Nuestro repositorio digital institucional forma parte del SNRD (Sistema Nacional de Repositorios Digitales) <http://repositorios.mincyt.gob.ar/>, enmarcado en la leyes argentinas: Ley N° 25.467, Ley N° 26.899, Resolución N° 253 del 27 de diciembre de 2002 de la entonces SECRETARÍA DE CIENCIA, TECNOLOGÍA E INNOVACIÓN PRODUCTIVA, Resoluciones del MINISTERIO DE CIENCIA, TECNOLOGÍA E INNOVACIÓN PRODUCTIVA N° 545 del 10 de septiembre del 2008, N° 469 del 17 de mayo de 2011, N° 622 del 14 de septiembre de 2010 y N° 438 del 29 de junio de 2010, que en conjunto establecen y regulan el acceso abierto (libre y gratuito) a la literatura científica, fomentando su libre disponibilidad en Internet y permitiendo a cualquier usuario su lectura, descarga, copia, impresión, distribución u otro uso legal de la misma, sin barrera financiera [de cualquier tipo]. De la misma manera, los editores no tendrán derecho a cobrar por la distribución del material. La única restricción sobre la distribución y reproducción es dar al autor el control moral sobre la integridad de su trabajo y el derecho a ser adecuadamente reconocido y citado.



UNCUYO  
UNIVERSIDAD  
NACIONAL DE CUYO



FACULTAD DE  
FILOSOFÍA Y LETRAS

edifyl

Juana Paula Manso

# Misterios del Plata

Novela histórica contemporánea



HEBE BEATRIZ MOLINA

TRADUCCIÓN, EDICIÓN MODERNIZADA Y NOTAS

LORENA DE GASPARI Y

HEBE BEATRIZ MOLINA

ASESORAMIENTO PEDAGÓGICO





## COLECCIÓN NIDO DE CÓNDORES

Dirección: Hebe Beatriz Molina

Codirección: Sofía Criach

Supervisión histórica y patrimonial: Cintia Giselle Colombo

Asesoramiento didáctico: María Lorena De Gaspari

### Comité académico

Dr. Nicolás Abadie (Instituto de Educación Superior N.º 9-024 Lavalle, Mendoza)

Dra. Andrea Bocco (Universidad Nacional de Córdoba)

Dra. Marta Elena Castellino (coordinadora del Centro de Estudio de Literatura de Mendoza)

Dra. Natalia Crespo (CONICET-Universidad de Buenos Aires)

Dra. Cristina Andrea Featherston Haugh (Universidad Nacional de La Plata)

Lic. María Inés Laboranti (Universidad Autónoma de Entre Ríos)

Dra. Marta Negrin (Universidad Nacional del Sur)

Dra. Lía Sabrina Noguera (Universidad Nacional de las Artes-CONICET)

Dra. Grisby Ogás Puga (Universidad Nacional de San Juan-CONICET)

Dra. María Laura Pérez Gras (CONICET-UBA, Universidad del Salvador)

Dra. Liliana Pincioli (Instituto de Educación Superior N.º 9-011 Del Atuel, San Rafael)

Dra. María Carolina Sánchez (Universidad Nacional de Tucumán-CONICET)

Dr. Carlos Hernán Sosa (Universidad Nacional de Salta-CONICET)

Dra. Emilce Nieves Sosa (Universidad Nacional de Cuyo)

Dra. Fabiana Inés R. Varela (Universidad Nacional de Cuyo-CONICET)



# Índice

Breve prefacio de la colección, por Sofía Criach.....	9
Cuatro palabras de conversación con los lectores, por Hebe Molina ...	11

## **Misterios del Plata** **Novela histórica contemporánea**

Introducción.....	17
-------------------	----

### **Parte I**

1. El mensajero .....	21
2. Miguel.....	23
3. El Juez de Paz del Baradero.....	25
4. Los pasajeros de la sumaca Francesca de Rimini.....	30
5. Explicaciones necesarias .....	36
6. El muelle de Lafone.....	40
7. Dos malvados.....	45
8. Los leñadores del Paraná.....	50
9. Némesis .....	57
10. Lágrimas .....	65
11. Proceso de un salvaje unitario .....	72
12. Simón y Miguel.....	81
13. Tentativa .....	87
14. La ocasión del ambicioso.....	90
15. Peligro.....	91

## Parte II

1. Escena del interior .....	97
2. Llegada al puerto .....	104
3. El coronel Corvalán.....	107
4. El pontón y sus dos comandantes.....	108
5. Las primeras glorias del Juez de Paz .....	111
6. Preparativos para una solemnidad.....	114
7. La Mashorca.....	121
8. Nuevos personajes.....	126
9. El coronel Rojas .....	131
10. Nueva manera de propagar las ideas.....	135
11. Hasta donde no alcanza el poder de los tiranos.....	139
12. La Recoleta .....	141
13. Cortejo triunfal.....	145
14. Un amigo fiel.....	150
15. La señora de Alsina.....	154
16. El dinero es el alma del mundo .....	157
17. Último capítulo: La fuga.....	160
Nota de la autora.....	167

### **Vuelos de cóndores**

Sugerencias didácticas para investigar y dialogar sobre  
*Misterios del Plata*, por Lorena De Gaspari y Hebe Beatriz Molina .... 169

**Bibliografía**.....175

## Breve prefacio de la colección

Un prefacio o prólogo es, la mayoría de las veces, poco necesario, si no impertinente. Para algunos es una valla para saltar, una posta en la que no detenerse, un adorno sobre el cual no demorar la mirada. Para otros, en cambio, configura la llave de acceso al libro, aun cuando el autor declare allí mismo que quisiera dar su obra “monda y desnuda, sin el ornato del prólogo”, como Cervantes a su *Quijote*; o como Borges, tan propenso a las contradicciones, quien afirmó que el prólogo linda, en ocasiones, con la oratoria de sobremesa, pero que –cuando los astros son propicios– puede tornarse una especie lateral de la crítica.

Quienes sí se detienen en este humilde zaguán sepan que esta colección es producto del trabajo de Patrimonio Cultural y Literario, un espacio curricular de la carrera de Letras de la Universidad Nacional de Cuyo. Los estudiantes avanzados que participaron de su cursado durante 2024 demostraron tal interés y responsabilidad en el trabajo sobre archivo y patrimonio documental, con sus implicancias, problemas y desafíos, que ese entusiasmo terminó por materializarse en esta colección. Así, a través del rastreo de fuentes –sobre todo, de las primeras ediciones– y del cotejo textual entre distintas publicaciones, siempre bajo la puntillosa y amable guía de la profesora Hebe Molina, descubrieron las modificaciones de las reediciones realizadas por los propios autores y autoras, interpretaron los cambios de sentido producidos y, también, conjeturaron las razones posibles de tales variantes.

La reedición modernizada de textos literarios argentinos del siglo XIX y principios del siglo XX es, entonces, una lectura: crítica, rigurosa, atenta, pero lectura al fin. Y la lectura, cuando acaba en edición, multiplica su valía al convidar a otros lectores a la mesa. En este caso, les damos acogida en estas páginas para leer y releer voces diversas que germinaron en los fértiles suelos de nuestro país, para seguir pensando quiénes fuimos, quiénes somos, quiénes queremos ser.

Sofía Criach  
Codirectora de la colección



## Cuatro palabras de conversación con los lectores

*Así tituló José Hernández el prólogo de La vuelta de Martín Fierro. Y como esta colección es una vuelta a textos argentinos de los siglos pasados, tomamos prestado no solo el título, sino también el propósito autoral de entusiasmarlos a ustedes, lectores, con entramados de palabras sugerentes y originales, que puedan ser –como anhelaban los escritores de 1837– espejos de nuestras inquietudes personales y sociales. Un espejo, un retrato, porque la literatura nos descubre, nos explica, nos cuestiona, nos emociona y nos ilusiona.*

*El título de la colección, Nido de Cóndores, está tomado del poema “El nido de cóndores” (1877), de Olegario Víctor Andrade, que puede leerse en el primer volumen de la serie.*

En este segundo tomo, les presentamos a Juana Paula Manso (1819-1875), una de las mujeres más bravas de aquel entonces, y, para que la conozcan bien, decidimos traducir su novela *Misterios del Plata: Novela histórica contemporánea*, que publica en una revista semanal, *O Jornal das Senhoras*, fundada por ella misma, durante el primer semestre de 1852, cuando junto a su familia sufre el exilio por causas políticas en Río de Janeiro.



Portada del primer número de *O Jornal das Senhoras*, Río de Janeiro, 1 de enero de 1852 (núm. 1, tomo I, p. 1).

¿Se han dado cuenta de que, en la historia de la humanidad, los pueblos periódicamente se enfrentan a la oposición *libertad* versus *tiranía*? Los seres humanos, porque vivimos en comunidades organizadas políticamente, en algún momento de nuestras vidas, podemos tener que enfrentamos a estas preguntas cruciales: ¿Hay que ser dóciles a las órdenes de aquel que abusa de su cargo y pretende imponer una ideología (no importa cuál) como excusa para ensalzarse y enquistarse en el poder político, hasta el extremo de decidir sobre la vida y la muerte de los ciudadanos? ¿No hay en cada ser humano una necesidad íntima de pensar y de actuar libremente?; ¿no es por eso que todos reclamamos el derecho a la libertad de expresión y de decisión?

Pensemos en cuántas partes del mundo, hoy y ayer y anteayer... han surgido tiranos (o dictadores), pero también muchos defensores de la libertad social y personal.

En la Argentina del siglo XIX hubo un gobernante que generó polémica y una fuerte oposición: Juan Manuel de Rosas, gobernador de Buenos Aires, sobre todo por su segundo mandato (1835-1852) y el “año del terror” (1840), año durante el cual la violencia y la crueldad fueron moneda corriente. Él representaba al partido federal. Sus adversarios políticos eran apodados “salvajes e inmundos unitarios”. Buena parte de quienes lo enfrentaron abiertamente terminaron muertos o en el exilio. Tiempo después, cuando gobernaban los unitarios, los federales la pasaron mal y muchos también sufrieron el exilio o la muerte violenta. No se trata, pues, de cuál es la ideología del gobernante, sino de cómo gobierna.

Como respuesta y arma de combate, los literatos antirrosistas construyeron una imagen abominable del “tirano Rosas” para defenderse, para prevenir el surgimiento de nuevos tiranos y, sobre todo, para dejar grabado en la memoria colectiva el registro de lo sucedido en aquel tiempo (según su visión particular). Consideraban que la literatura tenía la misión patriótica de enseñar a defender la libertad.

Entre los autores de estas novelas contra Rosas, se destaca la pionera Juana Paula Manso. Su padre le inculcó el ideal de la independencia y la postura política de los unitarios; en consecuencia, la familia debió exiliarse en Montevideo, primero, y en Río de Janeiro, después. Se casó con el violinista

portugués Francisco de Saá Noronha. Por él y sus conciertos, viajaron a Estados Unidos y a Cuba, donde nacerían sus hijas Eulalia y Herminia. Durante ese periplo, Juana Manso empezó a escribir la novela sobre el período rosista, tan doloroso para ella en particular.

Traemos, pues, al presente a una mujer osada, aguerrida y resiliente. Juana comprendió que podía ayudar a la causa de la libertad y de la dignidad de las mujeres a través de la labor educativa y así lo hizo desde jovencita, cuando con su madre abrieron una escuela para señoritas en Montevideo; Juana tenía 21 años. También lo intentará escribiendo poemas, obras de teatro, revistas para mujeres y novelas.

La trama novelesca de *Misterios del Plata* se basa en hechos históricos: el viaje por el río Paraná, la prisión y la fuga del abogado Valentín Alsina, quien es acompañado por su esposa Antonia Maza y el hijo de ambos, Adolfo.

No importa tanto si esos hechos son verídicos, como empatizar con los protagonistas y con los otros personajes que los ayudan. Es decir, como lectores, ponernos en el lugar de los perseguidos y decidir si entregaríamos nuestra conciencia a la voluntad de un tirano o nos arriesgaríamos por defender los derechos de los inocentes, como hacen los gauchos Miguel y Simón y el marino genovés Lostardo.

Juana Paula Manso no tiene dudas y *Misterios del Plata* ve la luz en Río de Janeiro, por entonces capital del Imperio del Brasil.

En 1867 reelabora la novela y le introduce notables modificaciones. La publica en el *El Inválido Argentino*, un semanario porteño, pero no puede concluirla porque ese periódico deja de publicarse en febrero de 1868.

Muchos años después de la muerte de la escritora (24 de abril de 1875), aparece otra versión de la novela, bastante distinta de las otras dos anteriores. No se sabe quién es el responsable de esta edición (1899-1900).

En esta oportunidad, elegimos reeditar la primera versión porque nos parece la mejor de las tres ediciones, con un entramado novelesco bien organizado, a causa de que es el producto de una experiencia inmediata. Nos muestra a una Manso novelista espontánea y apasionada. Y la hemos traducido para que los lectores hispanohablantes podamos apreciarla en nuestra lengua.

va de bello luar, da musica, do golpe de vista sem igual da nessa tobia, e do aroma suave e penetrante das flores da mangueira e das mil flores dos jardins de Nickeroy.

Pois sim! estava es fresca!

Salinas: que a desgraça que ficassem detidos alguns segundos, quando quizesmos seguir, a musica tinha desaparecido.

Por onde foi?

Está no Ingi Grande, em casa do Presidente.

Como elles vão a posse redobrado, já devem li estar; pois corramos.

E li iamos nós cahindo aqui levantado acoli.

Jesus! ai que calor!... que suor!

Corramos os dois Ingi grande e pequeno! Ninguem!

Oh! maldição! A musica estava embalsam! Moído, azulado e arfando, vamos li.

Felizmente para nós, de tempos a esta parte que faço só papéis miudos nos farpas do mundo; por isso sentei-me em um canto e pon-me a observar: é minha mania.

A musica era do maestro Noremba; sobre este senhor é-me vedado falar, nem bem nem mal, perisso nada digo.

Cantava, tocava, e em toda a parte erio recibido com a mais graciosa hospitalidade.

Veis o dia de Reis, vamos outra vez a — passo de ataque — átia Armção!

Ah! se o Sr. Araujo não possahse uma casa tão linda, se sua recepção não fosse tão brilhante... ai que ficavamos zangados de correr así li; porém não foi possível, e o pensamento que se descobri da casa do Sr. Araujo merece todo o sacrificio para gozar d'elle.

Aquelle ar embalsamado, aquella luz eclipsada, aquella cidade que ao longe parecia desmar, aquelle vasto lençol de agua tão limpida e serena, como a lamina de um espelho de aço, e depois aquelles grupos negros, fantasticos e colossaes das montanhas, era um quadro que se não pôde descrever, lizia sim com todas as fibras de mea coração e de minha cabeça, e eu aspirava com toda a força dos meus pulmões aquelle ar carregado de tão suaves emanções — não perdo nos espaços imaginários —

Minha senhora, á ceia! vamos á ceia! — me gritou uma voz. —

Vamos á ceia, respondi eu; e tropeci meus delírios de poeta pelas mais ricas ligarrias que em verdade se podiam apresentar, porém que não compensio essa emoção indefinivel, que se apodera do coração em momentos dados.

Por fim concluído as festas do dia de Reis. — Salvo o passo de corpo, a poeira que engava, e as informações falsas e outros papanos inconvenientes, que eu cá sei, deve continuar o uso da cantata de Reis. Se para o anno aqui estiver não faltará a ella.

## MISTERIOS DEL PLATA.

ROMANCE HISTORICO CONTEMPORANEO.

Com o mundo começando uma luta que só com o mundo mesmo acabou, eis então: a do homem contra a natureza, e do espirito contra a materia, e do liberdade contra a escravidão. A liberdade não é outra coisa que a religião deusa reformada e luita.

MICHAEL, Mitoqta de Frempt.

### II.—MIGUEL.

Assim se chamava a personagem que a tres horas chegava á estancia com uma mensagem tão importante.

Era Miguel, um d'esses desgraçados que o preconceito arrancou do seio maternal, para sacrificá-los aos aras de um falso ponto de honra: fructo de amor desventurado, ou de uma abominavel sedução, Miguel se encontrava só no mundo, sem mesmo possuir a lembrança de que a tentara o cuidado da sua desvalida infancia.

O deserto e suas despoheadas planicies, erão o seu berço, a sua patria, seu lar domestico: seu cavallo ardilho tiava sido até aquella época, a sua familia, o seu amor e o seu amigo: não era elle o companheiro fiel da sua vida errante e aventureira!... Porém Miguel não era um guarda vulgar; ainda que orfão e sem fortuna, possuia elle uma elegancia innata, por isso nem á sua pessoa nem ao seu cavallo faltavão os arreios necessários que devião o guarda elegante, do pelo ordinario; porque, com quanto o falo de serias não curvasse a cabeça a um trabalho quotidiano e regular, difficilmente se encontraria demandar mais agê, e quanto mais seguro, seu portador mais veloz: assim conservava a sua independencia, era exacto em seus compromissos para

• Vêta os numeros 1 e 2.

## SOBRE ESTA EDICIÓN

En este libro presentamos la traducción al español de la edición brasileña de *Misterios del Plata* (1852). Como el portugués que se usaba en Río de Janeiro en ese entonces era muy parecido al castellano y además la novelista era hispanohablante, la labor de traducción no ha presentado mayores dificultades y se ha podido realizar una traslación casi literal. Aclaramos que mantenemos los tipos de letras (negritas, itálicas o cursivas, versalitas) de la edición original para que conozcamos los usos tipográficos de aquel entonces.

Hebe Beatriz Molina  
Traductora y editora del volumen

# Misterios del Plata

## Novela histórica contemporánea<sup>1</sup>

Con el mundo comenzó una lucha que solo con el mundo mismo terminará, no antes: la del hombre contra la naturaleza, la del espíritu contra la materia, la de la liberación contra la fatalidad. La historia no es más que la relación de esta lucha sin fin.

Michelet<sup>2</sup>  
*Introducción a la historia universal*

### INTRODUCCIÓN

No fue por servil imitación de *Los misterios de París*<sup>3</sup> ni de *los de Londres*<sup>4</sup> que llamé a esta novela *Misterios del Plata*.

La llamé así porque considero que las atrocidades de Rosas y los sufrimientos de sus víctimas serán un misterio para las generaciones venideras, a pesar de todo cuanto contra él se ha escrito.

Más poderoso que sus enemigos, sus escritores asalariados contrabalancean el grito de los adversarios del tirano; y otras veces esos mismos escritores, comprados por sus agentes, son aniquilados.

---

<sup>1</sup> Acerca de esta aparente contradicción, "histórica contemporánea", véase el apartado "Vuelos de cóndores" de este mismo volumen.

<sup>2</sup> **Michelet**, Jules: historiador y escritor francés (1798-1874), modelo de historicismo romántico. Véase más en el apartado "Vuelos de cóndores".

<sup>3</sup> **Los misterios de París**: novela del francés Eugène Sue, publicada en 1842, muy famosa en su tiempo.

<sup>4</sup> **Los misterios de Londres**: novela del francés Paul Féval (padre), publicada en 1844.

Este mismo riesgo corremos nosotros, pero ¿qué hacer? Es necesario resolernos a todo, además de que, si la naciente literatura de nuestra América por siempre busca sus tipos en la vieja Europa, nunca tendremos literatura americana, ni literatura nacional.

Levantar el velo funerario de nuestro pasado nos cuesta mucho; porque, de entre ese mar escarlata de la más pura sangre argentina, vemos levantarse pálidos y horrendos los espectros de nuestros amigos, de nuestros hermanos... Con todo, como la última flor depositada por el peregrino en la puerta del hogar doméstico que va a abandonar, nosotros escribimos esta novela en las agonías del amor patrio que se extinguía y, cuando a fuerza de sufrir, fuimos arrastrados a un cosmopolitismo indiferente.

Hoy cuidamos de no tocar la llaga ulcerada que nos dejaron nuestras disipadas ilusiones, nuestras derrumbadas esperanzas; es un deber que quedó en el fondo del corazón, última nostalgia tan duradera como la existencia.

En esta novela encontrarán tal vez lo que todavía se llaman ideas “muy libres” porque, a pesar de su civilización, el siglo 19 conserva prejuicios y horrores e, incluso frente a frente con la verdad, le cuesta salir del gótico edificio, cuyos carcomidos cimientos por todas partes se desmoronan.

Yo, infelizmente tal vez, nunca seré un ser vil, ni en mis opiniones, ni en mis escritos; considero que la percepción de las verdades eternas es un tesoro depositado por Dios en el espíritu humano, no para ser ocultado u olvidado, sino más bien para revelarlo a los hombres con voz sonora y porte altivo.

El apostolado de la ciencia de la verdad es digno de todo aquel que sienta fuerza en el corazón y en el espíritu para sostenerlo.

No sé cuántos defectos, en las formas, encerrará esta novela; nunca cuidé las reglas, porque entiendo que la regla verdadera de toda la composición es la inspiración; nada tan robusto y perfecto como el pensamiento, don de Dios y que, creando, a Él nos asemeja, porque como Él también crea.

Después de todo, yo lo creo, porque a eso he sido arrastrada, yo no sé cómo...

He luchado y, por fin, venció alguna cosa que existía desconocida en lo íntimo de mí misma y a cuyo impulso obedezco.

Así, pues, mi novela es verdadera; algunos de sus personajes todavía existen.

La historia de esa heroica Argentina es más un hecho que prueba la necesidad de la ilustración de las mujeres; no solo en provecho de sí mismas, sino también en provecho del hombre, del cual son ellas la compañera y el segundo jefe de familia.



## Parte I

### 1. EL MENSAJERO

Era una hermosa tarde de otoño de 183... La vegetación principiaba a vestir ese verde amarillento, tinta pálida y descolorida, que anuncia la proximidad del invierno.

Los moribundos rayos del sol del poniente iluminaban con débil claridad las inmensas planicies de la provincia de Buenos Aires, mientras que nubes color de rosa y doradas teñían caprichosas el horizonte.

Una suave brisa hacía ondular apenas los tallos de las blancas y rojas margaritas, que tapizaban las llanuras de la Emperatriz del Plata, besando el asta de la tímida violeta que se esconde avergonzada entre su verde follaje; mientras que el gigantesco ombú permanecía en desdeñosa inmovilidad, porque solo ante los tifones furiosos del pampero se agita su inmensa mole.

A lo lejos volaban espantados los repugnantes chimangos, las blancas gaviotas iban a esconderse entre los juncos de la laguna, mientras que allá, en medio del desierto, resonaba el gemido del fatídico chajá.

A los resplandores desteñidos e inciertos del crepúsculo, había sucedido una de esas noches sin luna, de cielo transparente y estrellado, noches tristes y serenas, como la última hora del hombre que vive en paz con su conciencia y encara la eternidad con la fe y la tranquilidad del justo de corazón.

A pocos kilómetros del Paraná, dominando verde y apreciable lomada, estaba situada la estancia de uno de los siervos del dictador Rosas.

Sentados los peones en semicírculo enfrente de los ranchos, oían en silenciosa admiración a aquel de entre los compañeros que al compás de una melodiosa guitarra cantaba unas nostálgicas décimas de amor. Música y palabras, todo era rústico, triste y monótono como el desierto que las inspira.

El cantor dio al viento la última estrofa de su canto y, con una mano asegurando la guitarra, la cabeza recostada en el brazo de la guitarra misma, parecía todavía bajo la impresión de la música que ejecutara. El resto de la

gente, callada, escuchaba todavía el eco que se desvanecía y que la brisa esparcía por el desierto. De súbito, en medio de este silencio, la voz del gallo soltó su canto fatídico, que entre los campesinos del Plata es augurio de la llegada de los indígenas.

—¡Nueve y media! —dijo una mujer—. Los gallos cantan, los indios no andan lejos.

En el mismo instante resonaba a lo lejos el galope veloz de un caballo.

—¿Está oyendo? —preguntó un jovencito a otro hombre ya viejo, que estaba sentado a su lado.

—Viene de la ciudad —respondió el viejo a su interlocutor—. Él ya está cerca; no lo oímos antes porque estábamos embebidos en el canto de Santiago.

—¿Piensa usted que venga para acá? —volvió de nuevo a preguntar el muchacho.

—Poco vivirá quien no lo vea —dijo el viejo en tono sentencioso.

No tardó el ladrido de los perros en anunciar que el pasajero que a aquella hora cruzaba por el desierto se dirigía a la estancia misma; y el relincho contento del caballo advirtió que reconocía la casa y el relincho de los otros caballos de la estancia respondió a modo de saludo. Los perros, reconociendo a un amigo, cesaron de ladrar y, un minuto después, caballero y caballo pararon en la tranquera.

—¡Hola, los de la casa! ¡Ave María Purísima! —gritó el viajero.

—Sin pecado concebida —respondió la voz del mozo que había interrogado al viejo, momentos antes—. ¿Qué desea, para servirlo?

—¿Ya no me conoce? Soy Miguel.

—Quiera perdonar: como la noche está oscura, no lo he conocido. ¿Va de pasada o pasa la noche por aquí?

—Vengo de la ciudad y traigo papeles allá del Viejo<sup>5</sup> para el Señor Juez de Paz.

Apenas acababa de hablar el viajero, la tranquera se abrió y el mensajero puso pie en tierra, no sin verse rodeado de todos los trabajadores de la estancia, porque en aquel momento el conductor de los oficios del gobernador para el patrón y propietario de la estancia, y juez de paz del distrito, era un personaje importante, con el cual todos deseaban manifestar familiaridad y antigua camaradería.

El Juez de Paz<sup>6</sup> en persona salió a recibir al enviado y, haciéndolo entrar en la sala de visitas, cerró la puerta y quedó *tête-à-tête*<sup>7</sup>, como decía un francés, con el mensajero que se dignaba dirigirle Su Excelencia, ¡el Ilustre Restaurador de las Leyes!<sup>8</sup>

## 2. MIGUEL

Así se llamaba el personaje que a tales horas llegaba a la estancia con un mensaje tan importante.

Era Miguel uno de esos desgraciados que el prejuicio arrancó del seno maternal, para sacrificarlo en aras de un falso punto de honor; fruto de un amor desventurado o de una abominable seducción, Miguel se encontraba solo en el mundo, sin siquiera poseer el recuerdo de quien tomara el cuidado de su desvalida infancia.

El desierto y sus despobladas planicies eran su cuna, su patria, su hogar doméstico. Su caballo *tordillo* había sido hasta aquella época, su familia, su amor y su amigo. ¿No era él el compañero fiel de su vida errante y

---

<sup>5</sup> **Viejo**: apodo afectuoso que los subalternos daban a Rosas.

<sup>6</sup> **Juez de Paz**: denominación metonímica del personaje.

<sup>7</sup> **tête-à-tête**: del fr., 'cara a cara'.

<sup>8</sup> **Restaurador de las Leyes**: título otorgado a Rosas por la Sala de Representantes (Legislatura) al comienzo de su segundo gobierno.

aventurera...? Pero Miguel no era un gaucho vulgar; aunque huérfano y sin fortuna, poseía él una elegancia innata; por eso, ni en su persona ni en su caballo faltaban los arreos necesarios que diferencian al gaucho elegante del peón ordinario; porque, mientras el hijo del desierto no inclinase la cabeza para un trabajo cotidiano y regular, difícilmente se encontraría domador más ágil, *baqueano* más seguro, ni portador más veloz: así conservaba su independencia, era cumplidor en sus compromisos para con los otros hombres y fallaba solo aquello estrictamente necesario a sus negocios.

Nadie se acordará de haberlo visto jamás llegar a una pulpería, ni entrometerse en contiendas de ninguna calidad. Melancólico e indiferente, Miguel pasaba meses enteros vagando sin destino por los campos; y los mismos habitantes del campo, viéndolo cruzar las silenciosas planicies, montado en su caballo tordillo, lo saludaban amigablemente. La vista del huérfano ya les era familiar.

Miguel era alto, de talle flexible, de cutis demasiado claro para un campesino. Su conjunto estaba lleno de distinción, que le daba cierta superioridad sobre el resto de los gauchos. Sus facciones de una escrupulosa regularidad tenían un carácter varonil muy pronunciado, tanto como para que las mujeres, que hacen consistir la belleza de los hombres en los trazos femeninos, lo llamasen bello. Su frente alta y bien delineada revelaba la inteligencia y la nobleza de los sentimientos; en sus grandes ojos azules, coronados con largas pestañas, había un no sé qué de triste y de vago. Diremos que su mirada era pensativa o parecía siempre que procuraba un desierto inmenso para perderse en la línea engañosa de los horizontes visibles. Miguel parecía siempre concentrado en sí mismo; y así debía de ser aquel corazón solitario que nunca había amado y estaba acostumbrado a hablar solo con Dios. Poseía él el don penetrante del observador y costaba resistirse a su mirada fija y penetrante con la que procuraba leer el pensamiento ajeno.

Miguel era un diamante sin pulir, una inteligencia vasta y un corazón de fuego que dormían ignorados en la soledad y en total ignorancia de las cosas del mundo.

En medio de ese frío desamor que parecía la herencia de su vida, había un hombre a quien Miguel respetaba y de quien tal vez era un amigo. ¡Ese hombre era el general Rosas!

De los labios de ese hombre salieron las únicas palabras de amistad o de interés que llegaron primeras hasta el corazón del huérfano.

Ese hombre colocado tan alto en la escala social extendía su mano al gaucho aventurero, tomaba *mate* con él y dábale el nombre de *amigo*.

Rosas era, pues, un hombre que simbolizaba la humanidad a los ojos de Miguel; por eso, a pesar de su repugnancia, iba a veces hasta la ciudad y las comisiones del gobernador eran ejecutadas con la más religiosa puntualidad; obedecía sin analizar, porque respetaba mucho al jefe como para procurar escudriñar las acciones del hombre. Con todo, ningún compromiso oficial los ligaba; Miguel servía sin recompensa porque tenía una resolución inalterable y porque guardaba como un tesoro su salvaje independencia individual; y, por eso mismo, mayor era la regularidad con la que ejecutaba las comisiones de que se encargaba. ¿No debía confiar Rosas en tal servidor?

### 3. EL JUEZ DE PAZ DEL BARADERO

Así que el Juez de Paz cerró la puerta, se sentó junto a una gran mesa, que había en el centro de la sala, y convidó al mensajero para que hiciese otro tanto.

El Juez de Paz del Baradero, masa de carne sin valor moral alguno; su *Dios* era el dinero; su *deber*, la conveniencia propia. Ignoramos si sabía traducir en el idioma de los sentimientos morales la palabra *conciencia*. Para él todos los gobiernos eran buenos si lo conservaban en su dignidad de individuo *empleado*; y, al contrario, tampoco decía una palabra, porque el aumento de sus vacas y de su bienestar material eran para él una verdadera misión de todo hombre que tiene sentido común; ningún principio, ninguna idea merecía, en su opinión, el sacrificio del dinero y de las vacas; principios, ideas, leyes, no eran otra cosa que *canalladas* de revoltosos para aprovecharse de la gente y robarles la fortuna.

Hacía ya algunos minutos que el Juez de Paz y Miguel se miraban solapadamente uno al otro en silencio: el primero, en su limitada inteligencia, se atormentaba procurando adivinar por qué no comenzaba a hablar el mensajero; entre tanto, este, obedeciendo su antigua costumbre, esperaba que lo interrogasen para hablar, porque le parecía eso más natural que una declaración espontánea de su comisión.

Por fin el Juez de Paz, después de rascarse dos o tres veces las orejas, asintió de sí para sí<sup>9</sup> que en su dignidad de juez le competía interrogar al joven, atribuyendo el silencio de este al natural respeto que debía imponerle su autoridad.

—¿Usted viene de la ciudad? —preguntó el Juez, con toda la dignidad magistral que sabía reunir en torno de una muy distinguida persona.

—Así mismo es —respondió lacónicamente el matrero<sup>10</sup> Miguel lanzando una mirada oblicua y escrutadora sobre su interlocutor.

—¿Habló con Su Excelencia, el Señor Gobernador?

—Así mismo fue —contestó Miguel.

—¿Por fuerza le habló de mí?

Y pronunciando estas palabras, que dejaban entrever un punto de contacto entre Su Excelencia y el Juez de Paz, el feliz mortal echó la cabeza para atrás con la mayor dignidad posible.

—Le mandó muchos recuerdos y estos papeles.

Diciendo esto, sacó Miguel del bolsillo de su tirador (1)<sup>11</sup> un despacho cerrado con el sello de la República.

Con todo el cumplimiento debido, abrió el Juez de Paz los importantes despachos y, después de concluida su lectura, quedó abismado al ver que por

---

<sup>9</sup> **asintió de sí para sí:** aceptó íntimamente, solo para sí.

<sup>10</sup> **matrero:** astuto.

<sup>11</sup> (1) **tirador:** faja de cuero que usan los gauchos de Plata y los de Rio Grande do Sul también. (Nota de la autora).

cosa de tan poca importancia Su Excelencia mandaba un mensajero, cuya adhesión era notoria y generalmente era escogido para las misiones importantes y de secreto. Con todo, el Juez de Paz, a pesar de su corta inteligencia, sabía que el gobernador no enviaba hombre de la importancia de Miguel para llevar, como se dice vulgarmente, *una sopa fría*<sup>12</sup>.

Mientras el Juez hacía estas reflexiones, el mensajero lo observaba con aire socarrón y se reía interiormente del disgusto que estaba patente en el compungido rostro del magistrado. Por fin, limpiando el sudor que le bañaba la frente, procuró el digno funcionario retomar el hilo de una conversación que terminaba el primer capítulo de su embajada y ver si entre los monosílabos del rústico embajador encontraba luz que le indicase el rumbo del derrotero que debía seguir.

—¿Qué novedades corrían por la ciudad? —dijo el Juez de Paz, quitando la tapa de su cigarrera y ofreciendo un puro correntino al enviado de Su Excelencia el Señor Gobernador.

Los dos hombres encendieron los cigarros y, después de tomar algunas fumadas, Miguel respondió:

—Dicen que, en un barco que remonta el Paraná, hay un enemigo de la Patria.

—¡Cómo! —exclamó el Juez sacando el cigarro de la boca y encarando al mensajero.

—Parece —continuó el mozo— que viene de pasajero un unitario.

—¿Un salvaje unitario, dice usted?... —volvió a decir el Juez con el rostro todo demudado y parando las orejas, así como el tigre cuando se aproxima a la presa que cuenta con devorar.

—Como está oyendo —dijo tranquilamente Miguel—. Delante de mí mismo, tenía el aviso el Gobernador de que allá de la Banda Oriental se escapó un unitario con la intención de venir a sublevar la provincia.

---

<sup>12</sup> **sopa fría**: sopa poco apetecible; por eso, adquiere el sentido de ‘poca cosa’.

—¡Un infame y salvaje unitario! —repetía el juez todo alterado, sin poder comprender que un unitario se atreviese a llegar al Paraná, del cual juzgase amo y señor absoluto el dictador de los pueblos del Plata, que considera como su patrimonio hombres y lugares de aquellas regiones.

El momento crítico había llegado para el magistrado; estaba lleno de dudas. ¿Si acertaba? El juez se levantó todo agitado, fumando su cigarro y sin poder coordinar sus ideas. Tal choque sufría su sistema nervioso no solo con la presencia de un pestilente unitario en el Paraná, sino también con la solución del enigma que Su Excelencia le mandaba.

Miguel, entretanto, con un pie cruzado sobre su rodilla, fumaba con placer su puro correntino, aspirando su aroma, sin amohinarse de modo alguno con las tribulaciones del Juez de Paz, que tan cerca estaba de cambiar la balanza de la Justicia por el hacha ensangrentada del verdugo.

A fuerza de tanto rascarse las orejas, de caminar y de sudar, comenzaba el Juez a tener allí consigo mismo el soliloquio siguiente:

“Yo digo muy bien cuando afirmo que estos despachos no son otra cosa que disculpa para comisión más importante, y a este mañero del gaucho solo a gancho se le arrancan las palabras; mas ¡yo soy un experto en negocios de política! ¡Oh! ¡Mucho lo conoce el Gobernador!”.

En este punto de su íntimo discurso, el Juez tiró afuera la mitad del cigarro que fumaba y encendió otro entero, como si los hombres de su importancia social se degradasen fumando un cigarro hasta el final.

—Ya se ve —dijo el Juez en el tono de quien sabe que no puede ser de otra manera aquello de que va a hablar—, ya se ve que Su Excelencia ha tomado las medidas conducentes a la captura de ese salvaje unitario. ¿Sabe usted el nombre de ese infame demagogo?

Miguel encogió de hombros.

—No sé su nombre —respondió después de lanzar fuera el humo de su cigarro y, poniéndose de pie, continuó—. Lo que digo respecto al unitario: que viene por el Paraná. Nadie como usted mismo puede hacer este servicio a la Patria.

El Juez dio un paso atrás y abrió los ojos tan desmesuradamente como aquel que está cerca de perder el juicio. Semejante revelación era superior a sus fuerzas.

Por lo que Miguel decía, claro estaba que era él, el Juez de Paz del Baradero, quien debía prestar este eminente servicio a la causa de la Federación.

Este era el fin, pero ¿y los medios?

¿Cuáles eran ellos?

¿Serían de aprobación del Ilustre? ¿Sería necesario armar lanchones, atropellar otra bandera o esperar que la traición operase el milagro?

Es el busilis.

Volviendo en sí de su turbación, levantó el Juez la cabeza con orgullo y en actitud declamatoria comenzó a hablar:

—¡Cómo! ¿Será posible? ¿Seré tan feliz que pueda prestar tan eminente servicio a la santa causa de la Federación y de América en general?

—Lo que yo sé —respondió Miguel— es que si usted *quiere, puede prender* a ese hombre y...

No obstante lo interesante del negocio, el digno Juez halló indecoroso dejar llamar hombres a los unitarios, en su presencia, e interrumpió al joven:

—Los salvajes unitarios no son hombres, ni mujeres, es decir, en sus respectivos sexos, dejando por sus crímenes de ser considerados seres humanos; son únicamente salvajes unitarios; no olvide esto Miguel; ahora vamos a otra cosa. ¿Usted decía que...?

—Lo que dije es que si usted *quiere, puede* ponerle la mano encima.

—¿Él desembarca?

—Basta que el maestro del barco atraque en la margen del río.

—Ya se ve que eso basta —replicó el Juez—; voy ahora mismo a mandar un oficio al comandante militar...

—¿Cuánta gente tiene usted en la estancia? —interrumpió Miguel.

—Veinte hombres para todo, pero armados.

—El corte de madera ya se puede principiar —continuó el mozo hablando consigo mismo—; hay ya cantidad de árboles sin hojas... el barco llegará dentro de dos o tres días... tengo tiempo, partiendo en la madrugada de mañana.

El Juez oía con la boca abierta...

—¿Y usted vendrá con nosotros, Miguel? —preguntó afectuosamente el Juez.

—Así lo espero —dijo el joven y se dispuso a salir.

—¿Dónde va, usted? Voy a mandar prepararle una cama...

—No, duermo mejor allá afuera sobre el aparejo de mi caballo. Buenas noches, hasta mañana.

—Si Dios quiere —respondió el *religioso* Juez de Paz y, cerrando cuidadosamente las puertas y las ventanas, se dirigió a su alcoba para entregarse al sueño.

Es probable que sus esperanzas de una futura promoción y el importante papel que la suerte le destinara no lo dejasen descansar.

En cuanto a Miguel, sin esperar ni desear nada, durmió tranquilo, debajo de un ombú con su caballo cerca de él.

#### 4. LOS PASAJEROS DE LA SUMACA<sup>13</sup> FRANCESCA DE RIMINI<sup>14</sup>

Este era el noveno día después de que la Francesca de Rimini dejara tras de sí el risueño como coqueto pueblo de Montevideo, con sus casitas blancas,

---

<sup>13</sup> **sumaca**: embarcación pequeña de dos palos, empleada para el cabotaje en Hispanoamérica y en el Brasil.

<sup>14</sup> **Francesca de Rimini**: enamorada de su cuñado Paolo, protagoniza una trágica historia de amor, famosa por haber sido relatada por Dante Alighieri en el canto V del "Infierno", primera parte de la *Divina comedia*, y por diversos autores operísticos.

sus lindos miradores y sus elevadas torres, teniendo enfrente un verde morro llamado El Cerro, donde por la noche brilla el faro que indica el puerto al intrépido marinero que, desde climas lejanos, viene a saludar al gran Plata; con su hermosa llanura que forma la base de un fondeadero seguro; llanura en aquel tiempo sembrada de alegres y frondosas chacras, hoy cubierta de las ruinas que, como monumento de oprobio, marcan el surco ensangrentado de la guerra fratricida.

Hace nueve días que las riberas de San Gregorio y la isla de Martín García, la cual más tarde fue teatro de uno de los episodios más heroicos de nuestra horrible revolución<sup>15</sup>, quedaban por la popa de la sumaca Francesca de Rimini que navegaba el Paraná, con destino a la confluencia de ese río con el que baña el fértil y rico Paraguay, con este nombre, los cuales unidos forman el voluminoso y altivo Plata que, de mal grado su renombre sea, no es otra cosa que la baliza de la desembocadura de ese gigantesco río Paraguay, cuyos fauces nadie ha explorado desde el descubrimiento del Nuevo Mundo hasta ahora y que Marre<sup>16</sup> supone nace a los 3° de latitud sur, corriendo una extensión de 750 leguas castellanas<sup>17</sup>.

Allí, en la confluencia de esos grandes ríos, está la infeliz provincia correntina, edén florido y delicioso donde el Creador derramó con profusión tesoros de fertilidad, que –debajo de su cielo sereno y en medio de sus hijos generosos– algún día será la tierra de promisión hacia donde dirigirán sus pasos los hombres hambrientos de la decrepita y corrompida Europa.

A uno de los puertos correntinos sobre el Paraná se dirigía la sumaca Francesca de Rimini.

---

<sup>15</sup> Se refiere a la recuperación de la isla que estaba en poder de los franceses, quienes la toman como parte del bloqueo al Río de la Plata (1838-1840). Según el manual de historia argentina de Manso, en julio de 1839 Juan Lavalle instala en Martín García el Ejército Libertador (1872, p. 173).

<sup>16</sup> **Marre**: no hemos hallado datos precisos sobre este supuesto explorador del río Paraguay, ni siquiera en el minucioso estudio de Contreras Roqué, Giacchino, Gasparri y Davies (2020), quienes sintetizan la historia de las diversas incursiones hacia las fuentes del río e informan que “el río Paraguay nace a los 14° 20’ de latitud sur” (p. 32); por tanto, el dato proporcionado por la novelista (“3° de latitud sur”) sería una errata por 13°, número aproximado al correcto.

<sup>17</sup> **legua castellana**: unidad de longitud que corresponde a la distancia que puede recorrer una persona caminando durante una hora. La denominada legua castellana equivalía a unos 4000 m.

Los pasajeros que llevaba a su bordo eran la familia del doctor Avellaneda<sup>18</sup>, cuyo todo se componía de:

- El doctor Valentín Alsina, hombre de unos treinta y tantos años.
- Su mujer doña Antonia Maza de Alsina.
- El niño Adolfo, hijo de ambos.

Era un hermoso día del mes de mayo. Hacía tiempo que el sol doraba la cima de la arboleda que límpida corriente reflejaba en su fondo.

La brisa, que –rumoreando entre el follaje de las selvas– venía cargada del aroma de las moribundas flores del otoño y que pasaba leve y tímida por entre las blancas velas de la sumaca, era tan débil que apenas quebraba el brillante cristal del río. La sumaca avanzaba lentamente, evitando aquí o allá los islotes que, como esmeraldas fluctuantes, levantan curiosas vistas en el seno del ancho Paraná.

Las hojas verdes del ceibo, ya secas y amarillas, rodaban una a una, ¡así como una a una se pierden en la eternidad las alas fugitivas de nuestra vida!

La corriente sorda del río arrastraba con rapidez las hojas desprendidas y las flores vírgenes de la margen, así como irremediamente el tiempo rápido y silencioso arrastra en su curso los días buenos o malos que pasamos sobre la tierra.

La calandria, oculta en el bosque, modulaba sus suaves cadencias y el martín pescador, o *anhinga*<sup>19</sup>, lanzando su lúgubre silbido, sumergía su pico color de rosa y, cosechando su presa, huía contento y veloz a devorarla en su nido.

---

<sup>18</sup> **Avellaneda**: en una edición posterior, se aclara que –para no comprometer a Valentín Alsina y a su familia, debido a que todavía Rosas estaba en el poder cuando empieza a publicarse la novela– se elige el apellido Avellaneda como homenaje a Marco Avellaneda, gobernador de Tucumán, ejecutado por orden del *tirano* en 1841. Sin embargo, en la edición de 1852 no se vuelve a mencionar el apellido Avellaneda.

<sup>19</sup> **anhinga**: aninga americana (*Anhinga anhinga*), también conocida como pato aguja o pájaro serpiente, del género de aves palmípedas que frecuentan las aguas dulces de Brasil.

Algunas veces centelleantes, se veían los ojos del yagareté o sobre el faya<sup>20</sup> de flores grandes ostentaba su brillante plumaje el *gua'a*<sup>21</sup>; y allí, a lo lejos, semejante a un lamento de dolor, resonaba el gemido fatídico del pájaro agorero de los guaraníes, el melancólico curucú<sup>22</sup>, siempre escondido en el fondo de las selvas más impenetrables.

Los últimos adioses de vegetación, debajo de aquel cielo puro y sereno, en medio de la silenciosa majestad del desierto, despertaban en el fondo del corazón una melancolía suave y profunda.

La cubierta de la sumaca presentaba el cuadro siguiente:

El Dr. Alsina estaba sentado en uno de los ángulos de la popa; apoyando un codo sobre la rodilla, sostenía con la mano su cabeza y con la otra mano se apoyaba sobre la borda del barco.

Su mirada vaga y meditabunda revelaba un dolor profundo y los síntomas de un desaliento que era repelido con la vehemencia de su alma briosa y su noble coraje de hombre y de patriota.

Brillaba en el párpado de sus ojos una lágrima de proscrito, que su orgullo de hombre cristalizaba cuando se quería desprender por sus mejillas pálidas y descarnadas.

No era el doctor Alsina uno de esos hombres de corazón raquíutico que, fuera de su provincia, bautizó con el nombre de extranjero el vasto país donde se asientan las Provincias Unidas del Plata; más ilustrado y más noble, sabía que todos son pueblos hermanos, hombres de una misma familia, que juntos ofrecerán su sangre con heroísmo para sellar el foro augusto de su sacrosanta independencia.

Distantes, pero dulces remembranzas de infancia grabaron en su pecho el nombre de Buenos Aires, donde él nació; allí serenos e inexpertos corrieron los días de su primera juventud; allí sus primeros amores que el himeneo

---

<sup>20</sup> **faya**: nombre vulgar de *Morella faya*, árbol perenne, de la clase de las magnolias.

<sup>21</sup> **gua'a**: del guaraní, guacamayo.

<sup>22</sup> **curucú**: ave trepadora que se destaca por el color y sedosidad de su plumaje.

consagró, santificando con el precioso nombre de esposa a la mujer de su elección; allí nació su hijo, ¡su querido Adolfo!... ¡En esta tierra de Buenos Aires dormían los restos de una digna e idolatrada madre!

¡Cuánta nostalgia no debía de despertarle Buenos Aires!

En medio de esa gran Nación Argentina que, desde Mendoza hasta la frontera de Brasil, encierra tantos pueblos, provincias, ríos y cordilleras, surgía, como la estrella de su pensamiento, la ciudad de Buenos Aires, en la cual pasaron las más bellas épocas de su vida.

No, el mezquino provincianismo no predominaba en el alma noble de Alsina; con todo, en oposición a las creencias del filósofo, del hombre ilustrado, se levantaba, como barreras insuperables, la ignorancia de la población, con sus prejuicios caducos, pretendiendo hacer de cada provincia una nación y reconociendo por patria solo los estrechos límites del distrito donde nace.

¿Qué importaban, pues, las convicciones del individuo frente a la ciega estupidez que clasificaba de extranjero o proscrito de Buenos Aires al que iba a habitar las márgenes del Uruguay o, primeramente, las ricas llanuras de Corrientes?

¡Esta convicción oprimía el corazón de Alsina! ¡Esta convicción mil veces encorvó su inteligente cabeza; porque nada es más amargo de probar que esa distancia de siglos que separan un individuo de los demás hombres de su época!

¡No hay más cruel tormento que conocer la verdad y no poder insinuarla en el corazón de sus contemporáneos!

¡Saber que la tendencia y la necesidad de *bienestar*, que impele a la humanidad al progreso social, la llevará también después de ese día a teñir el suelo de sangrientas hecatombes!

¡Conocer el abismo que separa a los hombres que luchan por un *principio*, por una *idea*, de los que quieren anteponer la pasión con toda su atroz individualidad!

¡Es un martirio para un corazón generoso!

Tal vez estos pensamientos imprimiesen su melancólico sello en la frente pálida del mísero exiliado.

Este era el individuo moral.

La persona del doctor era de una belleza varonil, severa y distinta; esto, junto con sus maneras suaves y dignas, lo tornaban tan respetable como simpático.

Su mujer, algunos años más joven que él, estaba de pie a su lado, con los brazos cruzados sobre el pecho e indiferente al magnífico panorama que se desenvolvía ante sus ojos; estudiaba con inquietud las emociones que agitaban con dolorosa presión los músculos del rostro de su marido; otras veces, con profunda ternura, se fijaba en la cabeza infantil de su hijo, que recostado sobre la borda del barco, se divertía en tirar pedazos de pan duro a los yacarés que venían alrededor de la sumaca. Al ver la tranquila alegría del niño un recuerdo terrible perturbaba su corazón de madre.

“Algún día esa cabeza, cuyos rizados cabellos tanto me complace besar, ha de encorvarse encanecida ante el peso de los sufrimientos y las heridas del proscrito. ¡O tal vez rodará masacrada, presa de la horrible revolución que sacude frenética estos países!”.

Los ojos de la pobre madre estaban llenos de lágrimas.

Súbito, la lúgubre quejumbre del curucú se oyó a lo lejos, como presagio funesto, y doña Antonia lanzó una mirada de desconfianza hacia el capitán de la sumaca, quien, de pie sobre la cubierta de la diminuta cámara, fumaba con sosiego su cigarro.

Doña Antonia no era una linda mujer; era una de esas porteñas graciosas, con gran inteligencia en la mente y corazón de fuego en su pecho; proveniente de una familia distinguida, su educación había estado libre de los errores y prejuicios que desfiguran y vician la naturaleza de la mayor parte de las mujeres; por eso, una vez esposa y madre cumple estas dos misiones sublimes con la inteligente adhesión de quien gobierna sus acciones por la fuerza del deber y no por el instinto, que a veces tanto nos ilusiona confundiendo los atributos de los deberes, cuyo verdadero conocimiento se juzga pernicioso para la mujer.

Dos o tres marineros sentados a proa y un papagayo que blasfemaba en todos los idiomas conocidos completaban la perspectiva del cuadro que presentaba la cubierta de la sumaca Francesa de Rimini a los nueve días de su partida del alegre e inquieto Montevideo.

## 5. EXPLICACIONES NECESARIAS

Mientras la sumaca avanza por el medio del Paraná hacia el lugar de su destino, conduciendo al Dr. Alsina no para donde él piensa, sino para donde lo arrastra la fatalidad, condescienda el lector a volver con nosotros a algunos días antecedentes y penetrar los secretos que precedieron a enlutar el futuro del pasajero, que surcaba el caudaloso Paraná.

Ya sabemos que el Dr. Alsina, proscrito por el general Rosas de la ciudad y territorio de Buenos Aires, era uno de esos hombres que el vulgo calificaba con los epítetos de *infame*, *de salvaje* y *de unitario*, para gozo de los hombres que, en un período de 20 años, atormentaron a todos con estos insultos, que volcados en la denominación de *unitario* son otras tantas contradicciones monstruosas del significado de la misma palabra.

Este adjetivo, derivado de *unión*, *unidad*, indica a un partidario de las ideas de *Unión*; social, universal, nacional o familiar; es la *unión* la base *única* de la fraternidad de paz entre las naciones, entre los pueblos y entre las familias.

De manera que *unitario* quiere decir amigo del orden, de la paz, de la fraternidad entre los hombres; en tanto que en Buenos Aires, por un fatal contrasentido y violentando el verdadero significado de la palabra, hicieron del nombre *unitario* el sinónimo de todo cuanto existe de más abyecto y repugnante en la raza humana.

Estos son los delirios de las pasiones desencadenadas en las masas incultas de un pueblo llevado con violencia por la hidra revolucionaria y la guerra civil.

En el año de 1829, primera época, primer peldaño del engrandecimiento del general Rosas, Alsina, si bien comprometido en los negocios de la fatal revolución militar del 1 de diciembre de 1828<sup>23</sup>, fuese por soberana prudencia, fuese por la feliz posición de su suegro como amigo particular de Rosas, siguió tranquilo en Buenos Aires. Es de suponer que, a pesar de que sus amistades y simpatías individuales lo arrastrasen como hombre a favor de los individuos del partido no vencido, y de que fue traicionado por la *Convención de Octubre del año 1829* entre Rosas y Lavalle, el Dr. Alsina nunca habría sido capaz de alentar la discordia, esperando tal vez ver surgir para su patria una nueva era de paz y de progreso.

Los primeros pasos de Rosas en su carrera política demostraban ya la voluntad de hierro contra la cual, más tarde, habían de quebrarse las leyes y las convenciones sociales todas, que se opusiesen a sus designios gubernativos.

Las venganzas personales que ejecutó y esa doctrina inflexible que pregonaba el rencor y alentaba el odio en los corazones, desagradó a muchos hombres que eran sus más fieles prosélitos, en el momento en que –derrotado el gobierno de Dorrego– el *estanciero* Rosas, a la sombra de su nombre y de su inmenso prestigio en el campo, defendía al fugitivo presidente<sup>24</sup>, que un puntapié del astuto Lavalle hizo rodar del sillón presidencial, que tan poco honraba en verdad.

En torno del digno general Juan Ramón Balcarce se reunieron, pues, los descontentos con el sistema de Rosas.

Los altivos porteños desafiaron al *Tigre del Desierto*; la libertad de prensa se tornó, con algunas excepciones, espantosamente desenfrenada; y la lucha instantánea que siguió colocó debajo de los pies de Rosas no solo la Provincia de Buenos Aires, sino la Nación Argentina entera.

Así lo hemos comprendido más tarde.

---

<sup>23</sup> Se refiere al derrocamiento de Manuel Dorrego por acción de Lavalle.

<sup>24</sup> Alude a Dorrego, en verdad gobernador de Buenos Aires, no presidente.

Sentado, tal vez por toda la vida, en la silla dictatorial, dio entonces franca expansión a sus venganzas; y entre los proscriptos o condenados a muerte, en el año de 1833, se hallaba el doctor Alsina.

Refugiado en Montevideo, ejercía su profesión de abogado con tanto talento como probidad.

La *epidemia política* que contagiaba a la sociedad de Buenos Aires arrojó sus miasmas pestilentes a los pueblos de la Banda Oriental del Plata<sup>25</sup>.

El provincialismo y la personalidad son los yerros funestos que han retardado, tal vez por algunos siglos, el paso de gigante con que las hermosas regiones del Plata marchaban firmes y rápidas en pos del brillante porvenir al que las destina su riqueza, su fertilidad y la heroicidad de sus hijos.

Un hombre que agitaba el estandarte de la rebeldía se presentó en la arena de la lucha sangrienta, para derrotar el gobierno legal que la Constitución garantiza con su égida sacrosanta.

¡El rebelde era el general Rivera!

¿La creciente emigración de Buenos Aires se hallaba acaso comprometida en el culpable procedimiento del agitador?

¡Lo ignoramos!

El general Oribe, presidente de la República Oriental y contra quien se rebelaba el general Rivera, comenzó a encarcelar y a deportar a los emigrados argentinos, quienes, establecidos como residentes, se habían dispersado por todo el territorio que baña el Uruguay.

Si esta medida fue originada por la conducta subversiva de los mismos emigrados o si fue una exigencia de Rosas en el momento de efectuar una alianza ofensiva y defensiva con el presidente Oribe, nosotros lo ignoramos.

Arrancado del seno de su familia y deportado para la isla de Santa Catalina, Alsina por primera vez probó el pan amargo del exilio.

---

<sup>25</sup> Banda Oriental del Plata: Uruguay.

Después de una corta residencia en esta isla, Alsina volvió a Montevideo, no para continuar establecido allí, sino para pasar a Corrientes, en aquel tiempo tranquila y virgen de la lucha que ensangrentaba a las otras provincias argentinas. Un pariente de Alsina, don Pedro Ferré, era en aquella época gobernador de Corrientes.

¡Qué vasto campo presentaba un país tan nuevo a los esfuerzos del pensador que comprende la verdadera misión de la inteligencia!

¡Ilustrar a sus hermanos! Negocios interesantes, que estaban depositados en manos de Alsina, requerían de su presencia en Montevideo para la disposición definitiva de los míos y de sus propios intereses.

El general Oribe le otorgó una licencia temporaria. Activo y laborioso en su vida pública, Alsina en pocos días se halló desembarazado para emprender su viaje, llevando esta vez los caros objetos entre los que se dividía su corazón: su mujer y su hijo.

Una cruel experiencia hacía ver al doctor los peligros por los que había de pasar, si no tomase medidas enérgicas para asegurar su viaje al Paraná en el paso de las márgenes que con toda cautela el poder de Rosas hacía vigilar.

La más reflexiva prudencia lo dirigió en la elección del barco y se confió en la probidad de un mozo italiano de nombre Lostardo, a quien, en su profesión de abogado, Alsina había servido con todo el desinterés y nobleza que le eran característicos.

Lostardo, por su parte, habría dado la vida por su benefactor y, aceptando la responsabilidad de la seguridad del doctor y de la familia, juró a sí mismo o liberarlos en Corrientes, o verter, si fuera necesario, hasta la última gota de su sangre.

En la víspera de la partida una orden del Presidente Oribe obligó a Alsina a embarcarse con su familia a bordo de la sumaca Francesca de Rimini, único barco que entonces debía zarpar y cuyo capitán era el mismo Lostardo.

## 6. EL MUELLE DE LAFONE

Diez horas marcaba con lentas badajadas la campana de la iglesia matriz y la voz de los serenos repetía por todos los ángulos de la ciudad: —*Las diez han dado y el tiempo está sereno*. Nubes blancas impulsadas por la brisa del mar empañaban por instantes el disco argentino de melancólica luna, que surcando el éter transparente sigue eternamente a la tierra, esparciendo su luz, pálida y serena, como suave consolación del Altísimo a los que sufren.

En aquel momento tres bultos aparecieron en lo alto de la escalinata que conduce a las salas de la Asamblea Nacional y también a las prisiones, lóbrego receptáculo de vicios y de dolores.

Tres hombres descendieron la larga escalera y con paso rápido comenzaron a atravesar la gran plaza.

Uno de ellos, el más alto, iba adelante, mientras que sus dos acompañantes lo seguían a respetuosa distancia.

Embozados en sus amplias capas hasta los ojos, evitaban la mirada indiscreta que hubiese querido sorprender su incógnito.

Casi nadie era la gente que todavía circulaba por las calles y las lonjas de negocios con las oficinas cerraban una por una.

Así que los tres individuos atravesaron la plaza, comenzaron a andar por la calle de San Juan, hoy de Ituzaingó.

Al final de la primera cuadra la oscuridad se tornó completa; solo la luna iluminaba por espacios el frente de los silenciosos edificios.

Casi al descender a las *Bóvedas* (vastos depósitos así denominados) una luz escapada por entre los vidrios de la puerta de una casita proyectaba sus rayos amarillos hasta el medio de la calle.

Esa casita era el *Cafecito de San Juan*.

El *Cafecito de San Juan* no era otra cosa que una antigua taberna que, en tiempos más felices, fue *rendez-vous*<sup>26</sup> de los honrados y pacíficos vecinos de Montevideo, cuando esta ciudad, cercada de murallas, se cerraba a la noche con gruesos portones de hierro.

Años más tarde, Montevideo derribó los muros con que juzgó oprimirla para siempre el poder colonial; derribó sus muros y, así como el prisionero que largos años pasó en la dura cárcel y un día suelto, gozando de vida y libertad, alegre corre por los campos, así Montevideo esparció por la verde y extensa *cuchilla*, que tan lejos se prolonga en la bella península, sus anchas y bien alineadas calles, sus blancas y faustosas casas... y el *Cafecito de San Juan*, siguiendo el curso ordinario de las cosas de este mundo, fue sustituido por verdaderos y elegantes cafés, conservando solo de su primitivo origen el uso del orden y la decencia en los clientes, a quienes por nada de este mundo habría admitido el honrado propietario del establecimiento sin estar munidos de suficiente dosis de acatamiento.

Llegados enfrente del café, los tres embozados pararon y el más alto, que iba adelante, apartando un poco la capa, lanzó escrutadora mirada para el interior de la salita del balcón.

Dos marineros sentados junto a una mesa finalizaban tranquilamente su cena; ambos eran jóvenes y de la ruda vida de mar ambos poseían el sello distintivo.

A pesar de la igualdad en el trabajo, uno de aquellos hombres era el superior del otro no solo en posición social, sino también en inteligencia y bizarría, que revelaba su ancha frente y su mirada serena y brillante.

Hombre de pueblo, tenía el aire de distinción que es fruto particular de la educación y de la inteligencia.

Era el tipo de hombres de una época de la cual tal vez nos separarán todavía algunos siglos.

---

<sup>26</sup> *rendez-vous*: del fr., 'lugar de reuniones'.

Los marineros bebieron apresurados los últimos sorbos de vino que todavía restaba en las copas y, levantándose de la mesa, ajustaron su cuenta con el dueño de la casa, después encendieron sus pipas y se dirigieron a la puerta de calle.

—¡Adiós, señor Lostardo, hasta la vuelta! ¡Dios lo proteja! —dijo el dueño de casa, dirigiéndose al más notable de los dos mozos.

—Dios escuche sus votos —respondió el marinero, con un muy pronunciado acento genovés.

Y sin más ceremonia abrieron la puerta y comenzaron a bajar a la calle en dirección al *Muelle de Lafone*<sup>27</sup>, resonando apenas en la calle silenciosa los tacos de sus zapatos herrados en las lisas y grandes lajas de la calzada.

Los tres embozados seguían a los marineros a cierta distancia y con tal recelo y discreción que parecía que andaban en punta de pie.

Poco antes de que bajaran al muelle, el más alto hizo el gesto imperioso a sus dos mudos compañeros de que hicieran de vigía y él solo continuó siguiendo a los dos marineros.

¡Muelle de Lafone! ¡Cuántas veces sentada en los peldaños de tus escaleras permanecí horas enteras con la mente sumergida en mil ilusiones, que la ruda mano del tiempo ha deshojado sin piedad!

¡Cuántas veces, acompañada de un caro amigo, que ya descansa en el seno de Dios, allí fui a gozar de las serenas tardes del Plata y a mezclarme con la ola tumultuosa que te recorre durante el día!

Me asombraba el vigor del movimiento mercantil, me divertía la multitud de hombres de todas las naciones, ese *bruhaha*<sup>28</sup> en todas las lenguas.

---

<sup>27</sup> **Muelle de Lafone:** muelle del puerto de Montevideo conocido así por Samuel Fisher Lafone (1805-1871), banquero y empresario europeo, radicado en el Río de la Plata desde 1825 y que poseía en ese lugar un saladero y amplios depósitos para el comercio exterior.

<sup>28</sup> **bruhaha, brouhaha:** del fr. y del ing., 'alboroto'.

Era allí el receptáculo del cosmopolitismo y aquel que, cruzando sus largos paseos, quisiese definir la nacionalidad del país donde se hallaba habría de encontrarse fuertemente embrollado.

Tal era el muelle de Lafone durante el día, y tal se conservó hasta 1842.

En los momentos en que el lector nos acompaña a aquellos lugares, el movimiento mercantil ha cesado. El muelle está desierto y silencioso.

Las ráfagas de brisa del mar traen el eco de la rústica cantiga del pescador, que canta a lo lejos; braman las olas que revientan contra la muralla y, a veces, el rumor monótono de la boga de los remos de algún bote viene a mezclarse con estos otros ruidos del lugar solitario.

La voz del *sereno* que repite las horas y la *alerta* de los centinelas que guardan la costa interrumpen también por intervalos el silencio de la noche en aquellos sitios.

Llegados al muelle los marineros se dirigieron al lugar donde su bote había quedado amarrado.

Después de algunos momentos de investigación, el inferior de Lostardo dice en genovés:

—¡No lo encuentro! ¡Por Dios que lo robaron!

Lostardo, a quien estas palabras estaban dirigidas, iba sin duda a responder cuando se oyó un agudo silbido, que fue inmediatamente correspondido por otro igual, y casi al mismo tiempo una piedra, lanzada por mano experta, vino a dar de lleno en la frente del joven capitán de la sumaca Francesca de Rimini, el cual cayó de pronto sin sentido ¡y bañado en su propia sangre! El otro marinero, que lo acompañaba, profiriendo horribles blasfemias, trató de socorrer a su compañero, pero reconociendo que solito nada podía hacer a su favor, echó a correr a la Capitanía del Puerto pidiendo socorro.

En aquel momento un bulto, que parecía arrastrarse por el suelo como un cachorro, se arrimó al herido y, registrándole los bolsillos, tomó de ellos una cartera con papeles, que ocultó diligente entre sus propios vestidos y, hecho esto, fue de nuevo gateando a ocultarse entre las piedras.

Otro bulto, muy embozado y mudo, había sido testigo silencioso de todo lo ocurrido.

Era el sujeto alto que nosotros seguimos desde la plaza mayor.

Pocos segundos habían corrido y ya se oían el barullo de la gente que corría en dirección al lugar donde se hallaba el herido, y el tintineo de los sables de los asalariados de la policía.

El compañero de Lostardo llegó acompañado de otros marineros, de peatones y de más gente.

Supongo que es inútil repetir aquí los diálogos que entonces hubo, las reflexiones que se hicieron y las desconfianzas de cada uno al respecto.

Los peatones daban por allí una vuelta y una búsqueda de ojos cerrados<sup>29</sup>, como acontece siempre que el herido es un pobre, y pasados algunos minutos en estas formalidades acostaron a Lostardo en una red y alguien, poniéndose al frente de la comitiva, comenzó a andar diciendo: —¡Al hospital el herido!

La gente seguía, en medio de las maldiciones del compañero de Lostardo, los comentarios de unos y las conversaciones indiferentes de otros; y, poco después, cuando el eco de las voces se fue perdiendo y el ruido de las pisadas se perdió a la distancia, el muelle de Lafone volvió a quedar desierto y silencioso.

La primera escena de un drama horrible concluía en aquel momento, dejando apenas para el recuerdo el vestigio de ligeras gotas de sangre sobre las amplias lajas del muelle.

Los *serenos* repetían por la ciudad: —*Once horas han dado y el tiempo está sereno.*

—*¡Centinela! alerta!* —oíase a lo lejos—. *¡Alerta estoy!* —respondía el soldado, ¡y después todo quedaba silencioso!

---

<sup>29</sup> **búsqueda de ojos cerrados:** sin observar en detalle, como si no se quisiese hallar lo que se busca.

## 7. DOS MALVADOS

La luna serena y luciente se mostraba, en aquel momento, límpida y pura, desvestida de las nubes que hacía poco la empañaban por instantes; su claridad plateaba las movedizas olas y parecía lucir mil brillantes por entre la nítida espuma de las que venían a quebrarse con estruendo contra las piedras del muelle.

Dos hombres con paso lento llegaban, desde puntos opuestos, al espacioso paseo del muelle: el alto embozado, que seguimos desde la Plaza Mayor, tiró el embozo de la capa para atrás, se quitó el sombrero, pasó la mano helada por el húmedo cabello y, sofocando un suspiro, murmuró levemente estas palabras:

—¡Ya está hecho!

Después volvió a ponerse el sombrero en la cabeza y, sentándose en los peldaños de la escalinata, recostó el rostro en la mano y quedó abstraído por algunos segundos.

Era este individuo un hombre de unos cuarenta años de edad, moreno bronceado, con grandes bigotes negros, grandes ojos de color incierto y rostro enjuto; sin ser bonito, no podía en justicia llamársele feo; con todo, su frente estrecha y deprimida tenía la huella de la audacia, de la crueldad y de la estupidez: la parte del cerebro saliente en extremo presentaba los rasgos de la persistencia y el desenvolvimiento de todos los instintos de destrucción y del desenfreno más completo.

Es el retrato del general Oribe tal como él era hace catorce años, cuando era Presidente de la República Oriental del Uruguay.

El otro individuo que allí se hallaba también quedó a cierta distancia del Presidente y, sacando de su bolsillo un fósforo, encendió un cigarro y se puso a fumar tan fresco y descansado como si no hubiese tomado parte alguna en el sangriento *juego* que acababa de enviar a un hombre al hospital.

Este personaje era uno de esos hombres que no faltan en el mundo; nadie conocía su origen o patria; hablaba todos los idiomas y, por eso mismo, no hablaba bien ninguno.

Había estado en todas partes, todo había visto y conocía todo el mundo; pronto a ganar dinero, era espía, asesino o ladrón, siempre que fuese para los otros; él, de por sí o para sí mismo, nunca habría tenido tanto coraje. En fin, era una criatura inclasificable, porque no existe una palabra de desprecio para designarlo en el lenguaje de los hombres.

Tenía este sujeto una cara beata, o jesuítica, como vulgarmente se dice, y la única señal que lo diferenciaba entre la turba era una indeleble mancha roja que tenía en medio de la frente.

Aquella mancha estaba allí como un sello de la predestinación de aquel que solo tenía para los otros hombres la daga de Caín en sus manos y un odio acerbo en el corazón.

Pasados algunos minutos, el Presidente rompió el silencio en el que estaban.

—Ven para aquí, capitán. Estoy contento contigo; te apoderaste ya de sus papeles y ahora ya no tienes más que ir a bordo e izar velas.

El hombre de la mancha roja miró para la luna, lanzó algunas fumadas para el aire, escupió, tosió y, por fin, quitándose su gorra de piel de mono, comenzó a girarla entre las manos, sin decir palabra.

—¿El bote está pronto? —preguntó el Presidente.

—Sí, señor —respondió el otro.

—¿Y por qué no partes? El tiempo urge, el viento es bueno. Aprovéchalo haciéndote a la vela.

Y poniéndose de pie, Oribe se dispuso a partir.

El hombre de la mancha roja no se movía continuando en hacer girar su gorra entre las manos; al final dio un paso para aproximarse a su interlocutor y extendiendo la mano le dice:

—Cumplí mi contrato para con vuestra excelencia, pero antes de partir quiero recibir las cien onzas<sup>30</sup>, que fue el precio que estipulamos.

Los centelleantes ojos del Presidente despidieron rayos y, con voz mal sostenida de cólera, le respondió:

—Ve; serás pagado en Buenos Aires; ese preso a quien interesa no es a mí, es al Restaurador Rosas.

—Nada, no sé de eso, ni quiero saber. Yo tengo cuentas con vuestra excelencia. Cumplí mi promesa que era inutilizar al patrón de la sumaca, apoderarme de sus papeles; ya lo hice, ahora le toca a vuestra excelencia. Yo, sin recibir el dinero, no...

—¡No te muevas de aquí! —interrumpió Oribe.

El hombre de la mancha roja hizo un gesto de afirmación.

—Muy bien —continuó el Presidente—, aquí tienes cincuenta onzas; el resto has de recibirlo por medio de esta letra a la vista —e inmediatamente le entregó un rollo de dinero y un papel.

El otro recibió y, sentándose a su vez, comenzó a contar las onzas.

Un temblor convulsivo recorrió el cuerpo todo del general Oribe.

—¿Estás satisfecho? —preguntó con voz ronca donde su mal reprimida cólera se revelaba.

El bandido se puso de pie y, entregándole el papel, dice:

—No quiero papel, ¡quiero oro!

—Ya te dije que es una orden que tiene mi firma —repetía Oribe temblando de furia.

---

<sup>30</sup> **onza**: moneda de oro.

El hombre de la macha roja permanecía en la misma posición, con la mano izquierda presentaba a Oribe su *letra a la vista*, mientras que la mano derecha se perdía en el bolsillo de su amplia japona<sup>31</sup>.

—No voy a bordo sin el dinero; supone que soy algún loco para confiarme de vuestra excelencia, ¡ni del otro general!...

Veloz como el rayo, Oribe levantó su brazo armado con un luciente puñal sobre el pecho del asesino mercenario, pero su brazo cayó desmayado sin tocarlo. ¡El caño de una pistola descansaba su mortífera boca sobre el corazón del Presidente!

Ocultando de nuevo el puñal, Oribe desmenuzó la carta que le era rechazada y, sacando otro cartucho de onzas, se lo entregó al asesino, sin decirle palabra.

El traficante lo guardó agregando después:

—Estoy pronto; deme vuestra excelencia sus últimas órdenes.

—Parte sin más demora; ¡vete!

—Sin enfado, Señor, hasta más ver.

El hombre de la mancha roja se alejó y Oribe quedó solo, de pie en el borde del muelle.

Los remos de un bote golpearon el agua y una voz robusta pero áspera cantaba firme una barcarola veneciana:

“*Um pescator sull'onde*<sup>32</sup>, etc., etc.”

A lo lejos dieron las once.

Los *serenos* repitieron la hora con voces ya tristes, ya roncas, ya sonoras; y un “¡Centinela, alerta!” vino con moribundo eco hasta los oídos del general Oribe.

---

<sup>31</sup> **japona**: campera, abrigo de lana.

<sup>32</sup> **Um pescator sull'onde** (it.): ‘Un pescador sobre las olas’. La barcarola veneciana es un tipo de canción popular que interpretan los gondoleros y que imita el sonido producido por los remos en el agua.

¡Escarnio!

¡Vigilante, con la espingarda<sup>33</sup> al hombro, velaba el soldado por la seguridad y el orden público! ya que infelizmente la ley está simbolizada por la bayoneta en nuestros países.

¡Escarnio!

El jefe de la nación, aquel que debía ser el primero en respetar y cumplir las leyes, ¡¡¡acababa de violarlas atroz y escandalosamente!!!

Una hora pasó.

Oribe, con los brazos cruzados sobre el pecho, miraba delante de sí sin ver... La luna iluminando en pleno su rostro lo hacía aún más pálido.

¡Medianoche!

La campana marcaba lentamente una por una sus badajadas en el silencio de la noche; los *serenos* repetían la hora a lo lejos; oíase “¡Alerta estoy!”.

Barullo de cadenas que suspendían el hierro y aquel canto monótono y triste que entona el marinero cuando sale del puerto llegaron a los oídos del Presidente.

El silencio volvió de nuevo con sus confusos ruidos de lugar solitario. A la claridad de la luna se divisaban las blancas velas de un barquito que, impulsado por la brisa terral, cortaba con rapidez la superficie movediza y plateada del mar.

Un largo cohete, lanzado desde la borda del barco, esparció en el aire sus instantáneas centellas inflamadas y después se apagó en las olas.

—¡Ya está hecho! —murmuró el Presidente y, volviéndose a embozar en su capa, comenzó a alejarse rápidamente, así como aquel que quisiese huir de sí mismo.

---

<sup>33</sup> **espingarda**: escopeta de chispa.

Por la parte opuesta de aquella por la cual caminaba Oribe, llegaban al muelle dos hombres: uno de ellos traía la cabeza atada y se apoyaba con fuerza en el brazo de su compañero; su andar era vacilante y todo ello revelaba que solo estaba sostenido por el esfuerzo supremo de la soberana voluntad del hombre.

Llegados al muelle, lanzaron sus miradas al fondeadero y vieron perfectamente el barquito que parecía volar sobre el mar, como la blanca gaviota por entre los juncos de la laguna.

—¡¡¡La Francesca!!! —exclamaron al mismo tiempo los dos hombres.

—¡Traición!, ¡traición! —gritó Lostardo, que el lector habrá fácilmente adivinado era el hombre de la cabeza vendada; y extendiendo los brazos en dirección al barco, parecía querer precipitarse al mar y alcanzarlo nadando; pero la expresión más alta de esfuerzo sobrehumano de nuestra voluntad tiene sus límites, que no es posible sobrepasar.

Lostardo tocaba ese límite misterioso, donde la fuerza física y moral del hombre es aniquilada por su propia naturaleza finita; exhausto el coraje y abandonado el espíritu, el marinero cayó de nuevo sin sentido, en los brazos de su fiel camarada.

## 8. LOS LEÑADORES DEL PARANÁ

En medio de una espaciosa plaza, formada por un claro del bosque, se hallaba apostado, con su gente y el gaucho Miguel, nuestro Ilustre Juez de Paz del partido de Baradero, que por esta vez había suspendido las balanzas de Minerva en algún rincón de su estancia y, empuñando la cuchilla del verdugo representaba el papel de alguacil, no del Santo Oficio<sup>34</sup>, sino de la *Santa Causa de la Federación*.

---

<sup>34</sup> **Santo Oficio**: la Inquisición.

Como una blasfemia al Santo de los Santos, como una horrenda parodia de aquel que selló los dogmas santos del cristianismo con su sangre y sus martirios, aquellos que más sangre de sus semejantes derramaron, ¡siempre ocultarán sus maldades con el nombre de los Santos!

Como foco eterno de escándalo, de usurpación y discordia, un *Santo Padre* vertió torrentes de sangre humana, la Cruzada Albigense<sup>35</sup> y esas largas y atroces guerras de religión, donde el delirio de los frailes pretendía, a fuerza de hecatombes sangrientas, apagar la antorcha divina de la inteligencia humana, destruir la obra de Dios, decir al hombre: “No pienses, esclavo de la iglesia”, reducir a cero la suprema verdad del *libre albedrío*, presente de la bondad del Creador; y, en fin, ¡sostener de siglo en siglo esa interminable lucha, en la cual la ambición de un puñado de hombres pretendió arrancar a la humanidad entera sus derechos, sus tendencias y su FUTURO!

¡La Santa Inquisición que, en medio de las más bárbaras torturas, sin respetar edad ni sexo, tantas veces arrancó blasfemias y tremendas maldiciones de los corazones convulsos de los mártires! ¡Maldiciones impotentes contra el Dios que impasible dejaba perpetrar, en su nombre y para su gloria, los crímenes más nefandos, los atentados más espantosos, sin que un rayo vengador redujese a cenizas los monstruos que así escarnecían la divina bondad del Eterno, convirtiendo su incansable misericordia en perpetua sede de carnicería y sangre!

¡La Santa Alianza<sup>36</sup>! ¡Monstruo de mil cabezas que engullía pueblos enteros en un día y cuyos bárbaros soldados no respetaban ni el *cadáver* de las vírgenes que inmolaban!

¡La Santa Alianza, en cuyo seno hormigueaban los más *nefandos hombres*, los frailes más hipócritas, y cuyo negro estandarte dejaba detrás de sí largo camino de calaveras y humeantes ruinas!

---

<sup>35</sup> **Cruzada Albigense:** conflicto armado del siglo XIII, promovido por el papa Clemente III contra los cátaros y su herejía.

<sup>36</sup> Se refiere al pacto entre Rusia, Austria y Prusia, celebrado en 1815 con el objeto de frenar el liberalismo y el secularismo; por eso, adoptan principios cristianos.

Y ¡por fin! después de todas estas *santas cosas* que inundaron de sangre a Europa, ¡vino la *Santa Causa de la Federación* a diezmar las jóvenes sociedades de las verdes márgenes del Plata!

Dividida en grupos la gente del Juez de Paz, algunos jugaban a las cartas sentados sobre la hierba, con las piernas cruzadas al modo oriental; otros, alrededor de las hogueras, asaban gordas costillas y grandes pedazos de carne con *cuero*; otros de vigía en la margen del río fingían hachar algunos árboles, cuyos troncos verdes repelían el hacha poco afilada que procuraba derribarlos.

Miguel, con los brazos cruzados sobre el pecho, veía correr la rápida y silenciosa corriente y la seguía con el pensamiento hasta donde ella forma el gran Río de la Plata, cuya vista tanto admirara en Buenos Aires y que allí pareciera al aventurero joven semejante a un vasto océano.

El Juez de Paz, con las manos en los bolsillos de la japona, fumaba, uno tras otro, sus puros correntinos y paseaba en silencio, porque los hombres vestidos en el cargo de *Jueces*, imaginaba él no debían *confundirse* con los otros hombres.

Un juez no era para él el intérprete de la *ley*, el encargado de intervenir en los conflictos y cumplir sin transigir la misma *ley*; el juez era *un rey pequeño* que, de látigo en mano, tenía el privilegio de gritar e insultar a otros, que no eran jueces como él y que en consecuencia no podían corregir los defectos de la mala educación que en él abundaban.

Los hombres que estaban en la margen del río conversaban entre sí; y nosotros llevaremos hasta allí a nuestros lectores por un momento para estudiar en esos diálogos el espíritu de las convicciones de los campesinos de aquella parte de América Meridional. Omitimos el rudo y poco pulido lenguaje de los gauchos porque sus fallas, a veces ridículas, podrían hacerlas menos interesantes; suponga el lector que hay en ellos leve tinte de civilización.

—¿Podrá explicarme, señor Julián, qué diablos de manía le dio ahora a nuestro patrón juez, que nos trajo aquí para hachar leña, cuando los árboles no están secos, ni por lo menos despojados del follaje? ¡Arre! No puedo más. —Y al acabar de decir estas palabras, largó el hacha y enjugó el sudor de la frente.

Quien así había hablado era un muchacho de unos veinte años de edad; y dirigiéndose a otro mozo, al cual más adelante daremos a conocer, el interrogado respondió:

—¡Para qué hemos nosotros de molestarnos en adivinar lo que será! Vamos obedeciendo al jefe. ¡Poco ha de vivir quien no vea!, quiero decir, que no conozca la causa.

—¿La causa de qué? —preguntó el muchacho.

—La causa que aquí nos sostiene —dijo el tal, a quien llamaremos Julián, con el aire de quien sabe más de aquello que dice—. ¿Quién quiere apostar conmigo que tenemos negocio de unitarios entre manos? ¡Eh! ¿Y entonces qué dice usted, señor Simón? —añadió el muchacho dirigiéndose esta vez a un viejo, que de pie, recostado en un árbol, fumaba su cigarro en silencio.

El viejo movió la cabeza con desdén y continuó fumando.

—¿Y qué tenemos de nuevo con eso? —preguntó Julián—. ¿No son los unitarios los enemigos del Plata?

—¡Bah! Eso son ellos, ¿quién puede dudar?

—Yo —respondió lacónicamente el viejo, a quien llamaban Simón.

Los gauchos lo miraron espantados. Julián tomó la palabra.

—Entonces, ¿usted duda de que los salvajes unitarios sean enemigos de la Patria!

—Los unitarios enemigos, que yo he conocido, fueron los ingleses y los españoles; los primeros, cuando quisieron pagarse por sus manos lo que les debía la España esclavizando a nuestro país; los segundos, cuando se opusieron a nuestra justa independencia, oposición tanto más injusta cuanto que la España fue siempre celosa de su independencia y de sus foros... Es diferente —agregó el viejo tirando fuera la colilla del cigarro.

—Entonces el Señor Simón es pastelero; juega con pan de dos picos —exclamó Julián con cierta ironía colérica.

—¡Nunca hice otros pasteles que poner el pecho a las balas!... ¡Nunca hice otro juego que defender, con la lanza o con el sable, los derechos de la libertad de mi patria!

—¡Ahora sí que yo veo que usted tiene sentimientos allá de la gente de ciudad! —respondió Julián con amargura.

—Ahora todos nosotros somos argentinos. El hombre de ciudad como el campesino, ¡todos somos hermanos!

—Menos ese, señor Simón —interrumpió el muchacho que diera principio a la conversación—. El Viejo ya habló en su gaceta<sup>37</sup> y dice que los unitarios no son argentinos.

—¡Ah! —exclamó el viejo Simón, sonriendo con ironía—. Lavalle, Balcarce, Suárez, Vilela, Díaz, Olavarría y tantos otros que, por premio de quebrarse los huesos en la cordillera, hoy andan por ahí, sabe Dios cómo, proscriptos de su patria, maldecidos por ustedes, llamándolos salvajes unitarios, ¿qué serán ellos: ingleses o franceses?

Los gauchos callaron por un instante y parecían confundidos.

Julián, como uno de los más fanáticos, no quiso ceder el campo al enemigo y, contra su propia convicción, continuó, porque en él la pasión desenfadada era más fuerte que la razón.

—Dejemos el pasado y pensemos en el presente solamente. Y de ahí no me compare a nadie con nuestro Viejo: más patriota que él ¡nadie!

—¡Hasta ahí vamos todos! ¿Quién, mejor que él, ha trabajado para nosotros? —agregó el muchacho—. Y vea que hasta él no quiere que por la ciudad anden de casaca, dicen que ahora todo el mundo ha de andar de chaqueta.

---

<sup>37</sup> **gaceta**: se refiere a *La Gaceta Mercantil: Diario comercial, político y literario* (1823-1852), considerada una publicación oficialista del gobierno de Rosas.

—Eso mismo es prueba de su amor por el país; pues ¿no dieran ellos en la gracia de vestirse como los gringos? ¡Apesta! y que no le hace mucho no, porque él no se sabe hacer de rogar para cortarles el pescuezo.

Quien habló fue Julián y, acabando su elocuente oración, desenvainó su ancha faca y comenzó a cortar varitas de ceibo, a la espera de que por su turno le llegase el día de cortar cabezas de unitarios.

—¿Será verdad lo que dicen, que el Papa excomulgó a los unitarios? —preguntó el muchacho a Julián.

—No —respondió Julián—, lo que es muy cierto es que el Viejo les prohibió que fuesen a las iglesias a oír misa, y también dio orden a los padres de que antes de decir misa dieran un “*mueran*” a los unitarios y un “*viva*” la Federación y “*viva*” el Restaurador.

—Pues mira que muchos, de cierto, me contaron eso de que están excomulgados.

—Ahora eso todo no pasa de pantomima; ni el Papa se acuerda de esos que ustedes llaman unitarios por nada, ni...

—De esos que ustedes llaman unitarios... —interrumpió Julián repitiendo lentamente las palabras del rústico viejo Simón—. Por fin das cuentas, señor Simón; ¡habremos de venir en vías de hecho yo y usted uno de estos días!

—No, Julián, te engañas; yo no peleo con nadie. Luché por la libertad de mi patria; el tiempo de las batallas acabó. Ahora el viejo Simón no derrama más sangre de hermanos.

—Entonces, a los gringos contra quien dice que peleó en otro tiempo, ¿los considera hoy sus hermanos?

—Ha de ser así —agregó Julián todo irritado—; ahora hasta los considera sus compatriotas.

—No son mis compatriotas, no, mas queden sabiendo que los hombres, cualquiera sea su nacionalidad, pertenecen a la gran familia de la humanidad, cuyo padre es Dios; ahora si él es el padre común, nosotros los hombres todos somos hermanos.

—¡Ahora esa no está mal agarrada!

—Cállense, muchachos, sin maullar —replicó el viejo—; dejen al tiempo y a la experiencia el cuidado de mudar muchas de sus opiniones de hoy.

—Yo acá, por mí, no cambiaré jamás —exclamó Julián—; soy federal, neto legítimo, y odio a los unitarios y a los extranjeros con todos mis cinco sentidos.

El viejo le dio la espalda y se fue acercando más hacia la vera del río.

En aquel momento un hombre, que estaba apostado de vigía sobre un árbol, gritó bajando a toda prisa:

—¡Ahí viene el barco!

Como a cien varas<sup>38</sup> de distancia aparecía la proa de la sumaca Francesca de Rimini, saliendo detrás de una isla, pues los recodos del río habían impedido hasta ese momento que se viera.

Julián fue el primero que corrió a dar aviso al Juez de Paz. Cuando volvió de su comisión, sus ojos se encontraron con los ojos de Simón.

El odio como el amor tiene sus instantes únicos en la vida.

Instantes en que todo está dicho... Palabra muda, trocada por dos corazones que o se enlazan para siempre, confundándose en un solo ser, o para siempre se apartan, abriéndose entre ellos el abismo sin fondo del odio, con sus paroxismos y sus luchas, como la pasión.

Julián y Simón se odiaron desde aquel momento.

¿Por qué?

Porque el prudente viejo había leído fácilmente un misterio en las desconcertadas facciones del inexperto joven y este, a su vez, tuvo conciencia de que la mirada severa y escudriñadora del viejo penetraba el secreto que Julián guardaba en su corazón.

---

<sup>38</sup> **vara**: unidad de longitud menor a un metro (entre 768 y 912 mm).

¡Ah! Nunca impunemente puede el hombre descender a su propio corazón; nunca impunemente puede investigar el corazón de otros hombres...

Escrito fue que cualesquiera que fuesen sus descubrimientos, ellos serían el origen de su perpetua desgracia.

## 9. NÉMESIS

El barco que acababan de divisar era el Francesca de Rimini.

Los pasajeros que venían a bordo se conservaban todavía en la posición que ya hemos dado a conocer al lector, porque, entre el momento presente y el momento de nuestro esbozo, solo ha transcurrido un limitado espacio de minutos.

Al salir detrás de la isla, la gente de la sumaca pudo también ver a los hombres que estaban sobre las riberas del río. En ese momento el hombre de la mancha roja se puso al timón, viró en dirección a tierra y ordenó a los marineros que recogiesen las velas.

Alsina, en una ojeada, comprendió las intenciones del falso patrón del barco.

Leve palidez se derramó por un instante en sus facciones y, levantando sus ojos al cielo, parecía repetir mentalmente las siguientes palabras:

*“¡Cúmplase mi Dios tu voluntad, sea en el cielo, sea en la tierra!”*

Doña Antonia miró espantada alrededor de sí; fatal presentimiento vio posar como una loza sobre su corazón y, apretando entre las suyas la mano de su marido, dos lágrimas silenciosas le corrieron por su rostro.

—Terminó nuestro viaje —murmuró el doctor.

Hay momentos en la vida humana en los cuales, frente a la desgracia que nos hiere de lleno el corazón, se aniquila completamente el grado de sufrimiento y de resignación que puede contener el alma de cada criatura.

Desgracias para las cuales no hay gemidos ni lágrimas; ¡momento en el que la propia sensibilidad queda paralizada y muda!

Tan intenso se torna el sufrir que curva nuestro ser físico y moral, que nos lleva hasta el momento del delirio; y nuestra cabeza se horroriza, el cerebro se altera nervioso y nosotros sentimos los primeros síntomas de locura desenvolviéndose allí.

Tal fue la impresión que las breves palabras de Alsina dejaron en su mujer.

¡Ellas encerraban la convicción de una desgracia irremediable, profunda y veloz!

Tocaba el límite de una espantosa realidad que en breve iba a herirla con todo el rigor.

¡Pobre mujer!

Criatura débil y pequeña ante los ojos del materialismo, ¡qué vendría a ser de ti si en ese cuerpo frágil y delicado no hubiese colocado el CREADOR una alma tan amante y tan enérgica! Alma de esposa y de madre que, en el momento de peligro y para defensa de los caros objetos de su amor, toma las proporciones gigantescas de la heroicidad, cumpliendo así la misión más sublime de su destino.

La mujer de Alsina sofocó su llanto, devoró su aflicción y se preparó con supremo esfuerzo a tragar, junto con su buen amado esposo, el cáliz amargo del infortunio.

El niño Adolfo, nacido entre el estruendo de la revolución, mecido en la cuna por las descargas del cañón y del fusil, ¡ya encontraba delante de sí el cadalso y el exilio! No obstante su tierna edad, también observó lo que pasaba a bordo; dejó su entretenimiento infantil y, con esa vaga inquietud, presagio infalible de fatalidad, corrió a los pies de su padre, patentando en la perturbada mirada que él no estaba ajeno al drama que iba a comenzar.

El hombre de la mancha roja lanzó una mirada sobre los pasajeros y dijo entonces a sus hombres<sup>39</sup>:

—Ya saben lo que les aguarda.

En cuanto al doctor Alsina, desde que comprendió cuál iba a ser su suerte, como todo hombre de coraje y de espíritu, aceptó su nueva posición.

Llamó junto a él a sus dos queridos objetos y, con la dignidad tranquila y augusta del hombre de honor que tiene una conciencia pura, esperó con firmeza que rompiese el rayo, cuya nube estaba formada sobre su cabeza.

La sumaca atracó en tierra.

En aquel momento, por orden del destacamento con el Juez de Paz al frente, descendió por la ribera la gente de la estancia.

El intérprete de la ley transformado en un hombre de guerra (a favor del rey) traía un aire tan marcial, tan guerrero y tan furibundo como si él solo fuera a combatir un ejército entero de salvajes unitarios.

Será bueno prevenir al lector que el insigne Juez de Paz era un hombre bajo, gordo y barrigudo, con ojos desmesuradamente grandes y espantados; su cuello corto y gordo desaparecía enteramente entre dos hombros carnudos; el resto de su persona podía servir como tipo de la vulgaridad, no de los hombres, sino de la inteligencia en su expresión más mezquina.

Iba, pues, marchando al frente de sus torpes peones y, con la costumbre de todos los hombres pequeños, estiraba las piernas para andar con cierta majestad cómica, que no dejaba de darle aires de Sancho Panza mientras fue gobernador de la Ínsula Barataria, careciendo en todo nuestro héroe del gordo buen sentido del personaje de Cervantes.

A su llegada a bordo, el Juez de Paz lanzó en torno de sí una mirada de furia y con el tono más decidido e imperioso llamó al patrón de la sumaca. El hombre de la mancha roja se adelantó, con su gorra de piel de mono entre las

---

<sup>39</sup> En el original dice: "botões", que podría traducirse como 'brutos'.

manos y con la cara de hipócrita toda compungida. El bellaco comenzó hablando con pronunciado acento extranjero:

—*Servitore da vostra eccellenza*<sup>40</sup>.

—No tengo excelencia —respondió el juez, no sin secreto pesar—. Soy el Juez de Paz del partido de Baradero, cuya costa es esta, y como encargado de velar por la seguridad del país, vengo a saber para dónde va usted y qué pasajeros trae a bordo.

—*Lo barco não mai pertende, le vais patrona, restó ferito á Montevideo, a sumaca va caricata da casa di Antonini com mercancie y fazende, vous sapete: Ponche, colette, chaquita, pantaloni... alline tutto lo carimento que va pona lo porto di Goia, nella costa correntina. Apreset, lo passagiero, and the somand lhe ton sone co oro que V. A. ten na vista*<sup>41</sup>.

El Juez de Paz habría preferido que el maestre hablase un idioma más inteligible porque, en la larga relación que acababa de hacerle, había pasajes muy oscuros a su percepción y palabras que no podía traducir; felizmente para él, recordó a tiempo que a veces es mejor callar que hablar, y hacer como que se sabe perfectamente aquello que ni siquiera nos pasa por la mente.

—Es necesario que yo examine todos los papeles que usted trae a bordo —respondió el juez, después de una pausa.

—*Avec tropo plaisir*<sup>42</sup> —se apresuró a decir el hombre de la mancha roja—. ¡Giovani! —agregó llamando al mozo que en el pequeño equipo de la sumaca cumplía el doble trabajo de criado de cámara y cocinero.

Giovani apareció con sus calzas llenas de brea y su gorra de lana roja en la cabeza.

---

<sup>40</sup> Del it., 'Servidor de vuestra excelencia'.

<sup>41</sup> De varios idiomas, 'El barco no me pertenece, soy el capitán, vengo directo de Montevideo, la sumaca va cargada de la casa de Antonini con mercancía y hacienda, vos sabéis —Poncho, coleteo, chaqueta, pantalones—... allí todo el cargamento que va para el puerto de Goya, en la costa correntina. Presente, el pasajero, y el comando de la tonelada alguna de oro que vuestra merced tiene a la vista'.

<sup>42</sup> Del fr., 'Con mucho gusto'.

—*Sonoqui, capitano*<sup>43</sup>—respondió cortésmente el criado y cocinero.

—*Uma vela per il signor Juidice e alcune botiglie di cerbeja. ¡Andiamo!*<sup>44</sup>

Giovani, acostumbrado a servir a las carreras, bajó a la cámara y subió poco después cargado con una silla de tijera y una porción de botellas.

En el espacio de tiempo que transcurrió, un silencio absoluto se observaba a bordo: los gauchos, con la espingarda al hombro, tenían la curiosidad retratada en el rostro.

Alsina, sentado en la popa con su señora y su hijo cerca de él, mediante ese tacto fino y desembarazado del hombre de alta sociedad, mostraba la más completa indiferencia, dando ninguna atención a los aires furibundos del juez, ni a los preparativos inquisitoriales que había anunciado. Conversaba con su señora reservadamente y parecía explicarle los diferentes objetos que guarnecían la opuesta margen del río.

El Juez de Paz, hombre vulgar y estúpido, no podía comprender la dignidad de la conducta del exiliado y sentía aumentarse su cólera, que tan poco respeto impone al salvaje unitario.

El viejo Simón mal disfrazaba su disgusto, porque ya veía de antemano el final de aquella farsa.

El fanático Julián se mantenía cerca del juez y Miguel encaraba con atónita sorpresa al hombre que por orden del general Rosas él había entregado a las autoridades.

Lejos de indignarse al ver al proscrito, Miguel sentía una emoción desconocida que le agitaba su corazón por vez primera: aquel grupo de tres criaturas ligadas por lazos tan estrechos, cuyas fisonomías estaban tan llenas de distinción y tan amables, lo interesaba en su suerte, a su pesar.

Esa ley misteriosa de simpatía que sentimos sin poder analizar atrajo el corazón de Miguel hacia la familia de Alsina; él había entregado al proscrito

---

<sup>43</sup> Del it., 'Aquí estoy, capitán'.

<sup>44</sup> Del it., 'Una vela para el señor Juez y alguna botella de cerveza, ¡vamos!'.

a manos de sus verdugos y, en aquel momento, solo la vista del hombre a quien botara a la fatalidad, sin conocerlo, causó en él una resolución tanto más terrible, cuanto que el corazón del joven era virgen del ímpetu violento de las pasiones; y que por primera vez encontraba a un ser noble y grande, en favor de cuyo inmenso infortunio sentía nacer tierna piedad y profundo respeto.

Poca aceptación mereció la cerveza con la que el capitán quiso obsequiar al señor Juez de Paz y su gente; por eso, tuvo un breve despacho, dejando el refresco casi intacto.

El magistrado se sentó y comenzó la revista de los papeles del capitán, sobre sus rodillas. Como ellos no contenían otra cosa que la factura del cargamento y el despacho de aduanas, el juez los entregó de nuevo al falso capitán y pidió el pasaporte del pasajero.

El hombre de la mancha roja se quitó la gorra y comenzó a enrollarla entre las manos, tosió, movió la cabeza y quedó callado.

El momento de la explicación había llegado.

El Juez de Paz, retomando toda la insolencia y descortesía de que era capaz, dijo un “¡Hey!” imperativo al doctor Alsina y le gritó:

—¡Paisano! Ya pedí su pasaporte: aquí el maestre permanece a manera de embaucado sin responder. Ordeno a usted que me entregue su pasaporte; si es que usted viaja con él —añadió irónicamente.

El proscripto apretó la mano de su mujer y, levantándose, se adelantó hacia donde estaba el juez, sacó una billetera del bolsillo de su paletó<sup>45</sup> y, abriéndola, escogió un papel, que presentó al *inquisidor federal* con estas palabras:

—Es la orden de mi deportación; estoy persuadido de que usted no ignora quién soy yo.

La frase sorda: “¡Es un salvaje unitario!” pasó como leve murmullo de boca a boca.

---

<sup>45</sup> **paletó**: abrigo de paño grueso, largo y entallado.

El juez abrió el papel y después de leer para sí, se quedó en silencio, como quien medita la resolución que va a tomar, considerándola como acto de la más alta responsabilidad. Al final, con un tono lo más majestoso posible preguntó a la mísera víctima de traición:

—¿Qué va vuestra merced a hacer en Corrientes?

—Puede el señor tener idea, viendo en mi compañía a mi mujer y a mi hijo: iba a establecerme en Corrientes y procurar el sustento de mi familia en el ejercicio de mi profesión.

—Ahora, ¿por qué no confiesa de una vez sus intenciones y vistas revolucionarias? ¿Piensa que yo puedo acá comulgar con ruedas de carreta<sup>46</sup>?

—Tome sentido con quien habla —respondió fríamente Alsina—. Yo soy un caballero que usted debe respetar y tratar como yo merezco: si viene a apresarme, porque fui vilmente traicionado, cumpla su misión y déjese de rodeos inútiles. Yo no quiero que nadie comulgue con ruedas de carro; yo no oculto mis opiniones políticas, porque no las considero un crimen y, cuando la prudencia me aconsejase así practicar, nunca sería en un caso como este, en el que de antemano ya estoy condenado.

—¡Eso es lo mismo que confesar que usted es un salvaje unitario! —exclamó el juez satisfecho de su tacto y sagacidad.

—Seré todo cuanto usted quiera —replicó el proscrito—, o seré todo cuanto le aproveche al general Rosas, contra los hombres que quieren constituir su país y vivir sujetos a la ley ¡y no al capricho de un *mandón*!

—¡Silencio! ¡Cállese!... ¡Usted es un asqueroso salvaje unitario! —gritó el juez, casi ahogado de cólera— ¡¿Qué?! ¡¿Pretende usted criticar la conducta del gobierno?!

Doña Antonia interpuso su mediación para poner fin a la cuestión, suplicando al mismo tiempo al juez para que los dejase continuar su viaje

---

<sup>46</sup> **comulgar con ruedas de carreta:** creer los mayores disparates.

tranquilos, empleando en esta súplica las maneras más amables con que la infeliz señora procuraba domar la saña del tigre.

—¡No puede ser, señora!... —fue la respuesta del juez—; es necesario que yo sirva a la causa americana y a la santa causa de la Federación y a la de la Confederación Argentina. Es bajo este deber de patriota que ordeno al salvaje unitario Valentín Alsina, enemigo acérrimo de la patria y del ilustre Restaurador de las Leyes, que se entregue prisionero.

Y concluyendo este acto de elocuencia, el magistrado se puso de pie, lanzando alrededor de sí miradas de triunfo y dirigiéndose a sus peones, con el más alto grado de entusiasmo, exclamó:

—¡Paisanos! ¡Viva el ilustre Restaurador de las Leyes!

—¡Viva! —respondieron en coro los gauchos.

—¡Viva la Federación!

—¡Viva!

—Mueran los salvajes unitarios...

—Mueran... mueran... Mueran mil veces... —gritó Julián.

—¡Mueran! ¡Mueran! —repetían con encarnizamiento y frenesí los ilusos campesinos.

—Vamos a tierra —dijo el juez—. Es necesario hacer el proceso verbal al preso; después será conducido a Buenos Aires y puesto a disposición de Su Excelencia.

Alsina oyó su sentencia, sin la más pequeña apariencia de disgusto; no así su mujer y su hijo quienes, apretándolo en sus brazos, rompieron en llanto.

Dos hombres no pudieron quedar indiferentes a esta escena de profundo y mudo pesar.

El viejo Simón y el aventurero Miguel. Ellos enjugaron una lágrima involuntaria, que les pasó desapercibida en medio de la furia y la algazara de los otros.

## 10. LÁGRIMAS

A cuatro millas del Paraná se levantaban en medio de la floresta las torres de la iglesia de un convento abandonado, que sin duda fue asilo de los misioneros, que poco después de la conquista se esparcieron por las Américas, para predicar la doctrina que llamaban de Cristo, pero esclavizando al mismo tiempo a los tristes indígenas, a quienes –en lugar de civilizar con la palabra evangélica– impusieron el yugo vergonzoso de la esclavitud ;en nombre de la CRUZ!

¡Qué impiedad!

Habían ya transcurridos algunos años desde que la desierta iglesia conventual era solo habitada por las fatídicas lechuzas y que sus amplios aposentos estaban solitarios y pavorosos, como las sepulturas de los muertos enterrados debajo de las blancas y frías lajas de su pavimento.

Al tiempo sereno sucedió un aire húmedo y tempestuoso; a la atmósfera pura y perfumada sobrevino un olor a tierra mojada por las primeras gotas de lluvia. En los ámbitos del espacio volaban, negros y amenazantes, gruesos grupos de nubes, que empañaban el claro azul de los orbes que eternamente marchan en el éter transparente, que los hombres llaman firmamento.

La noche era oscura; un viento cálido del norte soplaba con violencia, agitando el robusto ramaje de los colosos ombúes, bordeando los altos álamos y zumbando, como un eco lúgubre y lejano, por entre las ramas verdinegras de los augurantes cipreses.

Las nubes impulsadas con violencia, cargadas de electricidad, se chocaban unas en contra de las otras en su rápida carrera; anchas cintas de fuego iluminaban las agrestes matas y la tierra; y, poco después, la voz cavernosa y amenazante del trueno roncaba y se reproducía en el silencio de la noche y de la soledad.

Los perros aullaban tristemente, bramaba el yaguareté espantado, los tímidos corderos balaban amedrentados y todos los reptiles y fieras del desierto unían sus ecos salvajes con la voz profunda y majestuosa de la

tempestad, que se aproximaba rápida y tremenda como la maldición de un Dios vengador.

Bajo el abandonado techo del convento, extraño bullicio se oía también. La vida, ese negro drama, cuyo desenlace es siempre la muerte, jugaba las escenas más interminables. Llantos o risas, placer o dolor, riqueza o miseria: es la humana existencia hasta el día en que se resuelve el problema de la eternidad, hasta el día en que, separada el alma del cuerpo, este queda gélido e insensible, ¡alimento de los gusanos de la tierra! Y el alma... ¡Ah, mi Dios! Yo inclino la frente ante Tu inmensa majestad. ¡Hágase Tu voluntad así en la tierra como en el cielo!

El principio y el final de la existencia son el límite misterioso donde se acaba el orgullo del mortal.

En medio del templo del convento abandonado, levantado otrora como homenaje a la Divinidad o como cimientto, a cuya sombra se abrigaron ambiciones impías, ardía una gran hoguera, cuya llama amarillenta esparcía rojizos resplandores en derredor. Las naves laterales, no obstante, se conservaban en profunda oscuridad. Apostados junto a cada columna, vigilaban silenciosos los centinelas con la espingarda al hombro, tan inmóviles y callados como las decrepitas estatuas de los santos despojados que aún permanecían olvidados y desteñidos en los nichos de sus altares desnudos.

La mano severa y helada del tiempo posaba sobre los muros del antiguo convento; los dormitorios caían en ruinas, crecían hierbas parásitas por todas partes y, en el grandioso y otrora decorado altar de la nave central, apenas existía en pie la cruz colosal de Cristo, en tanto que el resto del altar, partido por un rayo en mil fragmentos, yacía en un montón informe. Parecía simbolizar ese rayo salido del seno de la indignación de los pueblos que, escapados del potro de tormento, donde los frailes los azotaban, aniquiló al catolicismo hasta sus cimientos y pronto no dejará de él más que las ruinas de su edificio gigante, el cual como lápida terrible servirá de epitafio a la era ignominiosa que subvierte las puras y santas doctrinas del Dios Hombre.

Frente mismo de la misma cruz, símbolo eterno de martirio de fe y de redención, sobre un puñado de paja estaba acostado un hombre cargado de hierros; su rostro, pálido pero sereno, revelaba ese coraje moral que arrostra

el peligro sin temblar; sus ojos se volvían con un sentimiento de fe y de piedad lleno de resignación y se fijaban en la negra y tosca cruz; oraba en silencio, elevando su corazón a Dios, resignado a sufrir sin quejas y confiando siempre en la misericordia del Señor.

Un niño y una mujer, tan llorosa y herida como la propia madre del Salvador, oraban arrodillados a pocos pasos del preso.

Dos centinelas, uno de cada lado del altar, guardaban al prisionero.

Uno de los centinelas era un viejo, cuyos cabellos blancos como la nieve revelaban una vida llena de trabajos y los repetidos disgustos que la acrisolaron... Ese viejo era Simón: soldado de la revolución de Mayo, herido mortalmente en Cancha Rayada y vencedor en Ayacucho.

El otro centinela era Miguel, cuya mirada pensativa y enternecida no se apartaba del grupo que tenía delante de sí.

El silencio que reinaba en la vieja iglesia conventual era profundo y apenas interrumpido tan solamente por el ronquido de los truenos, el rumor del viento allá afuera, los sofocados suspiros de la mujer y el niño que rezaban llorando, y por el crujido de las hachas de leña que ardían en la hoguera.

El doctor Alsina y su familia son las personas de quienes hablamos. Hacia allí juzgó más prudente el *sabio* Juez de Paz conducir al unitario, cuya presencia en la villa de Baradero o de San Nicolás podría ser nociva y excitar las vívidas simpatías de los otros *salvajes unitarios* que abundaban en el norte de la provincia de Buenos Aires.

Convidados y reunidos allí los federales más notables del distrito, en esa noche formaron el proceso verbal del preso que con sus doctrinas revolucionarias venía a comprometer la tranquilidad del despotismo del tirano.

Ignorando la suerte que le estaba reservada, Alsina y su familia esperaban ya un desenlace sangriento; por eso, interrumpiendo el silencio, don Valentín llamó a su señora y a su hijo.

—Antonia —dijo el proscrito—, serena tu corazón y óyeme; tal vez sea esta la última noche que pasemos juntos... Tal vez voy a morir.

—¡Morir!! —exclamó la joven señora—. ¡Estos bárbaros llevarán su ferocidad y su fanatismo hasta ese punto! ¡Oh, no! Eso es imposible.

—¡Quién sabe! —replicó Alsina—. Donde no hay ley que proteja a la sociedad y que proteja a los hombres de bien de los atentados de los locos y de los malvados, todo debe esperarse. Entre el puñal de esta gente y mi corazón no hay otro obstáculo que el acaso o la bondad de Dios...; pero dejemos esto, hablemos de nuestro hijo... Ven hacia aquí, hijo mío.

El niño Adolfo se levantó de donde estaba arrodillado y fue junto a su padre. Quería en vano comprimir los suspiros, y solo pudo lanzarse a los brazos de su padre bañado en lágrimas.

Por espacio de algunos minutos aquellos tres desventurados, enlazados en estrecho abrazo, permanecieron callados.

Fría lágrima surcaba el arrugado rostro del viejo Simón.

Desconocido dolor hería el corazón de Miguel y una voz arcana parecía murmurarle al oído.

—*¡Fuiste mensajero de la muerte!*

—*¡Entregaste el inocente a sus verdugos!*

Alsina, dominando su emoción, continuó hablando con su voz siempre pausada y afectuosa.

—Adolfo —dijo él—, hijo mío, no llores más: por amor a mí, por amor a tu madre... calma, hijo mío... El mejor, el único medio de amar, sea a nuestros padres, sea a nuestros amigos, es ahorrarles todo aquello que pueda mortificar o causarles pesar... ¡No llores, Adolfo!

El niño enjugó sus lágrimas, pasó su manita por el húmedo cabello, sacudió la cabeza con un movimiento lleno de inteligencia, que parecía decir:

—Está hecho, padre mío; sabré callar mi dolor, ocultar mis penas: ¡seré un hombre!

¡Tenía apenas diez años!

—¿Estás contento de mí, papá? —preguntó el niño sonriendo dulcemente, con la voz convulsa de llorar todavía.

—Sí, hijo mío, —respondió el prisionero, con una voz traspasada de amargura y que revelaba toda la tierna compasión que le inspiraba su hijo, puesto en desgracia desde la más tierna mocedad.

Él continuó:

—Adolfo: es necesario que los hombres sepan vencer, domar sus pasiones, como sus pesares; luchar contra el dolor y contener sus sentimientos todos, en la órbita indeclinable del deber, que nos enseña a sacrificar nuestras aflicciones, cuando lo exige la dignidad y el respeto que debemos tener de nosotros mismos y que debe presidir todas las acciones públicas y privadas del hombre de bien.

Eres todavía muy pequeño para comprenderme... Vas a quedar en orfandad... ¡Ah! Yo no siento morir... sino no poder completar tu educación... ilustrar tu espíritu y formar tu corazón... Antonia —dijo Alsina después de una pausa dirigiéndose a su mujer— tú suplirás mi ausencia, ¿no es así? ¿Los consejos que darás a nuestro hijo han de conformarse con mis deseos?

—Sí, yo haré lo posible para ese fin —respondió doña Antonia con una voz tan apagada, que apenas se percibía. La pobre señora temía que la inflexión de su voz traicionase el dolor que le desgarraba el corazón.

—Estoy en manos del general Rosas —agregó el preso—; y sea aquí, sea en Buenos Aires, no debo esperar un desenlace feliz...; por eso, es necesario aprovecharnos de los momentos que aún nos restan.

—Mas, papá —interrumpió el niño Adolfo—, ¿por qué estos hombres quieren asesinarte? ¡Tú eres inocente!

—¿Por qué, hijo mío? ¡No me lo preguntes! —dijo tristemente Alsina—. Cuando seas hombre, las crónicas sangrientas de tu país te dirán por qué tantas cabezas nobles cayeron diezmadas bajo el hacha asesina del populacho. ¡Pobre Adolfo, que no podrás evocar los risueños cuadros de tu infancia sin ver antes pasar delante de tus ojos el cadáver de tu padre asesinado!... ¡Ah! Por lo menos, no seré yo quien romperá el velo misterioso que todavía te

encubre las miserias y los crímenes de los hombres. ¡Hijo mío, graba en el fondo de tu corazón estas últimas palabras de tu padre y el recuerdo de esta noche no se borre más de tu memoria!

Adolfo y doña Antonia se aproximaron más al proscrito; y Miguel, descansando la culata de la espingarda sobre las piedras del pavimento, cruzó los brazos sobre la boca del arma, con los ojos fijos en el noble prisionero.

—Tú vas a oírme sin comprender mis palabras—dijo Alsina hablando con su hijo—, pero acuérdate de ellas cuando seas hombre, y sirvan ellas de norte y de rumbo para tu vida. Hijo mío: la idea única y absoluta de las acciones del hombre honesto es el deber.

Trata de conocer las obligaciones que te impone el deber y cúmplelas religiosamente, sin transigir jamás con ellas; porque aquel hombre que transige con sus deberes falta a su propia honra. Vida y fortuna deben sacrificarse al deber, cuando este así lo exija.

Los preceptos que el deber encierra en sí son simples como la verdad y no cuesta cumplirlos, pensando que ellos tienen por fin la felicidad del hombre. Esta felicidad no es el mezquino regocijo de los placeres y de las riquezas del mundo: la felicidad de que te hablo es esa dulce tranquilidad del justo, del hombre que siempre vive en paz con Dios, con sus semejantes y consigo mismo.

La misión del hombre en la tierra es trabajar por el bienestar general de la humanidad; después de la humanidad, la patria; después de la patria, la familia. El yo es el último en esta tarea. Con todo, tú verás más adelante que los hombres en su mayor parte, invirtiendo la moral social, tratan primero de sí, después de la familia; a la patria la identifica con el propio interés, y la humanidad es apenas una entidad contra la que se lucha despiadadamente; porque los medios para hacer fortuna son todos buenos y, mirando hacia los fines, la perversidad de los auxiliares no se advierte.

A pesar de que así veas a otros hacer, ama tú en cada hombre un hermano y nunca desees ni hagas a los otros aquello que no desees ni quieres para ti. Las opiniones políticas o religiosas de otros hombres, por ser diferentes de la nuestra, nunca deben de servirnos de subterfugio para hacernos mal.

Sé humano, hijo mío, sé generoso y marcha siempre de frente y en línea recta.

Consuela a tu madre cuando yo ya no exista... Si algún día te casares, ama a tu mujer y recuerda que eres responsable no solo de su subsistencia, sino también de su tranquilidad; puesto que ella a ti se confió, es cobardía sin nombre oprimir y atormentar a aquella que nos dio más que su vida, porque con su sangre alimenta a nuestros hijos; no consideres a tu mujer una esclava, mira en ella a tu compañera, a la madre de tus hijos y siempre a tu mejor amiga... ¿Ves cómo tu madre y yo nos amamos?

Alsina se calló.

Su esposa y su hijo estrechamente lo abrazaban; y los tres lloraban en silencio.

El viejo Simon movía despacio su cabeza y parecía decir: “Son los crímenes de este hombre... ¡una virtud sin igual!”.

En cuanto a Miguel, a medida que el lenguaje civilizador y filosófico de Alsina desdoblaba ante sus ojos el espeso velo de la ignorancia que le robaba la luz del mundo y de la inteligencia, se operaba en lo íntimo de su ser una de esas revoluciones que mueven al hombre y lo ponen en el verdadero camino de su destino.

La cabeza del rústico joven era un caos y, en medio de la fiebre que lo agitaba, las palabras de Alsina se grababan en su memoria con caracteres de fuego.

Después de una pausa, Alsina prosiguió todavía:

—Antonia, no dejes arraigar el odio de los partidos políticos en el corazón de nuestro hijo Adolfo. Si algún día el general Rosas muda de sistema, si su marcha varía en provecho del país, perdónale el mal que hoy nos hace, en favor del bien y de la prosperidad de la patria... ¿Oyes, Adolfo?

—¡Oh, padre mío! —respondió el niño con la firmeza de un hombre— si Rosas te fusila, ¡Adolfo Alsina jamás perdonará al asesino de su padre!

Alsina, conmovido extremadamente, no respondió.

El silencio volvió de nuevo entre ellos, apenas interrumpido por el zumbido de la tempestad.

## 11. PROCESO DE UN SALVAJE UNITARIO

Bulla de pasos, que a la iglesia se dirigían, anunció que la hora del juicio sonaba y que el ilustre Juez de Paz llegaba acompañado por las otras máquinas judiciales.

*Su Santidad* había permanecido, hasta ese momento, en una de las salas del convento; hallando conveniente no tener contacto alguno con el repugnante y salvaje unitario, sino solo aquel más necesario para la mejor custodia del preso.

Debe parecer extraordinario que se intentase hacer el proceso de un hombre que, no obstante el anatema de expatriación que pesaba sobre él, no tenía dado contra sí algún positivo ni indirecto<sup>47</sup> que lo acusase ante las leyes. Con todo, en aquel tiempo Rosas no se atrevía a quitarse la máscara de hipocresía y se valía del nombre de la justicia y de sus fórmulas, para mejor encubrir sus venganzas personales.

Antes que los asesinatos de abril de 1840 designasen esos meses con el nombre de “mes de Rosas” y escribiesen con sangre una memoria impagable en la eternas luchas de la historia del Río de la Plata, el gobernador (*ad eternum*) de Buenos Aires asesinaba a sus víctimas con la cooperación de los tribunales gangrenados, que no protestaban por tan horrenda violación de sus deberes.

El Juez de Paz y sus satélites tomaron lugar en las gradas del altar mayor y el reo, de pie, quedó delante de sus jueces.

En aquel momento la tempestad, llegando a su mayor apogeo de violencia, bramaba alrededor del arruinado edificio: rugía el viento, zumbando triste-

---

<sup>47</sup> No tenía contra sí ninguna denuncia puntual, ni orden de detención.

mente entre los claustros, caía la lluvia con estrépito y el trueno resonando estremecía hasta los cimientos de aquellas ruinas.

Cuántos de aquellos campesinos bisoños no creerían que era el enemigo del género humano el que armaba todo aquel barullo desde los infiernos, en defensa del salvaje unitario, que los buenos federales habían pillado en flagrante delito... todo podía acontecer.

El ilustre Juez de Paz se levantó dirigiendo las siguientes palabras a modo de una proclama y no sin quitar respetuosamente su gran sombrero de alas anchas, compañero del inseparable distintivo rojo, divisa de la Federación o, mejor dicho, librea degradante de un gobierno todo personal y antinacional.

—¡Viva la Federación! —comenzó diciendo el juez.

—¡Viva! —respondieron a coro los maniqués, que hacían el papel de jurados.

—¡Mueran los salvajes unitarios!

—¡Mueran!

Un espantoso trueno, acompañado de un rayo, mezcló su pavorosa explosión a la sacrílega maldición que lanzaban los hombres ilusos sobre sus infelices hermanos.

—¡Viva el ilustre Restaurador de las Leyes! —exclamó el juez con mayor fuego, como embriagado y aguijoneado por la bulla siempre en aumento de la tempestad.

—¡Viva! ¡Viva! ¡Viva! —respondieron los campesinos.

El juez prosiguió.

—¡Amigos y paisanos! Encargado por Su Excelencia el ilustre Restaurador de las Leyes de velar por la tranquilidad de este distrito y hacer respetar y obedecer las órdenes de nuestro ilustre Restaurador (¡Que Dios guarde!) tuve aviso de la proximidad de un salvaje unitario en el Paraná. Conjeturando que tal vez intentase introducirse en el territorio, me apoderé de su repugnante persona, poseído de excesivo celo por la santa causa de la Federación y de la causa de toda la América, juntamente responsabilizándome en este asunto,

porque quiero para mí solo la gloria de entregar a nuestro ilustre Restaurador este terco unitario, amarrado como un cristo. Procedamos al interrogatorio —dijo.

—¡Viva nuestro Juez de Paz! —gritó Julián adelantándose de entre el grupo de los otros gauchos.

—¡Viva! —respondieron todos.

El Juez de Paz, con aires de modestia, volvió a sentarse, no sin dejar allí con sus brutos de darse los parabienes de un acto que iba a servir de primer escalón a su celebridad, presente y futura.

El interrogatorio dio principio.

Juez: —¿Su nombre?

Reo: —Valentín Alsina.

Juez: —¿Edad?

Reo: —Treinta y seis años.

Juez: —¿Patria?

Reo: —La República Argentina.

Juez: —¿Cómo es eso? ¿Ignora que los salvajes unitarios no son argentinos?

Reo: —Respondí a su pregunta; no tengo la culpa de que sea estúpido; pero es necesario que quede sabiendo que no es el capricho de un tirano, ni los delirios de un puñado de locos los que desheredan un país de los hijos suyos, que solo procuran ser dignos de pertenecer a la patria que Dios les dio.

Juez: —¡Silencio, salvaje unitario! ¡De lo contrario no respondo por mí!

Una de las máquinas judiciales procuró sosegar al juez y pidió que continuase el interrogatorio.

Sorda agitación se notaba entre los fanáticos campesinos. Alsina, él solo, mostraba tranquilidad, volviendo su mirada serena como la majestad del genio.

El juez sudaba, gesticulaba; y un borbotón confuso de palabras y epítetos expresaba su cólera... Por fin, esa furia, como todo otro sentimiento, tuvo su límite; y el juez, como quien hace un gran esfuerzo sobre sí mismo, continuó el interrogatorio, no sin aumentar la osadía y atrevimiento de su tono, que iba a quebrarse ante la fría y augusta altivez del proscrito.

Juez: —¿Qué vino usted a hacer a esta República?

Reo: —El Señor sabe perfectamente que yo no me dirigía para aquí, sino a Corrientes.

Juez: —¿A Corrientes? ¡Hum! ¿Y qué iba a hacer por allá?...

Reo: —Trabajar, vivir con mi familia.

Juez: —¡Ah! salvaje unitario, impávido decembrista (1)<sup>48</sup>, usted iba a revolucionar y maquinan en compañía de la buena joya de su primo Ferré, el actual gobernador de Corrientes... ¡Usted es enemigo del Restaurador! Oigan, amigos y paisanos, lo que este repugnante salvaje dice en uno de los muchos papeles del mismo tenor que le hallamos en su equipaje...

El entusiasta magistrado tomó un papel del bolsillo y a la luz de tosca antorcha leyó lo que sigue:

#### *Notas.*

«Rosas es el genio del mal hombre, es un tirano execrable, ¡un azote de mi desventurada patria!

Para morigerar a un pueblo, para ilustrar a su sociedad, no es necesario asesinar a la mitad de la población, inundar de sangre la tierra y exiliar a viejos, niños y mujeres. Para los pueblos desplazados por las revoluciones, puede ser saludable el rigor de las leyes rigurosas, cuyo efecto inmediato es el restablecimiento del orden.

Pero el rigor de Rosas es la sed inagotable de sangre, de la fiera carnívora; su obra es toda de destrucción, no de restauración...».

---

<sup>48</sup> (1) Nombre con el cual se clasificaban los hombres de la revolución del día 1 de diciembre de 1828. (Nota de la autora).

Sordo rumor, similar al trueno que bramaba lejano, interrumpió la lectura del juez; los gauchos estaban en un estado de fermentación indecible y todos a una voz clamaron:

—¡A muerte el salvaje unitario!

Los puñales brillaron en el aire amenazantes.

Doña Antonia y el niño Adolfo abrazaron al preso.

Miguel ajustó la espingarda y quedó en actitud de hacer fuego sobre los rabiosos amotinados.

—¡Orden! —gritó el juez—. Sosiego, amigos y paisanos. El mejor servicio que podemos prestar al ilustre Restaurador y a la santa causa de la Federación es entregar en sus manos al salvaje unitario, aquí presente; y eso vivo. Así, pues, guardémoslo con toda la vigilancia, como si fuese un pedazo de carne con cuero que la gente quiere conservar fresquito.

Esta alocución tan elocuente calmó los ánimos.

Dieron los vivos y muertas de costumbre; el juez y los comparsas de justicia de Rosas se retiraron, el preso volvió a descansar sobre la paja, se mudaron los centinelas y el silencio, interrumpido por el estrépito de la gruesa lluvia sobre los techos y después sobre las lajas del patio del monasterio, volvió a reinar en el interior de la abandonada iglesia.

La tempestad continuaba en toda la magnitud de su furor. Torrentes de lluvia batían los casi derrumbados techos del viejo monasterio, que las quebradas baldosas revertían en el pavimento con estruendo aumentado y desigual.

Las fieras del desierto bramaban más enfurecidas.

Bostezaban los cansados centinelas que hacían guardia al prisionero y el resto de la gente, que se abrigaba en los abandonados claustros, se entregaba al sueño.

¡Cuántos fantasmas, cuántas visiones pasaban por la mente de cada uno!

¡Tantas opuestas esperanzas agitaban los corazones!

El Juez de Paz, bien agasajado y mejor acostado sobre los arreos de su caballo, batallaba allí en sus sueños, en amontonar honores y recompensas... Tal vez ya se juzgase paseando triunfante por las calles y plazas de Buenos Aires, cortejado por la Mashorca<sup>49</sup> y proclamado segundo Don Quijote de la Santa Causa de la Federación.

En el apogeo de su dicha, olvidó él cuál es el lugar que el buril severo de la historia marcó siempre a aquellos que compraron pasajeros honores de la comedia del mundo con la sangre de sus semejantes... Mas, olvidémonos del Juez de Paz y, con él, de todos aquellos seres mezquinos que solo suscitan risa, compasión o menosprecio en el alma del justo. Otros objetos más interesantes llaman nuestra atención. Vamos, pues, a descender al fondo de otros corazones nobles. Antes llorar con los buenos, que detener nuestras vistas estudiando los recónditos arcanos del egoísmo, del vicio y del repugnante cinismo.

En la iglesia todo permanecía en el mismo estado. Solo los centinelas eran diferentes.

El proscrito, vencido por la fatiga y por sus emociones, dormía sobre la paja, a pesar de sus heridas y de sus grilletes.

La cabeza del niño Adolfo reposaba cerca de él. Aquella cabeza infantil empalidecida por el dolor, sobre cuya suave frente se divisaba leve sombra del negro sello del infortunio... Su sueño era inquieto y, a veces, de su pecho oprimido escapaba, trémulo y convulso, un largo suspiro; una lágrima se deslizaba por su rostro infantil y palabras entrecortadas revelaban que aun dormido velaba en lo íntimo de su herido corazón el recuerdo del padre engrillado, que estaba allí cerca de él; ¡débil niño que nada podía hacer sino llorar!

---

<sup>49</sup> **Mashorca** o Mazorca: organización parapolicial al servicio de Rosas, que contribuye a la instalación de la atmósfera de terror, sobre todo entre 1839 y 1841. En su *Compendio de la historia de las Provincias Unidas del Río de la Plata...*, Manso la presenta como "una organizacion la mas estraña cuyo programa era una palabra de doble significacion: Mazorca. / Mashorca; sus propósitos no eran de consiguiete los mas cristianos" (1872, p. 171). En este manual se prefiere la grafía Mashorca.

Arrodillada al pie de tosca cruz, rezaba la esposa del prisionero, ¡velaba la madre de Adolfo!

Para ella no existía ni siquiera el lenitivo momentáneo del sueño que, si no paraliza enteramente, por lo menos mitiga los paroxismos del dolor.

La más acre aflicción, el más acerbo sufrimiento, se patentizaban en las silenciosas lágrimas que corrían por su rostro lívido.

Los cabellos largos y sueltos, negros como el azabache, caían en desorden por los hombros; las manos cruzadas sobre el pecho comprimían el trémulo corazón; y ella allí estaba, a dos pasos del marido y del hijo idolatrados, de rodillas entre el claroscuro de la hoguera moribunda, rodeada de hombres armados, sola orando, no con palabras, sino con su llanto... y ese llorar elocuente era la más ardiente oración que podía elevar a Aquel que tiene bajo su dominio los destinos humanos.

De repente su llanto se detuvo, fijó su mirada en los dos queridos objetos de su amor; ligera convulsión pareció agitarla. Después presionó la frente con ambas manos, como si esa presión pudiera contener su pensamiento y encerrarlo en una órbita luminosa que le hiciese encontrar una manera de salvar a su esposo.

Por un esfuerzo sobrehumano, acababa de enjugarse sus lágrimas de mujer, acababa de sofocar su dolor de esposa y de madre; por una súbita mudanza, por una de esas resoluciones de las almas energéticas, ella comprendió que todas sus lágrimas y toda la sangre de sus venas, derramada gota a gota, no podrían salvar a Alsina de la cruz del martirio que le preparaba Rosas; por eso, ella habló consigo misma: “Llorar no es amar; amar es salvarlo del horrendo cadalso que le levanta el tirano o morir con él, porque sin él no puedo vivir”.

Sí, doña Antonia Maza de Alsina acababa de decir en lo profundo de su corazón:

“Lo salvaré o moriré con él”.

Ella se puso de pie y cruzó los brazos.

El rostro iluminado por la inspiración de cuanto el amor tiene de más sublime, la mirada serena y reflexiva solo consideraba los trabajos del momento como pasajeros, trabajos de la jornada, y, a través de los blancos muros que la encerraban allí, su pensamiento volaba evocando el futuro, como si la voz profética de algún ángel del Señor le tocara la frente con el talismán precioso de la esperanza.

Nada la arredraba; su coraje luchaba contra la terrible realidad que la cercaba; veía en torno de sí fanáticos o malvados y, con todo, no desfallecía, porque era una necesidad, una condición precisa de su vida, la esperanza de salvar a su adorado marido.

¡Ah! Si ella hubiese podido adivinar que, a dos pasos de ella, dos hombres ponían su vida a cambio de la libertad del inocente...

Y era así: el viejo lancero tenía los ojos cerrados, pero su pensamiento velaba: “Mañana yo prepararé todo”, le había dicho a Miguel, “y durante la noche huiremos...”. ¡Y prometía él lo que no sabía si sería realizable siquiera! Obedecía más al impulso de su corazón generoso que a la convicción de realizar su proyecto.

Libertar a un hombre guardado a la vista con reforzados centinelas, vigilado por el odio, la ambición y el más ciego fanatismo.

Toda la esperanza de Simón se basaba en que el temporal de la noche se prolongase hasta el día siguiente y obligase al juez a permanecer allí. Lo importante era ganar tiempo, un día siquiera. El resto Simón lo esperaba del azar, de la confianza que inspiraba Miguel, como enviado del gobernador, y de la ignorancia absoluta de la disciplina militar que tenían los improvisados soldados del Juez de Paz. Sería necesario en todo caso apartar a los centinelas del preso. Eso solo Miguel podía hacerlo; y en cualquier otra circunstancia sería imposible si los centinelas no fuesen unos pobres trabajadores transformados en soldados del despotismo.

Miguel, por su parte, también velaba; ignoraba los medios con los que contaba el viejo lancero. Con la mano sobre el mango del puñal estaba pronto a morir matando en todo caso.

Sería un estudio curioso aquel corazón virgen que las pasiones sacudían por primera vez.

Acostumbrado al tono grosero de los campesinos, entre los hombres que conocía, Alsina le presentaba un tipo enteramente nuevo, que era para él la revelación de un mundo desconocido, al cual lo arrastraron sus simpatías, con fuerza irresistible.

La señora de Alsina, con su ternura, tan delicada para con su marido, había despertado en aquella alma de fuego, que se ignoraba a sí misma, una inquietud vaga, inexplicable.

Una imagen indecisa aparecía misteriosa ante los ojos del joven... una forma de ángel, de contornos inciertos y vaporosos, señalaba a Miguel un recinto encantador, donde la luz semejante al crepúsculo no hería los ojos, donde la atmósfera estaba cargada de aromas embriagadores, donde el contacto de una mano blanquísima, que abría la ruda mano de huérfano, le causaba una sensación inexpresable.

¡Pobre Miguel! En vano procuraba él el reposo sobre el duro lecho que le ofrecían los arreos de su caballo... Su corazón de poeta despertaba del letargo y aspiraba alguna cosa que él mismo no podía adivinar lo que sería.

Otro hombre, otro mozo, velaba también.

¿Se acuerdan nuestros lectores de un Julián, con quien ya nos encontramos de pasada en otros capítulos de nuestra novela?

Julián Fabre también velaba.

También en aquella cabeza estúpida y perversa se cruzaban mil proyectos, todos de sangre y de exterminio, y su corazón palpitaba de odio, de ambición y de furia insólita contra hombres que nada le hicieron, a quienes no conocía, pero que aborrecía porque su instinto de ambición le decía que, en la persecución contra esos hombres, encontraría el primer peldaño a sus deseos.

Julián no duerme; él en nadie confía; envuelto en su poncho, allí está él, en el más oscuro rincón de la iglesia, atisbando sin pestañear, sin perder de vista el movimiento de las víctimas del dictador.

La fiebre de la envidia lo agitaba y en el mismo odio envolvía él al viejo lancero Simón y a Miguel, que tenía la dicha de poseer la confianza del general Rosas, a quien solo conocía de nombre y por el cual sentía la más vívida atracción.

Semejante a un espíritu infernal vigilaba a Alsina, estudiando con ávida y feroz mirada cuanto pasaba alrededor de él; y al mismo tiempo con su ignorancia servil corría las cuentas de un rosario suspendido de su cuello, ¡rezando a Nuestra Señora que lo protegiese en sus impíos y nefandos deseos!

¡Qué aberración!

## 12. SIMÓN Y MIGUEL

Apenas libre de la espingarda, Miguel atravesó con paso rápido, patios y claustros del viejo monasterio. Le faltaba el aire a sus pulmones; su cabeza ardía; su sangre, ya circulando con violencia, ya parando su circulación normal, le ocasionaba espasmos y dolores desconocidos, conmociones de su ser físico y de su ser moral que por vez primera sentía, viendo ante sus ojos dos caminos que la voz de Alsina le revelara.

Crimen y Virtud.

Por primera vez en su vida inocente y salvaje, comprendía él que había realizado una acción infame. ¿Qué caos de ideas nuevas, de reflexiones, de sensaciones? Solo el que las experimenta podría definir las.

La imagen pálida de Alsina, las lágrimas de su mujer, los gemidos de su hijo, perseguían a Miguel.

El viento que soplaba con violencia, la lluvia que caía en torrentes, nada sentía el triste mancebo. Después de su carrera a través de la tempestad, llegó a una especie de jardín o cementerio dependiente del convento. Mata de ortigas y de cardos duros y picantes cubría con velo espeso los vestigios de las cruces derrumbadas, y hacía tiempo que ellas ahogaban las raíces de las flores, si allí las hubo algún día.

Frías y amargas lágrimas estallaron de los ojos de Miguel, que cayó exhausto de fatiga al pie de un viejo y hospitalario sauce llorón, cuya cabellera verde se inclinaba, más desmayada que nunca, azotada por la tempestad, envolviendo, como una túmulo, al desamparado que se abrigaba debajo de su melancólico ramaje.

Un hombre había seguido a Miguel, sin perderlo de vista, y se encontraba en aquel instante a su lado: de pie, con los brazos cruzados sobre el pecho, largas melenas lisas y blancas, escapadas por debajo de su gorro de lana roja, fluctuaban a merced del viento; su rostro, denegrado por los rayos ardientes del sol del Ecuador y enjuto por las nieves eternas de los Andes, expresaba en aquel momento una compasión grave y profunda.

Aquel hombre era Simón, el viejo lancero.

Simón adivinaba cuanto pasaba en el corazón de Miguel: ese *no sé qué* misterioso, que atrae o repele uno del otro, los mortales entre sí, impulsaba el corazón del viejo soldado hacia el rústico joven.

Mensajero del crimen, había Miguel lanzado los hierros al noble proscrito; pero, momentos después, ilustrado por un sentimiento de justicia, que durmiera ignorado en el fondo de su pecho, acababa de despertar a la voz elocuente y majestosa del virtuoso Alsina, que solo recomendara a su hijo indulgencia y perdón, incluso ante el brazo armado de sus verdugos. Mil cuerdas desconocidas que de un golpe vibraban en su corazón, virgen y tranquilo hasta ese día, le ocasionaban la herida que tanto lo punzaba.

Todo esto comprendía el viejo lancero: Simón no era un soldado vulgar, falto de esa educación primaria, que prepara nuestras facultades morales e intelectuales a recibir más tarde la simiente de la ilustración. El contacto de los grandes hombres de la Revolución de Mayo lo habían pulido; oyente curioso de los entusiastas oradores de aquellos días inmortales, había aprendido sin estudiar. Reflexivo por carácter, en sus largas y solitarias horas de vigía, Simón penetró mil secretos que se revelan a la mente del hombre pensador en medio de las desiertas y silenciosas planicies de América o en la cumbre de los despoblados y colosales Andes, recorriendo de noche el amplio campo sembrado de cadáveres, que hasta esa mañana eran seres llenos de vida, ardiendo en la fiebre del combate... Allí, entre los charcos aún calientes

de sangre humana, entre los destrozados miembros palpitantes, Simón desenterró una ciencia infalible y profunda; la nada de la vanidad humana... Lector atento del libro eterno de la creación, la mirada que divisaba al altivo cóndor en la más elevada cima del Chimborazo, que encontraba el rumbo en el desierto por el curso de los astros que él nunca estudiara, esa mirada profunda y escrutadora también sabía descifrar el más íntimo arcano del corazón de otro hombre.

Vencido o vencedor, Simón fue siempre el soldado bravo y disciplinado, el ideal del pensamiento de nuestro grande San Martín.

Hasta el momento en que estalló la guerra civil, Simón enristró siempre su vieja lanza.

Orgullosa en demasía para hacer valer sus servicios, le bastaba la secreta gloria de haber cooperado para que se colocara la primera piedra del edificio gigante, donde algún día reposará el futuro de las Provincias Unidas. La Independencia, primer escalón de la libertad.

Para no oscurecer su aureola de guerrero de la patria, se retiró en silencio, sin que su espada se tiñese en la sangre de sus hermanos.

Había consagrado su juventud a la causa de la independencia americana.

Su noble orgullo imponía silencio al dolor de las heridas del viejo soldado... ¡y trabajaba para ganar el pedazo de pan de su vejez!

Era, en fin, uno de esos hombres de bien que trabajó en silencio por la humanidad y que nada pide, que nada espera; hombres que a nadie importan, que cruzan el camino de la vida desapercibidos y que bajan a la sepultura sin otra recompensa que la conciencia de haber cumplido su deber.

De pie, junto a Miguel, el viejo soldado extendió los brazos hacia el joven, lo levantó del suelo y lo apretó contra su corazón diciéndole solo estas palabras:

—¡Hijo mío!

Y sus lágrimas de guerrero se confundieron con las del huérfano.

Miguel se encontraba en uno de esos momentos en que se necesita el consuelo, amor, abrazos, en que es urgente abrir el corazón a los demás o morir aplastado por el dolor y la desolación; por eso, su respuesta fue ceñir sus brazos al cuello de Simón y quedar abrazados... ¿No acababa él de llamarlo “su hijo”? ¿Y no era esa la vez primera que tan dulce nombre venía a herir los oídos del pobre huérfano?

Extraños uno para el otro, aquellos dos hombres acababan de confundir sus lágrimas, sus pesares y sus sentimientos, como si largos años de amistad hubiesen precedido aquel momento.

¡Ah! Es porque la simpatía verdadera no carece de palabras para ser comprendida, es porque dos corazones hermanos no carecen de años para reunirse en un momento supremo de adivinación mutua; la envenenada saeta de la desconfianza no ulceraba aquellos corazones agrestes y los dos hijos del desierto obedecían la voz de la Providencia, que los lanzaba en los brazos uno del otro, como si fuesen un padre y un hijo que se vuelven a ver después de prolongada ausencia.

Simón fue el primero que apartó al joven de sí y, tomándolo de la mano, lo condujo a un amplio pórtico que dividía el primero del segundo claustro.

—¿Hace cuánto tiempo que sirves al general Rosas, hijo mío? —preguntó el viejo a Miguel.

—Nunca estuve a su servicio —respondió el mozo—; he desempeñado diferentes comisiones, por hacerle obsequio... es porque... ¡yo lo estimaba!

—¿Te dio dinero alguna vez? —volvió a preguntar el viejo.

—¡Dios me defienda! ¡Dinero de él! No, jamás... Yo lo servía y pensaba así servir también a la Patria.

—¿Y crees todavía que hiciste algún servicio a tu patria entregando esta familia a la desgracia?

—¡Ah! —exclamó Miguel, sintiendo sangrar sus heridas—; ¡Es infame! Si yo hubiese podido adivinar... mas él, allá, el gobernador me hizo una pintura tan negra de este hombre, del preso... y ahora...

Miguel recostó su cabeza en ambas manos y quedó en silencio.

—Y ahora conoces que te engañó, que abusó de tu buena fe, ¿no es así?

—¡Ah! Yo no sé lo que siento, ni lo que digo, ni dónde estoy... Ese preso tiene un porte tan noble... y aquella mirada tan serena... y al mismo tiempo sin cólera... y su señora... y aquel niño... ¡Ah! Las lágrimas de ellos dos me quemaron el corazón... A veces he tenido ímpetus de matar a aquel burro del Juez de Paz y a cuantos se me pongan adelante... Con todo ¡yo nunca maté a nadie...! Y después todo aquello que el preso decía a su hijo, todo, en fin, me ha causado tal revolución... ¡El general Rosas es un tirano!... Él es un malvado... ¡Y era el hombre a quien yo serví... aquel a quien más amé y respeté hasta ahora...! ¡Cuán amargo es el primer desengaño! ¿Acaso ya sabe qué es esto...? ¡Lloró ya el desengaño de alguno de los jefes a quienes sirvió?

Una sonrisa desdeñosa vagó por los labios de Simón.

—Amé a Balcarce, porque era generoso y humano y amaba a sus soldados, como padre cariñoso a sus propios hijos... Muchas lágrimas derramé en la sepultura del magnánimo Belgrano... y adoré, como al dios de las batallas, al severo, al valiente, al intrépido San Martín..., mas, hijo mío, en mis tiempos, no se servía a los hombres: se peleaba por una causa, la independencia de América... —y el viejo enjugó una lágrima que rodó por la cara pálida.

—¿Y el general Rosas? ¿Nunca usted sirvió bajo sus órdenes?

—¡El general Rosas...! —repitió Simón con desdén—. Ese nunca derramó una sola gota de sangre propia en bien de la patria... Hábleme de Olazábal, de Rojas, de Díaz, de Besares; esos son de los míos, de los que trepamos los Andes, casi desnudos, de los que cargamos en Chacabuco la bayoneta sobre los soldados de España, dando vivas a la Patria. Rosas... Rosas es un degollador, nada más.

—Entonces ¿él no tiene derecho de fusilar a los unitarios?

—Hijo mío, derecho sobre la vida de sus semejantes nadie tiene... La justicia tiene el derecho de la ley para castigar a los criminales, mas degollar a este o aquel, nadie tiene derecho a hacerlo... ¿Crees que el doctor Alsina merece ser fusilado?

—No, ¡oh! no... mas ¿los otros que el general Rosas llama unitarios, que son enemigos de la Patria?

—¿Sabes lo que quiere decir unitario?

—¡¿Yo?! —replicó Miguel con simple admiración—. Ni sé lo que es ser unitario, ni menos lo que sea ser federal.

—Como tú, hay muchos desgraciados que cometen crímenes sin noción alguna del bien o del mal, y sin saber lo que hacen...; pero el tiempo vuela. Vamos a lo que sirve: ¿tú estás arrepentido de lo que hiciste contra el doctor Alsina?

—Daría mi vida a cambio de su libertad.

—Bravo, hijo mío. El mal realizado debe ser reparado; solo el arrepentimiento lava la culpa. Es necesario libertar a ese infeliz; pero para tal empresa es preciso exponer la vida y renunciar a la Patria.

—No cuido de la vida —respondió el joven con voz melancólica—. En cuanto a la Patria... no tengo, ¡nunca tuve domicilio!

Simón apretó la mano de aquel desgraciado, cuya orfandad se traducía en aquel momento en toda su agreste desolación.

—Si perdemos una tentativa continuaremos hasta morir... u obtendremos nuestro intento.

—A todo estoy pronto.

—El general Rosas será nuestro enemigo mortal.

—No me importa; estoy resuelto: o liberto al doctor Alsina o muero con él.

—Mas no arriesgaremos la vida sin absoluta necesidad. Para servirlo mejor has de obedecerme siempre que yo te diga. Todavía no es tiempo.

—Puede disponer de mí; ya me llamó hijo suyo; ahora obedecerlo es mi obligación.

—Bueno, Miguel: eres un noble corazón... Hoy ya nada podemos hacer... Mañana yo prepararé todo... y a la noche efectuaremos la fuga... Llegaremos

al río, tomaremos la sumaca; por las buenas o por las malas, el capitán guiará y, cuando descubran nuestra ausencia, iremos lejos.

Los nuevos amigos, Miguel y Simón, se separaron y por opuestos caminos volvieron a entrar en los dormitorios arruinados, donde alrededor de las casi extintas hogueras dormían o, incluso, bostezaban jugando a las cartas los torpes peones del Juez de Paz.

### 13. TENTATIVA

El día que sucedió a la noche que dejamos transcrita amaneció triste y nublado. Fuertes chubascos, acompañados de violentos tifones de viento, venían de cuarto en cuarto de hora prometiendo que, a la vuelta del atardecer, llegaría el pampero para disipar las últimas nubes de la tempestad.

La distancia que separaba el monasterio del Paraná era muy corta, pero las entradas, convertidas en lagunas, apenas comenzaban a desagotarse durante la noche y el Juez de Paz con su gente tenían que esperar todavía un día para ponerse en camino.

Pasó el día entero sin accidente: el preso con centinelas a la vista, su mujer y su hijo a su lado. El Juez de Paz y el *Juri improvisado*, en posesión del mejor cuarto del convento, jugaban, conversaban de política y tomaban *mate*; el resto de la gente cuidaba de los caballos, asaban grandes pedazos de carne, aprontando la cena de la comitiva toda.

Simón, concentrando todas sus facultades, meditaba en el gran proyecto y Miguel, ya más tranquilo, simulaba una celosa vigilancia sobre Alsina.

Llegó la noche, fría pero serena y estrellada; el pampero soplaba suave, las nubes en grueso tropel corrían impulsadas por el viento, dejando grandes espacios de cielo azul, donde brillaban estrellas fulgurantes; los insectos chirriaban entre las hierbas húmedas y en la alta y solitaria torre posaba fatídica lechuza, que lanzaba al aire su gemido de muerte.

Por tercera vez resonó en el silencio de la soledad el triste y misterioso canto de los gallos.

Los moradores del campo saben que es medianoche.

Los centinelas del preso se cambian; esa guardia debe permanecer hasta las cuatro de la madrugada. Simón y Miguel toman la espingarda y van a colocarse al pie del altar derruido.

La señora de Alsina mira a los dos hombres que acaban de ponerse enfrente del preso. Sus ojos encuentran los del viejo lancero. Un relámpago de esperanza cruza las tinieblas de la desesperación. Doña Antonia se estremece y sus ojos buscan al otro centinela.

¡Los ojos grandes expresivos de Miguel le dicen tantas cosas...! Consolación, promesas, la necesidad de ser perdonado, todo explica el ardiente mozo con una sola mirada. Doña Antonia dobla sus rodillas nuevamente y su alma entera vuela en las alas de amor y de gratitud hasta el seno de Dios, que nunca los desgraciados invocaron en vano.

El silencio profundo del desierto, la poca costumbre de velar, el frío de la noche, todo contribuye y predispone a los gauchos al sueño con bostezos frecuentes y estruendosos. Apoyados en las espingardas, cierran los ojos, mal de su grado; otros se desperezan y arriman la cabeza a las columnas.

Cuanto mayores esfuerzos hacen los perezosos centinelas, más parece aumentar el sueño.

Miguel ve a uno por uno de sus camaradas, los convida a ir a descansar. Él y su compañero son suficientes para guardar al preso, que demasiado está cargado de hierros.

¡¿Quién podría desconfiar del mensajero del gobernador?!

Los gauchos largaron las armas y se apresuraron a reunirse con sus otros compañeros que ya roncaban estirados.

Todo dormía debajo del techo del abandonado monasterio. El mismo Julián, el espía misterioso, cede al sopor irresistible del sueño... Velo espeso lo separa de sus ambiciones criminales y su cabeza, apoyada en una de sus manos, lucha en vano, quedando pronto inmóvil y adormecida debajo del narcótico poderoso con el que la naturaleza paraliza por momentos las heridas de los infelices, los delirios de los criminales.

La señora de Alsina murmura algunas palabras en el oído del inteligente niño. Adolfo está de pie y su manita, que aprieta el corazón, parece querer comprimirle las aceleradas pulsaciones... El proscrito también abre los ojos pareciendo más admirado que satisfecho.

Simón y Miguel entregan las espingardas a la valiente señora y ellos dos cargan al preso con mucha precaución. Adolfo ayuda a levantar los hierros de su padre y todos se ponen en camino, con un paso leve y mirada recelosa.

Detrás del altar mayor existe una puerta pequeña, la cual abre la comunicación a un vasto salón, que sin duda debía de haber sido en otro tiempo la sacristía. Otra puerta lateral de este salón abre a un corredor; al final de este, otra vasta sala y ahí, un gran portón en ruinas que da al campo.

Ese camino siguieron los fugitivos. Allí cayeron los grilletes de Alsina y allí esperaban aparejados a corta distancia tres fogosos caballos corredores.

En un instante, el doctor Alsina monta el caballo; Simón toma al niño en sus brazos, lo coloca delante de sí y prepara las espuelas; Miguel salta sobre el tercer caballo y doña Antonia, sentándose en la grupa, deja a su joven compañero asegurarla hacia sí, con una vuelta de poncho.

Todo esto fue tan instantáneo, tan rápido, que no intercambiaron palabra alguna; y Alsina comienza a marchar, sin preguntar hacia dónde Simón los guiará.

Se alejan al paso y con precaución, que los inteligentes caballos parecen comprender por la ligereza con la que caminan sobre las hierbas húmedas.

La esperanza, esa hada misteriosa y consoladora de los que sufren, también los acaricia con su mentirosa sonrisa...

Mas, allá van, ellos, siguiendo al viejo soldado, semejantes al viajero perdido que ávido encamina los errantes pasos hacia el reflejo trémulo de la estrella fugitiva, que única brilla en la noche borrascosa de la tempestad...

Un hombre, empero, ¡los vio partir...! ¡Qué espíritu infernal!, ¡allá reluce en las tinieblas su mirada de fiera!

¡Ese hombre era Julián!

## 14. LA OCASIÓN DEL AMBICIOSO

Adormecido por breves instantes, bulla leve hizo temblar al espía ambicioso. Abre sus ojos, mira en derredor y encuentra la Iglesia desierta. La lumbre rojiza y moribunda de la hoguera casi extinta le revela la verdad.

Nada más fácil que, con un grito de alarma, despertar a la gente, pero Julián no quiere eso. Todo tembloroso, va paso a paso, revisa la iglesia. Todo está desierto... Imprevistamente, la pequeña puerta que está detrás del altar mayor se ofrece a sus ojos. Entra, transpone la primera sala, después el corredor y llega al gran portón medio derribado... Llega incluso en el momento en que los fugitivos montan a caballo.

Con toda la dedicación del odio, Julián comprende que, al menor indicio suyo en aquel momento, está perdido. Piensa consigo mismo: “Los caminos están inundados; ellos se verán forzados a ir deambulando”. Por eso, continúa en silencio y después, cuando comienza a alejarse, él, amparándose en las matas salvajes, los sigue a cierta distancia, cuanto es suficiente para ver la dirección que toman... Mira, observa... “Van para el río”, dice él. Y entonces veloz como el rayo regresa al monasterio y despierta a lo más escogido de la gente. La actividad silenciosa del mozo pone en movimiento a todos bajo las órdenes dadas a media voz, con ese tono pronunciado de comando que no da lugar a réplica. En diez minutos los caballos están prontos y los hombres listos para marchar. Entonces, satisfecho de sí mismo, Julián se dirige al aposento donde el Juez de Paz se entrega a sus extravagantes sueños. Despertado de súbito, se persuade el bravo magistrado de que un ejército de unitarios invade el monasterio y ya procura un rincón donde ocultarse; pregunta si son muchos y es tal su perturbación que introduce las mangas de la chaqueta en las piernas, y las piernas de las calzas por los brazos a modo de chaqueta.

No es sin trabajo que Julián llega a hacerle comprender que Simón y Miguel son únicamente los cómplices, los autores de la fuga de los presos; exhorta al digno juez a vestirse y partir con el resto de la gente, en tanto que él, Julián, al frente de hombres escogidos, marchará sobre los traidores y sobre el salvaje unitario.

Julián parte, vuela, salta sobre su caballo de carrera y, con su gente, va siguiendo las pisadas de los fugitivos con media hora escasa de diferencia.

Recostado sobre el pescuezo del caballo, Julián procura distinguir las huellas de los otros caballos en el camino. Durante veinte minutos sigue al trote largo, sin que lo detengan charcos ni arroyos, y solo llega a sufrir la marcha cuando en una pequeña parada oye a lo lejos el revuelco de los caballos en el lodazal; entonces, organiza a su mejor gente, marca un rumbo a través de la oscuridad de la noche, seguro de ir al alcance de los traidores, como él los llama. Su mirada de tigre profundiza las tinieblas e, incluso, llega a entrever los bultos de los perseguidos.

Un brío desconocido lo anima, su inteligencia parece redoblarse y respira ya con todo el placer del hombre que alcanza sus fines...

¡Llegó la ocasión que esperaba! Ya cree tener a dos pasos de su sable al odiado proscrito; y su sangre refluye toda en el corazón pensando en ese momento de triunfo en que ha de ver derribado por la fuerza de su puñal al viejo lancero, su antiguo adversario, ¡y al odiado Miguel!

## 15. PELIGRO

El primer crepúsculo de la alborada rayaba aún incierto en oriente y ya se dibujaban cercanas las riberas verdosas del río.

Alsina, poco conocedor de los caminos, solo a la vista del Paraná comprendió el pensamiento de sus libertadores. Su corazón latía de gratitud y cierta tranquilidad inefable venía, envuelta en la brisa suave y olorosa de la madrugada, a refrescar las entrañas resacas... mas el proscrito gira la cabeza para medir con sus ojos la distancia recorrida ¡y un gemido involuntario de profundo dolor escapa de sus labios!

En aquel momento Julián suelta las riendas a su caballo y, a la voz de “¡Carga! Mueran los salvajes unitarios”, avanza con su gente a toda prisa.

Gritos frenéticos de exterminio resuenan en el desierto espantando a los tímidos pajaritos, que con sus gorjeos inocentes cantan todos los días el regreso del sol y la bondad augusta del Creador.

—¡Estamos perdidos! —exclamó con indecible amargura el viejo lancero.

—¡Huyan! —les gritó Alsina.

—Compañero —dijo Miguel—, ¡morir o salvarlo!

—¡Huyan! —exclamó Antonia y, tirándose del caballo, arrebató con brazo vigoroso a su hijo de los brazos de Simón.

—Señora —dijo el viejo—, más tarde nos volveremos a ver.

Y dando espuelas a su caballo y un chicotazo al caballo de Miguel, se alejaron de sus perseguidores en rápida carrera.

Una nube de balas fue disparada sobre ellos.

El primer impulso de la señora de Alsina fue arrodillarse con su hijo y decir a su esposo: “¡Huye!”, pero el proscripto, sin responder, puso pie en tierra y esperó a sus verdugos.

Julián, lívido de furia y de venganza no satisfecha, se lanzó sobre Alsina con sable en mano. Con todo, a Julián le acontecía lo que les acontece a esos perros valientes que si, al lanzarse contra alguien, son recibidos con la mirada feroz y segura que los desafía en su rabia y arrostra su arrogancia, meten el rabo entre las piernas y, con ojos aún centelleantes de furor, van andando y ladrando, pero alejándose siempre. Es exactamente lo que aconteció a Julián: quedó con el sable en el aire y, encontrando su mirada los intrépidos y arrogantes ojos de Alsina que mal de su grado lo magnetizaba, le desarmó el brazo y se contentó con dar una carcajada... murmurando:

—¡Salvaje! Unitario perverso... ahora estás en mis manos y juro que habremos de llegar a Buenos Aires.

¡Alsina nada respondió! Adolfo temblaba... Antonia no lloraba, mas... ¡la desesperación devoraba sus lágrimas!

Era alrededor de las seis cuando el digno Juez de Paz llegó con el resto de su gente. Por fin, acertó con el verdadero lugar de su ropa, venía

convenientemente vestido y traía una presencia tal que él procuraba hacerla majestosa y terrible.

Al llegar al grupo que rodeaba a la familia de Alsina, se apeó y, lanzándose a los brazos de Julián, que se adelantó para recibirlo, trató de hacer dos o tres caras, como de quien procura moderar el enternecimiento; después, tomando la mano de Julián, exclamó:

—¡Valiente entre los valientes! Tus hechos inmortales serán relatados a Su Excelencia el ilustre Restaurador de las Leyes; ese padre de la patria no dudo que sabrá premiar tus servicios como ellos merecen. Mientras llega ese momento, te hago mi segundo en la dirección y comando de esta empresa; y si en aciaga suerte el traicionero puñal de algún salvaje unitario priva al país de mis inútiles esfuerzos, paisanos, ¡aquí está mi sucesor!

La farsa sacrílega de los “vivas” y de los “mueran” siguió como de costumbre.

El momento de la partida llegó.

La mitad de la gente volvió para la estancia con los caballos. El preso, Julián, el juez y diez hombres escogidos entraron en el bote de la sumaca, que estaba fondeada en medio del río.

La señora de Alsina y su hijo fueron condenados a quedar abandonados en el bosque a merced de las fieras... Era el castigo que el digno Juez de Paz impuso al proscripto por haber intentado quebrar los hierros con que lo engrillaba la tiranía.

Alsina, pálido y trémulo, no hallaba palabra alguna que dirigir a sus verdugos... Su constancia se quebraba en presencia de tan dura prueba... Por eso, después de dar algunos pasos, cayó tieso y frío, como un cadáver.

Súplicas, llanto, esfuerzos desesperados, todo fue inútilmente puesto en práctica por la esposa del prisionero... Sus aflicciones solo servían de divertimento y de origen a groseros insultos.

Mas ella, la corajuda mujer, a la vista del cuerpo inanimado que los verdugos llevan consigo, aprieta al hijo entre los brazos y se interna en el río diciendo:

—¡Dios mío, yo me confío en ti!

¡Pobre mujer!... Sus ojos fijos en el bote que conduce a Alsina, apretando a su hijo adorado contra el pecho maternal, sigue intrépidamente el bote, solo a algunas brazas<sup>50</sup> de distancia...

El bote atraca en la sumaca... La gente se prepara para subir a bordo.

El agua llega a la cintura de Antonia...

—¡Dios mío! —dijo ella—, ¡no me desampares!...

Un paso más; el agua le llega al cuello; ella se aterra...

—¡Piedad para mi hijo! —grita con voz ronca.

—¡Mueran los salvajes unitarios! —le responden de a bordo.

—¡Alsina! —grita con delirio la pobre madre— ¡Alsina! ¡Ah! ¿Él no me oye?... ¿Si estuviese muerto? ¡Alsina!...

Y a esta tercera invocación, más acre que las otras, da ella algunos pasos más..., se sostiene apenas en las puntas de los pies; el niño, desmayado de terror, afloja el brazo con el que se aseguraba al cuello de su madre... La pobre mujer vacila... un velo le turba la mirada, un zumbido fúnebre le vibra a los oídos..., la esperanza la abandona..., quiere hablar, la voz está presa en la garganta y solo puede soltar un gemido inarticulado y confuso... Un esfuerzo más para asegurarse ¡y está perdida más de prisa!

Ambos ruedan bajo el agua. El niño, al contacto del húmedo elemento, vuelve en sí y, saliendo a flor del agua, grita con toda la fuerza del instinto de vida.

—¡Socorro! ¡Socorro! ¡Papi!

—¡Socorro! ¡Piedad para mi hijo!... ¡Alsina... socorre a tu hijo!

Estas voces rompen el frío sopor que inmovilizaba al proscrito, esas voces resuenan en lo íntimo de su corazón, abre los ojos..., pero el espectáculo

---

<sup>50</sup> **brazas**: unidad de longitud que equivale a 1,6718 m, es decir, la medida aproximada entre los dos pulgares de un hombre con los brazos extendidos.

que tiene delante de sí lo hiere de nuevo profundamente y él vuelve a caer ¡más frío e inerte que la vez primera! Y al mismo tiempo que él cae sobre la cubierta de la sumaca, como un cadáver, los labios temblorosos y osados de una mujer y de un niño articulaban con una voz apagada y moribunda:

—¡Socorro! ¡Socorro!

Dos marineros italianos se lanzaron al río desde la proa de la sumaca.

FIN DE LA PRIMERA PARTE.



## Parte II

### 1. ESCENA DEL INTERIOR

Las tres de la madrugada baten a lo lejos en la catedral. Es una fría madrugada de otoño. La ciudad duerme todavía.

Vagan silenciosos los vigilantes serenos que repiten las horas y las luces amarillas de sus pequeñas linternas son las únicas que brillan en medio de la profunda oscuridad de las calles y de las plazas.

En la calle del Restaurador<sup>51</sup>, empero, en el alto mirador de una casa espaciosa, brilla también a través de los vidrios de las ventanas una luz solitaria. Ese mirador es una gran sala, decorada con lujo elegante, ricos sofás tapizados, poltronas a lo Luis XV dispuestas con simetría y grandes consolas; todas las lozanías de moda se ostentan allí. En el medio de la sala hay un magnífico secreter<sup>52</sup>, cargado con montañas de papeles diferentes: cartas, periódicos, documentos de toda especie.

Cerca del secreter, en una rica poltrona de terciopelo escarlata, está sentado un hombre, envuelto en una amplia bata de terciopelo negro; el sobrecuello blanco de una finísima camisa deja ver entreabierto un cuello bien formado y blanco. En aquel momento, con los brazos cruzados sobre el pecho, la cabeza recostada para atrás y los ojos medio cerrados, parece ceder a un pasajero cansancio físico, a la postración del espíritu invencible.

La luz de la lámpara solar, que está sobre el escritorio, es amortiguada por un gran protector de seda verde, que proyecta una sombra suave sobre el rostro del nocturno trabajador.

---

<sup>51</sup> **calle del Restaurador**: actual calle Moreno, ciudad de Buenos Aires.

<sup>52</sup> **secreter**: escritorio.

Aun recostado en la amplia poltrona, se puede conocer que es un hombre alto y lleno de cuerpo; su rostro albo y ligeramente coloreado parece ahora más pálido. Las líneas de la cabeza y de la región frontal son fuertes y pronunciadas, revelando una inteligencia superior; el cabello, rubio apagado, comienza a blanquearse en las raíces; la nariz fina y prolongada tiene alguna cosa de Fernando VII, y los contornos de la boca son severos, y de tal suerte indican la crueldad que, sin querer, reviven en la mente el siniestro perfil de Tiberio y de Luis XI.

Sus ojos, que el cansancio cerró momentáneamente, son azules claros y tienen la atracción mortífera de la serpiente.

¡Es el general Rosas!

Distante algunos pasos del dictador, acurrucados como dos cachorros, cabecean sus dos locos favoritos.

Riñoncito<sup>53</sup> y el Padre Lego<sup>54</sup>.

No es solo desde su ascenso al poder supremo que data la manía de Rosas por los locos y su gusto por las travesuras más infernales.

A imitación de los reyes de la Edad Media, Rosas tiene sus bufones; pero no los bufones ingeniosos cuyas respuestas pasaron a la posteridad con los nombres de Francisco I o de Luis XI.

Los locos de Rosas son estúpidos y están esencialmente destinados a servir de mártires y sus tormentos, sus angustias, a divertir a su señor, el cual con una mano les prodiga inmensos beneficios y con la otra los azota o sopla<sup>55</sup> hasta hacerlos reventar.

---

<sup>53</sup> **Riñoncito**: apodo inventado por la novelista para no identificar a una persona con precisión. En la versión en portugués, usa el término *Rignão*, que sería errata por *rinhão*, forma antigua de *rim*, 'Riñoncito', vocablo que también admite las acepciones: 'testículo' (popular) y 'gordura' (sentido figurado); tiene, por tanto, una fuerte carga despectiva, como puede tenerla el diminutivo en español. Por sus características, corresponde al mulato Don Eusebio o Eusebio de la Santa Federación, personaje histórico.

<sup>54</sup> **Padre Lego**: referencia al bufón conocido como Padre Biguá. A su vez, Biguá es el nombre de un pájaro acuático americano, cuya denominación científica es *Phalacrocorax brasilianus*.

<sup>55</sup> **soplar**: insuflar aire en la boca mediante un fuelle. En medicina se usaba para la ventilación pulmonar mecánica, pero también servía como forma de tormento.

Cuando Rosas no era más que un simple ciudadano, la noticia de sus juguetes brutales y peligrosos ya corría de boca en boca; siempre las incitaciones de su hilaridad eran los sufrimientos ajenos.

Desde que subió al poder, ese gusto parecía aumentar y su casa era el receptáculo de estos locos inofensivos que por todas partes se encuentran, de los idiotas y de todos los desgraciados, los cuales, conservando la forma de hombres, degeneraron en brutos.

Dos sucios, imbéciles y groseros hombres oscuros eran sus bufones en aquella época, los cuales ya designamos al lector con los nombres de Riñoncito y el Padre Lego.

Rosas abre los ojos, estírase; después echando un vistazo alrededor de la sala repara en los dos bufones. Entonces un apetito infernal lo excita y él se prepara a gozar del placer en expectativa, con la misma embriaguez que el amante que, cerca de su bien querido, extiende los brazos para apretarla contra el encendido corazón.

Golpea con el puño cerrado sobre el escritorio y los dos locos espantados se ponen de pie, lanzando en derredor miradas vagas y que revelan el miedo, a pesar del sueño que paraliza y vidria los ojos, como los ojos de los mismos difuntos.

Rosas los considera un instante y a su vez se pone de pie:

—¡Son horas de dormir estas, canalla! —grita Rosas con tono irritado.

—Yo no dormía —responde Riñoncito—, estaba pensando cómo haré para librarte de tus enemigos, los salvajes unitarios.

—¿Es verdad eso que estás diciendo ahora, Riñoncito?

—¡Ora, si es verdad! Y tan cierto como tú eres el Restaurador, que yo soy Riñoncito, Corvalán es Corvalán, y cada cual es quien es.

—¡Amén! —dijo el Padre Lego—. Yo tampoco dormía. Me divertía pensando cuándo mandará el padre prior a este humilde siervo suyo a hacer alguna comida... Bien sabe que hoy fue día de ayuno y que mis tripas cantan que se desunen.

—¡Ustedes son unos bribones! ¡Unos granujas! Lo que quieren es comer y vivir largamente. ¡Desvergonzados!

Y acompañaba estas palabras torciendo las orejas de los locos, que hacían las más extravagantes muecas.

—¡Ay! —decía Riñoncito—, ¡ay, que me arrancas las orejas! No sea Vuestra Excelencia tan bruto; repare que no soy ningún salvaje unitario, para descuartizarme así.

—¡Largue mi oreja, padre prior! —exclamó el otro loco—, que a cambio prometo empeñarme con el obispo para que te haga cardenal por el año.

Rosas dio una larga risotada.

—Vamos —dijo él, soltando las orejas de los bufones—, hagamos las paces... Son cerca de las cuatro, la alborada no tarda y yo quiero descansar... ¡Vamos, soldados al frente! ¡Marchen! ¡Armas al hombro!, ¡cargar!, ¡preparar!... ¡¡¡Fuego!!!

Los locos habían obedecido las voces de mando, todo esto haciendo muecas y dando saltos ridículos.

A la voz de fuego, comenzaron a hacer esfuerzos y contorsiones, las más extravagantes, y cuanto más se esforzaban ellos, más se reía Rosas... Por fin, con fingida sorpresa, exclamó:

—¿Cómo es esto? Mando a ambos a hacer fuego y ¡solo la espingarda del lego disparó!

—No, no, comandante —respondió Riñoncito, rojo como un camarón—, déjame preparar el cebo, que el otro se mojó...

—¡Bravo! —exclamó Rosas aplaudiendo la respuesta del loco, al paso que Riñoncito desesperado por no poder hacer fuego rompió a llorar cayendo de golpe sobre el Padre Lego.

Rosas se reía como un perdido. Cuando pudo moderar su hilaridad, dijo:

—Cállate, Riñoncito, no llores, quedas perdonado, con una condición, empero...

—¿Cuál es ella?

—Empieza a descomponer, en regla, aquí a nuestro Padre Lego, mientras que su reverencia por acto de contrición reza la letanía que yo les he enseñado. Vamos, empiécela, que yo voy a ver si duermo un poco.

Rosas se acostó en un sofá y cerró los ojos; al mismo tiempo, los locos dieron ejecución a sus órdenes: Riñoncito, profiriendo las más horribles blasfemias, mientras que el Padre Lego, imitando el tono nasal de los frailes, recitaba a modo de oración una larga serie de palabras obscenas y disparatadas.

Durante algunos minutos los locos continuaron en su tarea, no sin acechar todos los movimientos de su señor. Con todo, pronto todos los indicios eran que su atormentador dormía profundamente; entonces ellos, haciéndose guiños de inteligencia, se callaron y, retirándose cada uno a su rincón, quedaron dormidos de verdad.

A su vez, Rosas los acechaba, tuvo la pachorra de dejarlos dormir y, cuando juzgó que era tiempo, se levantó con cautela y, tomando un gran fuelle, se acercó a Riñoncito. El primer impulso del loco fue gritar, pero un gesto terrible de su verdugo lo detuvo en sus gemidos y Rosas comenzó a soplarlo por la boca, ahogado en risa, de las muecas trágico-bufas del desgraciado...!

Cuando el loco llegó a la exaltación del frenesí y del sufrimiento, Rosas retiró el fuelle y tomando un grueso vergajo<sup>56</sup> fue a la piel del Padre Lego.

El infeliz bufón, tan desagradablemente despierto, rompió a llorar, que es el refugio de los que padecen; pero Rosas le ordenó que se riera a carcajadas; y el pobre cuitado se reía y lloraba al mismo tiempo, al compás de la terrible soba que le maceraba cruelmente el cuerpo; y esta fiesta toda era coronada por los ejercicios de Riñoncito que en cabriolas gimiendo y sudando eructaba horriblemente, expulsando el aire que acababa de recibir en el estómago... Y Rosas, riendo tanto que ya no podía más, continuaba con la farsa hasta que

---

<sup>56</sup> **vergajo**: látigo hecho con la verga o pene del toro.

Riñoncito no tuvo más aire que despedir y hasta que el Padre Lego cayó al suelo retorciéndose en convulsiones de desesperación y de dolor.

¡Era un momento de fiesta para el tirano!... ¡Era aquella la ocasión de divertirse en el interior de su casa!

Los locos, macerados y molidos, medio llorosos todavía, lo miraban desconfiados, desde la esquina donde se habían refugiado... Sus gestos, sus muecas, las palabras entrecortadas que se intercambiaban eran todavía un incitativo a la hilaridad del verdugo. Pasados algunos minutos, Rosas rompió el silencio:

—¿Padre Lego...?

—¡Señor!

—Venga, su reverencia, para aquí.

—No quiero, padre prior... Estoy muy enojado y mañana voy a decir al obispo que no te haga más cardenal por el año.

—¡Vamos! —insistía Rosas en tono compungido—. Perdóneme, vuestra reverencia... para otra vez ha de tocarle el fuelle a su reverencia y el vergajo a Riñoncito...

—¡*Nielis*<sup>57</sup>!... ¡Nada de fuelle, ni de vergajos!... El Padre Prior no tiene indulgencia, sino levantándose mañana la abstinencia de comida en que estoy.

—¡Concedido, Padre Lego! Le prometo que mañana lo haré comer; incluso, su Reverencia, tocar con el dedo o comer en las parrillas...

—Antes eso que ayunar y ser zurrado y no dormir —murmuró el loco.

—El Padre Lego puede retirarse a descansar, pero primero ¡deme sus bendiciones!

El loco hizo algunas gesticulaciones grotescas y salió corriendo.

---

<sup>57</sup> *Nielis*: del lat., 'Nada'.

Rosas llamó.

—¿Riñoncito?

—¡No sé nada! No quiero oír —respondió el loco con aire enojado.

—¿Estás mal conmigo, gobernador?

—¡Olé! ¿El qué?... ¿gobernador?

—Vamos, ven acá a hacer las paces con tu viejo Juan Manuel; y te prometo que, en la primera función que haya ahora, vas en mi lugar en el carruaje, de sombrero armado y espada.

—¡Bravo! Muy bien, pero ¡tregua al fuelle!

—Concedido, gobernador. Para otra vez, será el Padre Lego y ha de tocarte la soba... ¿Eh? ¿Qué tal?

—*Ne quaqão*<sup>58</sup>... ¿o qué? ¡Nada! ¡No estoy para eso!

—Bueno, no te haré nada; te mando recomendado a Cuitiño. ¿Te gusta?

—¡No, fuera! No quiero... Entonces no hay paces y ¡yo me paso a los unitarios!

—No digas tal, Riñoncito; anda, ve, acuéstate y mañana, sale por las calles y da besos y abrazos a todas las jóvenes bonitas que encuentres.

—¡Viva el Restaurador! —gritó el loco, dando un salto—. ¡Adiós, colega! ¡Buenas noches!

—A las órdenes del señor gobernador —respondió Rosas poniéndose de pie y retribuyendo con otras tantas las reverencias ridículas del bufón.

El día rayaba ya en el horizonte. Rosas tocó una campanilla y pidió mate.

---

<sup>58</sup> *Ne quaqão*: Posible parodia de la frase latina *Quid pro quo*: 'qué en lugar de qué'.

## 2. LLEGADA AL PUERTO

Quince días han transcurrido desde aquel en que dejamos la sumaca Francesa de Rimini en el Paraná, al doctor Alsina, postrado ante un dolor superior a las fuerzas humanas, y a su valiente mujer luchando con su hijo entre las rápidas corrientes del río.

Dos bravos marineros italianos, arrojándose al río, salvaron a las inocentes víctimas de una devoción heroica y de una barbarie atroz.

Recogidos a bordo la madre y el hijo, la tripulación los tomó bajo su protección. Giovani, a la cabeza del resto de sus compañeros, manifestó solemnemente que estaban dispuestos a morir antes que se tocara un solo cabello de sus protegidos. La lucha podía ser entablada, pero si los marineros sucumbiesen ¿quién gobernaría el barco?, ¿quién haría las maniobras? Fue forzoso ceder.

Estamos, pues, en el decimoquinto día después de esos acontecimientos y en el siguiente de la madrugada que acabamos de pasar entre el general Rosas y sus dos locos.

El Juez de Paz y su gente lo pasaron muy mal de salud durante el viaje y, extendidos sobre la cubierta de la sumaca, pálidos y abatidos, deseaban ardientemente el momento de saltar a tierra.

Son poco más de las ocho de la mañana, cuando la sumaca fondeó en el lugar que allí se llama *balizas interiores*.

El Juez de Paz, quien, a pesar de su autoridad y sus bellas esperanzas de mayores dignidades, fue preso de la incomodidad general, procura vencer el mal –disgusto constante que lo preocupa y envenena sus brillantes sueños– para dar inicio a su *toilette*<sup>59</sup> de desembarque.

El doctor Alsina y su familia, reunidos en estrecho grupo, están en un rincón de la cubierta, entregados al silencioso dolor que oprime sus corazones.

---

<sup>59</sup> *toilette*: del fr., 'aseo personal'.

La ciudad de Buenos Aires, que avistan desde a bordo, les causa un triste placer. Ellos, en medio del horrible infortunio que los agobia, encuentran todavía una melancólica sonrisa de saludo, que dirigen a la idolatrada patria.

Señales convenidas de antemano anuncian al capitán del puerto que aquel es el barco esperado hace tantos días y, por tanto, él se dirige a bordo.

Conocemos, desde nuestra infancia, al hombre que hace tantos años ocupa el importante cargo de capitán del puerto de Buenos Aires (1)<sup>60</sup>.

No revelaremos las particularidades de su vida privada, ni cuáles fueron los primeros peldaños que lo introdujeron en la sociedad... La decencia nos prohíbe hacerlo... Don Pedro Jimeno es una criatura que solo recordamos por la necesidad de seguir nuestra novela, mas su mejor elogio es saber que Rosas lo conserva en su puesto hace 15 o 16 años. Lo que significa que don Pedro Jimeno es un hombre completamente insignificante, que se presta con facilidad a todo cuanto puede existir en el mundo criminal, bajo y malvado.

El juez termina su *toilette*: anchas calzas de paño azul, chaqueta medio abotonada y anchas cintas rojas en su pecho y en el sombrero.

La ballenera del capitán del puerto atraca al costado de la sumaca.

El Juez de Paz, que ya ha preparado sus discursos oratorios, toma sus aires más majestuosos y se adelanta para recibir a su ilustre colega. Apenas se saludan y el juez habla en estos términos:

—Señor capitán del puerto, el celo que siempre me animó por la santa causa de la Federación de toda la América, en general, y por la prosperidad del ilustre Restaurador de las Leyes, me llevó a abandonar mis deberes allá de la campaña y dirigirme aquí a la capital, escoltando al salvaje unitario Valentín Alsina, capturado por mí en el momento que tal vez viniese a perturbar el sosiego de la república. Traidores y salvajes unitarios, tan revoltosos como el propio Alsina, intentaron sustraerlo del justo rigor de las leyes; pero el denuedo y celo infatigable del benemérito joven, el federal don

---

<sup>60</sup> (1) Nuestros lectores no deben olvidar que esta novela fue escrita durante la tiranía de Rosas. (Nota de la autora).

Julián Fabre, supo obstar tan criminal atentado. Yo deposito a mi prisionero en las manos del señor capitán del puerto, que sin duda ya habrá recibido las competentes órdenes de su excelencia el ilustre Restaurador.

Jimeno respondió:

—Felicito a vuestro servidor<sup>61</sup> por el importante servicio que su patriotismo acaba de prestar a la causa del orden y de la América en general. Su excelencia el señor gobernador está instruido de todo y tengo órdenes sobre el preso, sobre vuestro servidor mismo y sobre el heroico federal don Julián Fabre. Vamos a conducir para el pontón al salvaje unitario y, si el señor Juez y el señor Fabre quieren aceptar mi ballenera, iremos después a tierra, donde espera el señor coronel Corvalán, que es quien debe presentarlos a su excelencia el ilustre Restaurador.

El Juez de Paz no halla expresiones con que patentizar su gozo; nada puede expresar su contentamiento; por eso, se conforma con entregar las manos y redoblar los aires de importancia.

El fanático Julián pronuncia en agradecimiento algunos monosílabos y el capitán del puerto da las órdenes de partida:

¡El momento supremo llegó para la familia del proscripto!

*¡Adiós!*

¡Oh! ¡Quién puede traducir en el lenguaje de los hombres el dolor intenso de dos corazones hermanos, que se arrancan el uno del otro a la fuerza!

Este último y supremo beso del adiós... ¿quién podrá definirlo?... ¿quién explica el inmenso martirio de ese llanto?

La ballenera se aleja y doña Antonia aprieta a su hijo entre sus brazos y ambos se confunden en llanto doloroso...

Los marineros los rodean en silencio también; gruesas lágrimas gotean por aquellos rostros quemados por el sol y caen sobre sus nobles pechos.

---

<sup>61</sup> V. S. (en el original), **vuestro servidor**: adaptación de S. S. S., 'su seguro servidor', tratamiento que se usaba como saludo final en una carta.

El hombre de la mancha roja aprovecha la distracción general y, por el lado opuesto, desciende y se embarca en el bote que mandó preparar de antemano...

Su misión infernal está concluida y él va a perderse en la multitud diurna que transita afanosa en todas las ciudades del mundo... Ignorado y tranquilo va a disfrutar el fruto de su crimen..., pero su triunfo será pasajero, ¡que la justicia de Dios lo alcanzará algún día!

### 3. EL CORONEL CORVALÁN

Desde las seis de la mañana la casa de Rosas comienza su movimiento diurno. Personas de la alta sociedad, así como de la última clase del pueblo, todos dependen de Rosas, todos frecuentan su casa, todos se inclinan ante él... y él, a su vez, sabe modelar su lenguaje a la altura de cada uno.

Extranjeros, nacionales, hombres blancos, de color, señoras, mujeres de pueblo, ¡todo allí va a ver!

Rosas ya sabe que Alsina llegó. Está del mejor humor posible; despacha todos los requerimientos que le presentan, y azota y sopla a los locos para festejar la entrada de su ayudante de órdenes favorito: el coronel Corvalán.

Corvalán no era solo su ayudante de órdenes, era su creación, su bobo y el ciego instrumento de todas sus venalidades, caprichos y determinaciones.

Como individuo moral, Corvalán es insignificante, estúpido y redondo como un 0.

Por ventura suya, tiene buen oído, lengua quieta e inteligencia de piedra.

El individuo físico no diremos que es magro, porque esa denominación cabe a las personas que tienen poca carne, mas Corvalán no tiene carne alguna; sobre sus huesos y sus nervios enjutos, está pegada una piel amarillenta y seca, como el pergamino.

¡Es un viviente disecado! El señor ayudante de órdenes es alto y a treinta pasos de distancia se le cuentan las costillas, que se dibujan indiscretamente sobre el uniforme.

Su espina dorsal forma una curva tan perfecta que, de pie, Corvalán es una F perfecta, y sentado un dígito: 5.

Su cabeza, pelada y redonda, tiene la figura de un queso de Holanda y está cubierta por una peluca rojiza que, no ajustándose bien al molde, ha adquirido un movimiento constante de rotación sobre sí misma.

Cuando las comisiones del jefe ponen al ayudante en marchas forzadas, la pícara peluca encaja directamente con su dueño, el cual por distracción olvida siempre el origen de las casualidades singulares y extraordinarias que lo persiguen.

#### 4. EL PONTÓN Y SUS DOS COMANDANTES

La prisión denominada con el nombre de pontón era un barco viejo y podrido, fondeado en lo que se llama en Buenos Aires balizas exteriores y que no sabemos por qué mágico secreto resistía las violentas tempestades del Río de la Plata.

Después de todo cuanto se ha escrito sobre los pontones de Inglaterra y sobre las prisiones marítimas de Toulon, nada tenemos que agregar sobre nuestro viejo pontón, hacia donde Rosas envió al doctor Alsina.

No debía esperarse que la reforma de las prisiones comenzase bajo la dictadura asesina de Rosas, ni de esto lo culpamos porque los países vecinos, trillando la senda de la civilización, todavía no se acordaron de poner manos a obra tan necesaria y tan análoga a las necesidades de una sociedad morigerada y cristiana.

Diferentes detenidos políticos están presos en el pontón, guardados por dos comandantes y una fuerza de infantería negra de veinticinco plazas, que hacen la guardia semanal.

El primer comandante del pontón es un americano del estado de Massachusetts, que es lo mismo que decir un *yanqui perfecto*. ¡Quién sabe si no descendía de la raza de los hurones!

Su nombre es John Anderson. Alto, seco, tieso y serio, la cara perfectamente afeitada, siempre limpio y diligente, John Anderson puede tener sus treinta y seis años de edad.

Habla poco, lee constantemente la Biblia y mastica sin cesar grandes pedazos de tabaco.

Ya fue católico, presbiteriano, metodista o episcopal, según convenía a sus intereses; sirve al general Rosas en un intento de hacer *mucho dinero* y así que los bolsillos estuvieren llenos, pondrá caras a los tontos que en él creyeron y sin duda volverá a su país a *¡especular!*

Anderson permanece a bordo solo en los días de servicio; el resto del tiempo reside en una casita bien limpia, encalada y pintada con sus correspondientes persianas, situada en la Alameda. Es allí donde sus compatriotas se reúnen con él (menos el domingo) para masticar tabaco, cantar el *Yankee Doodle*<sup>62</sup> y beber de agua de zarzaparrilla; porque Anderson y sus amigos son feligreses de la *Temperence Society*<sup>63</sup> o sociedad de los exbebedores.

El segundo comandante del pontón es un inglés llamado Dick, el tipo perfecto de John Bull<sup>64</sup> popular.

Gordo, barrigudo y bajo, Dick es jovial y bebe por día una docena de botellas de cerveza, dos o tres de coñac, y canta todo el tiempo *God save the Queen*<sup>65</sup>.

---

<sup>62</sup> **Yankee Doodle**: canción popular en Estados Unidos, de carácter patriótico.

<sup>63</sup> **Temperence Society**: Sociedad de la Templanza, de ayuda contra la ingesta de bebidas alcohólicas, como Alcohólicos Anónimos.

<sup>64</sup> **John Bull**: personificación nacional de Inglaterra, creada en el siglo XVIII.

<sup>65</sup> **God save the Queen**: del ing., 'Dios salve a la reina', una de las canciones patrióticas del Reino Unido, usada como himno nacional.

Decir que estas dos antípodas no se pueden soportar recíprocamente es inútil; basta conocer sus nacionalidades para suponerlo.

Con todo Dick, obedeciendo a su carácter más comunicativo, llega a veces cerca de Anderson y procura conversar con él.

La amabilidad de Dick es inútil, que ella no puede doblegar la árida altanería de Anderson, y todo cuanto obtiene en respuesta es: *¡Hum!...*

“¡Hum! ¡Hum!” americano y nada más.

El pobre del viejo inglés mueve la cabeza y se aleja siempre diciendo de manera que sea percibido:

—*¡Very bad, yankee, indeed!*<sup>66</sup>

Era las diez de la mañana cuando la ballenera atracó y el capitán del puerto, el Juez de Paz, Julián y el preso pisaron la cubierta del pontón. Jimeno transmitió a los dos comandantes las órdenes relativas al prisionero, haciéndolos responsables con sus vidas por la puntual ejecución de lo que esas órdenes decían respecto al salvaje unitario, tan importante para su excelencia el ilustre Restaurador.

El preso sería cargado de hierros, incomunicado, y solo le serían transmitidos los objetos que viniesen por vía directa del gobierno o de la policía.

Alsina oyó todo sin objetar nada, ni reclamar; se había prometido a sí mismo sufrir en silencio y mostrar siempre rostro sereno y coraje augusto en todo al que individualmente le tuviese respeto.

El capitán del puerto y los demás acompañantes se alejaron en dirección a tierra y el preso cargado de hierros bajó a uno de los camarotes situados en el fondo del barco.

---

<sup>66</sup> *¡Very bad, yankee, indeed!*: del ing., ‘¡Muy mal, yanqui, de veras!’.

## 5. LAS PRIMERAS GLORIAS DEL JUEZ DE PAZ

Mediodía batían los diferentes relojes de la ciudad, cuando el Juez de Paz y Julián Fabre fueron introducidos por el coronel Corvalán a la presencia de Su Excelencia el Señor Gobernador.

A pesar de sus ambiciones, el Juez y Julián se sentían estremecer delante de Rosas, no por temor que de él tuviesen, ni por comprender lo que él *podía* y *valía*, sino porque lo habían colocado tan alto que era para ellos casi un semidiós.

Rosas, con su mirada penetrante, peculiar de los hombres de alta inteligencia, comprende en un vistazo a los dos individuos que tenía delante de sí y, en el mismo instante, toma su resolución.

Para Julián, la daga de los mazorqueros...; para el Juez de Paz, el gorro de *bobo*... porque él sabe aprovecharlos donde se presentan.

¡La acogida que hace a sus dos partidarios no puede ser más graciosa, más afable, más seductora!

Se hace repetir los pormenores de la tentativa de evasión del salvaje unitario, prodiga mil elogios al Juez, a Julián y a todos los buenos patriotas que ayudan a defender la causa de América.

¡Pobre pueblo, a quien una simple noción de geografía habría enseñado lo que es América y lo que valen las imposturas de su atroz tirano!

La deserción de Miguel es la gota de hiel que amarga el placer del dictador, pero él sabe disfrazar sus penas de hombre público y cualquier sentimiento en que quede vencido.

En un momento aquellos dos hombres, tímidos y recelosos al principio, se hallan de nuevo en su elemento y la conversación se torna general.

Rosas previene a Corvalán de que no hay más despachos por todo ese día. Corvalán se inclina profundamente delante del tirano, en señal de sumisión, y cuando vuelve a levantar la cabeza ¡se halla a oscuras!... Era la traicionera peluca que, semejante a la faja de Cupido, vendaba en aquel instante los ojos del coronel.

Ahora, grandes risotadas de Rosas, quien se deleita en todo cuanto mortifica a los otros.

Corvalán, que ya está acostumbrado al humor de su jefe, no se da por enterado; coloca la peluca en su lugar, no sin haber pasado un susto suponiendo haberse cegado de súbito, y sale a ejecutar las diferentes órdenes que ha recibido.

Rosas envía a Julián con un joven oficial, encargado de enseñarle la ciudad y divertirlo hasta la noche; e invita a comer al Juez de Paz, que, fuera de sí, se siente arrebatado al decimoquinto Cielo<sup>67</sup> y en su alegría no sabe lo que dice, ni lo que otros le dicen tampoco.

Los bufones, a pesar de las promesas de la noche anterior, recibieron la orden de no salir de casa y Rosas presenta al Juez de Paz a su familia.

Las señoras, que ya están prevenidas respecto del digno magistrado, lo reciben de la manera más amable posible e inmediatamente le ofrecen el té de los americanos del Río de la Plata: el mate.

Un riquísimo cuenco de oro con borde y bombilla del mismo metal es presentado al Juez de Paz; por más que insista, ninguno ha querido desistir de los honores al huésped y el señor juez no tiene otro remedio que dejarse servir y festejar. A la primera chupada que sorbe, una mueca horrible contrae el rostro del juez, un agudo gemido acompañado de gruesas lágrimas escapan del desventurado.

En la rica bombilla de oro queda pegada la carne de los labios; ¡la lengua y garganta tienen una llaga de la que brota sangre!...

El mate hecho con agua hirviendo, sazonado con pimienta y cantáridas<sup>68</sup>, produce su efecto y, por un refinamiento de maldad, ¡¡la bombilla había sido calentada al fuego también!!

---

<sup>67</sup> Alusión al quinto cielo, de Marte, el de los caídos por la fe; corresponde al canto XV del "Paraíso", *Divina comedia*, de Dante Alighieri.

<sup>68</sup> **cantárida**: insecto que se empleaba en medicina como irritante.

Interés simulado rodea a la víctima y, bajo la apariencia estudiada con la que se le prodigan socorros, disimulan la risa que les provoca las contorsiones del desventurado.

Dando tregua al sufrimiento del magistrado, Rosas procura hacerle olvidar el infortunio del mate, le enseña todas las habitaciones de la casa, las numerosas curiosidades que reúne allí... A fuerza de afabilidad, de cuidados y de franqueza, comienza el juez a olvidar la impresión desagradable que dejó en su espíritu el primer mate que iba a beber en la casa de su excelencia el ilustre Restaurador de las Leyes.

Pájaros raros, armas de custodia, flores de estimación y curiosidades de todo género cautivan la atención del juez.

Los magníficos caballos del general no quedan en el olvido; por fin, antes de pasar a la sala de comer ya servida, Rosas lo conduce a la puerta cerrada de una cámara donde existe la última curiosidad que le queda por mostrar; allí el desgraciado juez, empujado con violencia, va a caer entre las patas de un enorme tigre, que da un rugido y abre las fauces por instinto.

El espanto del juez llega a su máximo; gritos confusos salen de sus labios y, por fin, ¡se desmaya! Cuando la hilaridad de Rosas y su séquito se sosiega, retiran a la víctima de las patas del tigre, bastante inofensivo, pues criado por Rosas, aún pequeño, no tiene uñas ni dientes con los que pueda ofender y ya está habituado a estos juegos. Pero el malaventurado juez en su pánico terror no fue señor de sí... y se presenta a la sociedad... ¡en triste estado! Le ha acontecido un descuido cruel...

Rosas acepta las disculpas y el juez va a mudar de ropa, que ya le había sido preparada una tan burlesca que aún más aumentaba el ridículo de su cómica persona.

Después de una larga comida, en la que no le ha sido posible saciar el apetito excitado por las náuseas, porque apenas probaba un manjar, era pronto sustituido por otro y cuando iba a gustar de este, el plato le era arrebatado por Riñoncito, quien lo devoraba; en que, sin saber cómo, todas las salsas lo mojaban y una compotera de dulce le fue derramada justo sobre la cabeza; después de esta larga serie de mortificaciones, llega el café y los

licores, y el juez remata la función bebiendo una taza de café, compuesto de una mixtura purgante endulzada por las frecuentes libaciones de *marrasquino y de anisete...*

Era casi de noche cuando se levantaron de la mesa y pasaron a la sala donde innumerables visitas esperaban. Allí el juez es de nuevo presentado y preconizado como insigne campeón... Entre tanto, el infeliz siente un malestar constante acompañado de fuertes vértigos, de dolores extraños en el estómago e intensos en la barriga; su angustia se vuelve cada vez más insoportable, ve todo negro alrededor de sí y gira los ojos en las órbitas desmesuradamente; por fin, la purga quiere hacer su efecto y el juez se sienta para disimular mejor, sin poder zafarse de su verdugo, que no lo deja ni un segundo. La forzada detención de los efectos del medicamento produce en el juez vértigos de muerte; tiembla todo y un sudor frío y abundante le gotea de su frente; por fin, el límite del sufrimiento, por la fuerza de la detención, se quiebra y el juez prorrumpe en gemidos acompañados de toda la calidad de ruidos internos y externos y de otras demostraciones que el lector comprenderá, y sale de la sala y de la casa en completa fuga, sin saber para dónde va, ni lo que hace, y humillado y engañado por todos aquellos que notan su estado de perturbación.

## 6. PREPARATIVOS PARA UNA SOLEMNIDAD

Luego de que Corvalán se alejó de la presencia de su excelencia, despidió a los amanuenses y anunció al público, que esperaba en los patios y salones, que el ilustre no despachaba más por todo aquel día. Después montó a caballo y, aparentando completar una oficiosidad toda suya, esparció la fausta nueva de la captura del salvaje unitario tan importante; porque las virtudes del doctor Alsina, su alta y reconocida inteligencia y sus nobles y raras cualidades, rodeaban su bella cabeza de aureola resplandeciente del prestigio, desde su más tierna mocedad.

Era un gran triunfo para Rosas aniquilar en el fondo de una prisión la influencia de un hombre como el doctor Alsina, designado por la propia naturaleza como uno de los jefes del partido opositor, jefe tanto más peligroso cuanto una reputación sin mancha, un carácter grave, reflexivo, una exactitud

de juicio poco común y su reconocida prudencia lo recomendaban al consejo de los que hacían la guerra al sistema asesino del usurpador Rosas.

Corvalán, recorriendo al galope las calles de la ciudad de un extremo al otro, con su figura de Don Quijote, su peluca giratoria y su influencia como sirviente de Rosas, despierta la curiosidad general y asusta a los pacíficos ciudadanos.

Como acontece generalmente, el hecho primitivo es desfigurado; y así como el sujeto de la fábula que, para experimentar la discreción de su esposa, le confió que una noche puso un huevo y oyera al día siguiente correr el rumor por la ciudad de que ella había puesto en una noche cien huevos, así la captura del doctor Alsina era acompañada de las más extravagantes noticias y corría como indudable que, semejante a la *pesca milagrosa*<sup>69</sup>, el Restaurador cosechó de una vez a todos los traidores unitarios, refugiados en el Estado Oriental.

El primer paso de Corvalán es poner en movimiento la Sociedad Popular Restauradora (alias Mashorca) y en menos de una hora la ciudad cambió de fisonomía.

Todo el mundo corría a cerrarse en su casa; los sirvientes dejan a sus amos y que sus señores se sirvan de sus propias manos, y corren por las calles a gritar y a gozar de la *¡Libertad!*

La Mashorca recorría la ciudad, acompañada de una banda de música militar, seguida del populacho, sucio, roto y desarrapado, el cual respondía los vivos y los mueras, y apedreaba las ventanas y las lámparas de iluminación por pasatiempo.

---

<sup>69</sup> Referencia al episodio del Nuevo Testamento según el cual Jesús obra el milagro de que las redes de los pescadores se llenen de peces, después de que ellos lo han intentado varias veces en vano (Lc. 5, 1-7).

Los negros reunían los cuarenta *candombes*<sup>70</sup> y los batallones de la ciudad eran llamados a sus cuarteles. Para cúmulo de confusión, salvaba<sup>71</sup> el fuerte (1)<sup>72</sup>, se disparaban cohetes y repicaban todas las campanas de las iglesias.

Fue siempre el cálculo de Rosas y la necesidad vital de su existencia política: ¡Guerra y festejos populares!

Muchas recriminaciones pesaron siempre sobre el pueblo porteño sin recordarse que las masas que sacudieron la resolución de 1810 no tuvieron tiempo de morigerarse y que, devoradas por una fiebre insaciable de revolución, de movimiento, de animación, de delirios, encontraban en el sistema de Rosas los elementos únicos que podían saciarlas. Culpan al pueblo porteño sin acordarse de esa briosa y valiente juventud que corrió a los campos de batalla y que marchó al patíbulo con igual denuedo, sellando con su sangre la protesta más elocuente contra el tirano argentino.

Por eso Rosas, que era el primer representante de la reacción colonial, tuvo siempre el cuidado de tener ese pueblo bajo en continua agitación, para que la sed ardiente que lo devoraba no se volviera un día contra él y lo masacrara. Por eso, a las eternas expiaciones funerarias del expresidente de la república, Dorrego, que duraron un año, se siguió la gran expedición al desierto y la lucha con el probo y virtuoso Balcarce; se siguió la celebración del triunfo del partido rojo, cuyo jefe era Rosas.

Muere el general Quiroga asesinado por la propia orden de Rosas y los homenajes funerarios siguen hasta que el proceso de los Reinafés absorbe la atención pública.

Fusilados los Reinafés, encarcela Rosas al francés Bacle, lo asesina y entonces, surgiendo las reclamaciones del gobierno francés, inventa el tirano el famoso desatino del americanismo puro y se coloca a sí mismo como el campeón de América y de los derechos sagrados de la Independencia, ¡como

---

<sup>70</sup> **candombe**: en el sentido de 'grupo organizado de negros'.

<sup>71</sup> **salvar**: dar salvas o saludos, festejar, con tiros de artillería en este caso.

<sup>72</sup> (1) Casa de Gobierno. (Nota de la autora).

si Francia, ni nación europea alguna, pudiese en este siglo aspirar de nuevo a la conquista del vasto continente del Coloso<sup>73</sup>!

De esa época datan las felicitaciones, las procesiones y las firmas *espontáneas* de los mártires, rogando a su verdugo que continuase atormentándolos.

Rosas, pues, no perdía ocasión de alimentar la embriaguez delirante de la población y la preparaba para los excesos de 1839 y de 1840.

El doctor Manuel Maza, suegro del proscrito Alsina, fue el protector de la juventud de Rosas, el amigo indulgente, que encubría las extravagancias del mozo y que mediaba siempre entre este y su padre.

Amigo dedicado y consejero prudente, relevantes pruebas de dedicación dio el doctor a Rosas y el día que este subió al poder supremo acumuló cargos y honores sobre su viejo amigo.

El proceso de los Reinafés fue el abismo que separó para siempre los destinos de Rosas y su consejero...

¡El abismo sin fondo donde rodaron extintos los recuerdos de su larga y constante amistad!

El doctor Maza colocó su firma debajo de la sentencia que condena a muerte a los Reinafés... y desde ese día tremendo, en que la ley sirvió de máscara a la más atroz y nefanda venganza, el remordimiento comenzó su obra de purificación sobre el alma del ex consejero de Rosas.

¡Cuáles los errores, cuáles las culpas del doctor Maza!... no las profundizaremos nosotros... Delante de su cadáver ensangrentado e insepulto, el fusil del historiador se quiebra y una lágrima de piedad cae sobre esos huesos blanqueados en medio del campo. ¡Porque el infortunio del hombre rescató mucho la culpa del juez!

---

<sup>73</sup> **Coloso:** el cerro Aconcagua, el más alto de América.

Retirado a su quinta del barrio de Monserrat, nada sospecha el doctor sobre la captura de su yerno, a quien supone todavía en Brasil.

Y la tarde del día en que Alsina llegó a Buenos Aires... el doctor Maza y su familia están reunidos en una vasta sala, cuyas ventanas descansan hacia el jardín.

El ruido que aturde la ciudad llega ya debilitado hasta la morada de la familia Maza y, como están acostumbrados a este huracán constante de vivas, de mueras, de cohetes, de repiques y a toda esa algazara mazorquera, en fin, no se despierta su curiosidad por eso.

Un tinte melancólico está esparcido sobre la fisonomía de aquella familia, indicando alguna cosa de misterioso y deplorable en aquella casa, cuyos moradores solo se hablan en voz baja, donde en largas horas, inclinado cada uno a un quehacer cualquiera no se pronuncia una sola palabra, ni se liga conversación de cualidad alguna.

El doctor Maza es un hombre de fisonomía varonil e inteligente, robusto y de naturaleza vigorosa; pero, desde el día de la ejecución de los Reinafés, sus cabellos se tornaron blancos, su cuerpo se curvó, sus manos comenzaron a temblar y una vejez prematura lo aproxima veinte años a la sepultura.

Sentado cerca de una ventana, en una gran poltrona, su mirada triste y contemplativa se pierde en el espacio, como si él orase mentalmente.

Su mujer, doña Mercedes, y su otra hija, la señora de Guerrico<sup>74</sup>, sentadas a pocos pasos de él, escogen de un cesto de mimosas y fragantes flores las mejores que deben adornar el oratorio del cual ellas tan religiosamente cuidan.

En otro extremo de la sala un joven militar, tipo de belleza y de elegancia, está de pie, dejando girar por las flores del jardín sus negros y brillantes ojos.

Aquel mozo era el hijo natural del doctor; tenía su apellido e ignoraba que doña Mercedes no fuese su madre porque aquella santa señora solo tuviera

---

<sup>74</sup> Se refiere a María Salomé Maza, quien se casa con Manuel José de Guerrico (1800-1870), hacendado y primer coleccionista argentino de arte.

indulgencia para la falta de su marido y corazón de madre para el inocente fruto de esa misma culpa...

Este rasgo de carácter de doña Mercedes revela quién era la madre de las esposas de Alsina y de Guerrico.

Profundo silencio reina en el salón, donde las emanaciones suaves de las flores le dan una atmósfera particular... Esta quietud es interrumpida por la llegada de Corvalán.

La incorregible peluca deja en descubierto la nuca del coronel y cubre su cabeza exactamente como si fuese un gorro de dormir. A su entrada en la sala, Corvalán reacomoda la peluca, pero infelizmente, falto de cálculo, la voltea de atrás para adelante, y los ralos mechones de sus cabellos desaliñados quedan dispersos por la descubierta calvicie.

El coronel cumplimenta a las señoras, aprieta la mano a los caballeros y se sienta.

—¿Tenemos alguna buena nueva en la ciudad? —pregunta el doctor Maza con visible esfuerzo.

—Sí, tenemos una importante noticia sin duda —responde Corvalán—, pero yo suponía encontrar ya aquí a doña Antonia —agregó lanzando alrededor de sí mirada escrutadora.

—¡Mi hija en Buenos Aires! —exclamó sobresaltada la pobre madre.

Y el espanto y la curiosidad se dibujó en todos los rostros: querían y temían la revelación que era evidente, por la visita de Corvalán.

El joven Maza tomó la palabra:

—¿Y qué motivos tiene el señor coronel para suponer que mi hermana debía hallarse aquí?

—Nada más natural, capitán Maza; su cuñado, el salvaje unitario Alsina, fue capturado y a estas horas ya está bien aherrojado en el pontón.

No hay palabra que pueda expresar los sentimientos, temores y angustias que manifestaba el semblante de los individuos de la familia Maza.

La indignación, el dolor, la execración del tirano quieren hacer explosión y solo con gran esfuerzo consigue la prudencia sosegar aquellos ánimos.

—¡Nada sabíamos, absolutamente nada! —balbuceó el doctor Maza.

—Siento mucho haber sido la primera persona que viniese a afligirlos, a pesar de que la noticia sea tan favorable a nuestra causa; porque ese salvaje unitario de Alsina es enemigo personal de su excelencia el ilustre Restaurador y, por consiguiente, sus amigos deben estimar su prisión.

Corvalán traía bien estudiada la lección con que debía abrir la primera brecha en la reputación, como amigo de Rosas, del doctor Maza.

—Mas, en fin, ¿dónde están mi hija y mi nieto? —preguntó doña Mercedes enjugando el llanto.

—Juzgo que estarán todavía a bordo —dijo Corvalán.

—Ramón —agregó el doctor dirigiéndose a su hijo—, ve a buscar a tu hermana.

—Solo esperaba las órdenes de mi padre —responde el joven capitán. Y tomando su gorra de cuartel, salió corriendo, en testimonio de su fraternal solicitud.

Después de la partida de Ramón, el coronel Corvalán no juzgó decente permanecer en sociedad de las personas que se preparan a recibir a una salvaje unitaria, mujer de un salvaje unitario.

El coronel toma un aire solemne, se levanta, saluda secamente al exconsejero y su familia, y no pasa el umbral de la puerta sin decir de manera que pueda ser oído:

—¡Salvajes! ¡Unitarios infames! ¡¡Todos son uno!!

## 7. LA MASHORCA

Fue este el primer nombre bajo el cual se formó esta sociedad, que más tarde se otorgó a sí misma, en forma de condecoración, el pomposo título de Sociedad Popular Restauradora.

Receptáculo, al principio, de todos los vagabundos, jugadores y revoltosos, fue más tarde, en los días de terror, el refugio de una porción de hombres laboriosos y honestos que, para escapar de los propios furores de la Mashorca, en ella se refugiaron.

Por la época en que narramos estos acontecimientos, la Mashorca aún no tenía la importancia aterradora que consignó la historia de sus atentados en páginas infernales.

En aquel tiempo la misión de la Mashorca estaba circunscrita a dar gritos de mueras y vivas, apedrear la casa de los que eran clasificados de unitarios y a hacer asonada por la ciudad acompañada de música y de cohetes.

Vamos, pues, a describir una de sus asambleas en la noche del día en que el doctor Alsina bajó engrillado a una de las más profundas prisiones del pontón.

Conduciremos a nuestros lectores a una gran casa térrea, como lo son vulgarmente en América Meridional; esta ya era muy antigua, estaba sucia y amenazando ruina: estaba situada en una calle alejada de los barrios de primer orden, a la que llamaban todavía en aquel tiempo “La calle del juego de pelota”<sup>75</sup>.

La Mashorca que durante el día recorría las plazas y las calles, gritando mueras y vivas, apedreando y dando al triste pueblo el espectáculo degradante del desorden y del escándalo; la Mashorca, cansada, famélica y ronca, mas siempre gritando y apedreando, toma el camino del club central de la sociedad situado en la casa de la que arriba hablamos.

---

<sup>75</sup> Actual calle Rivadavia, de la ciudad de Buenos Aires. En 1832 allí se construyó un trinquete o cancha cerrada de pelota vasca, deporte conocido también como juego de pelota.

Grandes asados de carne con *cuero*, inmensos pinchos cargados de chorizos, botellas de vino catalán y otras de aguardiente de caña, e innumerables cestos de pan, reducido a su más pequeño tamaño como resultado de la prohibición de la importación de harinas, era todo lo que hacía el banquete de la Mashorca.

La música y el populacho quedaron en la calle o se esparcieron en los patios; y los socios penetraron en las salas inmundas, toscamente amuebladas y mal iluminadas con indignas velas de sebo, donde ya estaban prontas las mesas.

El triunvirato que fomentaba y presidía la Mashorca en aquella época estaba compuesto por tres hombres, cuyos hechos dejaron tras de sí rastros sangrientos e impagables en la recapitulación de las efemérides de Rosas.

Los nombres de esos sujetos eran:

Salomón, Parras y Cuitiño.

Vamos a describirlos.

Salomón, presidente de la Mashorca, antes de inmortalizarse en los anales de la época del terror, ya era célebre en los fastos matrimoniales y poseía la bella reputación de *enterrador de mujeres*; se había casado cuatro veces.

En la escala social, Salomón pertenecía a la honrada corporación de los taberneros; en cuanto a su origen, fluctuaba indeciso entre varias castas, razón por la cual Salomón no era ni blanco ni negro, ni mestizo, ni indígena, siendo esto todo de una vez, porque tenía en sí inmensas ramificaciones.

Su rostro, su figura y su vestuario se armonizaron con las dos caras de su ser.

Como individuo: escoria; como espíritu: nadie.

Cuerpo de bribón, cabeza de idiota y alma de demonio, si hubiese de individualizarse el pecado, Salomón sería un excelente modelo.

Parras era un pardo colosal, que de su inmundo servicio había sido transportado a los salones del club mazorquero; y de criado de carnicería, transformado en coronel de la federación de Rosas.

En la brusca metamorfosis que se opera en su destino, Parras conserva parte de sus hábitos antiguos y adopta otros aún más análogos a su posición actual.

En la época de Rosas, ¡esas transformaciones han abundado!

Un ente tan estúpido y vulgar como Parras, nada de curioso ofrece a estudiar en su fisonomía brutal y feroz, pero su traje es tan extraordinario que no podemos resistir la tentación de describirlo.

Como ya lo dijimos, Parras es un hombre colosal, mas no tanto por la altura, como por la fuerza de las formas hercúleas.

No obstante el deseo inmenso de usar botas y calzas, su pie plano y sin forma permanece descalzo: las calzas le son insoportables y fuerza ha sido conservar el ancho calzón y el *chiripá*; desde su elevación al puesto de coronel, él usa ricos chales de cachemira roja; una chaqueta militar, con las correspondientes dragonas de coronel, abotona un solo botón en el medio, dejando así percibir el pecho del hércules mazorquero mal cubierto por su grasienta e inmunda camisa, que por antigua costumbre Parras muda de mes en mes; los sobrecuellos caen sobre la gola bordada del uniforme, porque su dueño nunca supo qué cosa era una corbata.

Amplia faja de seda carmesí ciñe su corpulenta cintura y sostiene atravesado un largo y cortante puñal.

En su cabeza, que nunca conoció el peine y el aseo, se sostiene por el auxilio de una cinta, que le pasa por debajo de su barbilla, un rico sombrero armado, adornado con un lindo penacho rojo.

Sucio, grotesco y feroz, el coronel Parras era uno de los héroes de la Mashorca.

Cuitiño, campeón mazorquero y coronel de Rosas, también reunía a estos cargos el de juez de paz; era también una criatura popular, que hallaba más cómodo vivir gritando, descuartizando y apedreando que vivir amarrado al tripié de zapatero, su antiguo oficio.

La casa de Cuitiño fue, en la época del terror, el matadero horrible donde cuenta la tradición que se degollaban a los hombres aserrándoles el cuello.

Más instruido que sus otros dos colegas de quien ya hablamos, Cuitiño sabe deletrear el alfabeto sufridamente, cuenta con los dedos hasta cien y clasifica a los extranjeros, o *gringos* como allí los llaman, en *carcamanes*, *godeños* y *futres*<sup>76</sup>, lo que hace decir a los mazorqueros que Cuitiño habla *gringó* perfectamente. Además, es tan estúpido y grotesco como los otros dos miembros del triunvirato, y el más feroz de todos.

Cuitiño era un hombre bajo, magro, pálido, de frente deprimida, de nariz quebrada, ojos pequeños de cerdo y labios finos; el cabello le llegaba casi hasta las cejas que eran malformadas y escasas, sus ojos conservaban un círculo rojo alrededor y, a la luz de la noche como del día, Cuitiño tenía una cabeza y una cara de muerto o de vampiro, que hacía estremecer a cualquiera que lo estudiase deambular.

En el momento en que van a sentarse a la mesa, el ayudante Corvalán atraviesa los salones trayendo de la mano a un mozo, que presenta a la sociedad como un nuevo neófito, de orden de su excelencia el señor Gobernador.

Es Julián Fabre el presentado; y Corvalán, orgulloso de su misión, olvida que en aquel momento la traicionera peluca le cae sobre el ojo y el oído derechos, que desaparecieron completamente debajo de la inquieta traidora.

No obstante su estado de perturbación, Corvalán acompaña los primeros saludos.

—¡A la salud de su excelencia el ilustre Restaurador!

—¡Al triunfo de la santa causa de la Federación y al exterminio de los salvajes unitarios!

El último saludo es dirigido al joven protegido de su excelencia y con este saludo concluye Corvalán su misión, retirándose en extrema preocupación, decidido a consultar a los mejores médicos respecto de la falta total de ojo y de oído.

---

<sup>76</sup> Presuntuosos, ricachones y arrogantes.

La cena principia, la música toca la *media caña* (1)<sup>77</sup> y el populacho brama y apedrea a derecha e izquierda.

Cuando las frecuentes libaciones acaban de aturdir aquellas cabezas excitadas ya de antemano por un día entero de paseo frenético y sin objeto, Cuitiño, que toda la noche parece meditar un gran designio, trepa sobre la mesa de la cual ocupa la cabecera de honor y, copa en mano, anuncia la siguiente alocución:

—¡Amigos y señores! ¡Viva el ilustre Restaurador de las Leyes!

—¡¡Viva!! —responde la Mashorca.

—¡Viva la federación!

—¡¡Viva!! —respondió la Mashorca.

—¡Mueran los salvajes unitarios!

—¡¡¡¡Mueran!!!! —responde la Mashorca, con aumento de furia.

—¡Amigos y señores! ¡Justicia! ¡Justicia tremenda! ¡Venganza sin tregua ni piedad! Somos el juguete de los salvajes unitarios. ¿Sabéis dónde traen la divisa infame de su partido? ¡En el rostro mismo! La barba suiza cerrada en la barbilla forma una U natural y quiere decir: ¡Unitario!

—¡Abajo las suizas cerradas! —clamó la Mashorca.

Cuando calmó la furia de las fieras, Cuitiño prosiguió:

—Sí, señores, esos inmundos y salvajes unitarios se burlan de nosotros y ostentan su divisa ¡¡¡¡en la misma infame cara!!!! ¿Y consentiremos tal ultraje a la santa causa que defendemos? ¡No!, mil veces no; la causa del orden, de las leyes y de la independencia de América no ha de verse así amenazada y escarnecida por las horrendas barbas de los salvajes unitarios. Señores, ¡desde este momento solemne juremos odio y guerra, sin tregua, a las barbas de los unitarios!

---

<sup>77</sup> (1) Aire popular de la era de Rosas. (Nota de la autora).

—¡Abajo las barbas! ¡Muerte a quien resista!

Este juramento infernal, formulado por Cuitiño, fue repetido en coro por la Mashorca.

El orador prosiguió:

—Las unitarias, esas atrevidas revoltosas, también se burlan de nosotros: como no tienen barba, trazan las crenchas de cabello formando pico, dicen ellas. ¿Cuál pico ni historia? Es la U que ellas quieren imitar. En las piernas, con las cintas de los zapatos, también hay arte de cruzar y hacer U para arriba y U para abajo. Además de eso, se prohibió el color azul, no hacen caso; se les mandó usar lazo rojo en la cabeza, ¡¡no quieren!! Pues, amigos, si esto es así: ¡para los hombres, puñal!, ¡para las mujeres, vergajo y lazo pegado con brea!

Gritos de furia y de muerte responden al orador y todos quieren precipitarse fuera de la casa para dar principio a la gran obra, cuyos instrumentos ¡¡¡¡son el puñal y el vergajo!!!! Pero la cena se ha prolongado hasta más de medianoche; a esta hora, no hay cabezas para cortar, ni frágiles mujeres para castigar; en consecuencia, por la ciudad desierta, vuelve la Mashorca a pasear con la música y el populacho gritando, apedreando, ¡¡y casi todos ebrios de furia y de vino!!

## 8. NUEVOS PERSONAJES

No lejos de la quinta de Maza, en una pequeña casa, cercada de lindos jardines, moraba el coronel Rojas con su hija Emirena. Era el coronel un antiguo veterano de la guerra de Independencia, cuyos servicios estaban sepultados en el más profundo olvido.

Son las once de la noche, del día muy fecundo en acontecimientos que ya narramos.

El coronel y su hija, empero, ignoran las cosas que nosotros hemos referido al lector; encerrados siempre en casa, lejos de toda relación, servidos apenas por una vieja indígena de la costa de la Patagonia, la visita del joven Maza es la única que interrumpe el silencio de aquella casa.

Herido por uno de estos pesares incurables, ante los cuales hasta el correr del tiempo es inútil, el coronel Rojas habla poco; y esa negra desolación que lo consume imprime en torno de él una atmósfera glacial, que hace expirar en los labios de la joven Emirena la inocente sonrisa de sus diecisiete años.

Son, pues, las nueve de la noche, en el momento en que acabamos de introducir al lector en el conocimiento de estos nuevos personajes.

El coronel y su hija están reunidos en la sala de visitas. Es esta una habitación regular, cuyos muebles ya usados, pero cuidadosamente limpios, revelan el aseo de la dueña de casa. El mejor adorno que allí hay es un rico piano de Érard y un magnífico jarrón de porcelana, imitación de Sèvres, cargado con mil flores, vistosas, olorosas y raras.

Cerca de una mesa de costura, borda Emirena en silencio y su perfil suave y encantador está sombreado por un ligero color de melancolía, que la hace más interesante aún. Por cuanto la estación estaba adelantada para el invierno, ella trae un vestido blanco, de una tela flexible y vaporosa, estrechamente sujeta a la angosta y elegante cintura con una ancha cinta negra de satén.

Magníficos y lucientes, sus cabellos negros ostentan sus trenzas sedosas encima de la alta y bien delineada frente. Emirena no es blanca; sin ser morena, su piel tiene ese color sin nombre que no es el blanco alabastrino de las mujeres del norte de Europa, ni el trigüeño de las andaluzas; ese color de rosa desmayada y suavemente dorada por las brisas de nuestra inculta pampa es el color exclusivo de las porteñas; junto a eso, sus grandes ojos pardos coronados de largas pestañas, sus rasgos regulares y nobles, su voz de timbre suave y armonioso, un abandono irresistible en las maneras que revelan toda su sensibilidad y candidez, y he aquí el tipo de las mujeres de la banda occidental del Plata.

Hay una cierta impaciencia en los movimientos de la niña. Al más ligero ruido levanta inquieta la cabeza, mira hacia la puerta; pero, engañada en su esperanza, vuelve a prestar toda la atención en su trabajo... ¿Quién no adivina ya un secreto de amor?

El coronel, con las manos en los bolsillos de su paletó, paseaba en silencio también. A veces levanta la cabeza y sus ojos se fijan en un retrato de mujer que ocupa el centro de la sala y que, cubierto de un espeso velo negro, no deja percibir las facciones. El coronel, después de algunos segundos de abstracción, se estremecía todo él, un gemido sofocado le traspasaba el corazón y dejaba caer la cabeza sobre el pecho, siguiéndose la más absoluta postración.

Otras veces paraba a contemplar con muda indecible ternura el perfil gracioso y bello de su hija... Una expresión de serenidad y consuelo derramaba en su rostro casi la dicha.

No obstante la preocupación del coronel, el toque de las nueve, que el viento traía en el sonido amortecido de las campanas de las iglesias, pareció despertar su ordinaria apatía y exclamó:

—¡Las nueve!... ¡y Ramón aún no vino! ¡Qué novedad lo podrá retener contra su costumbre!

Emirena se estremece y, aprovechando la oportunidad que su padre le ofrece para dar rienda suelta a la impaciencia que la devora, responde:

—El capitán Maza habrá ido al teatro..., a alguna partida... ¿No queréis que se aburra de venir aquí?... ¡Nuestra sociedad es tan triste!

Por alejado que el coronel se hubiese mantenido de los negocios del corazón, él bien sabía la injusticia que preside siempre los juicios de las mujeres que están enamoradas...; por eso, leve sonrisa irónica le animó un instante las sombrías facciones y sacudió la cabeza con aire de quien dice: “Niña, tú no piensas en lo que dices, ni así lo crees, mas yerras, porque quieres darle pasto a tu impaciencia!”.

En efecto, Emirena y el joven Maza se amaban desde los primeros días de la adolescencia; la afición que ligaba sus corazones pertenecía al número de aquellas que, plantadas en el albor de la vida, con nosotros crecen, se arraigan, formando parte de nosotros mismos y filtrando toda la existencia que nos anima... Era una de esas aficiones que ni el tiempo, ni la perfidia, ni demonio alguno de los que persiguen a los amores castos, podían vencerla o exterminarla en sus corazones.

Pocos momentos pasaron todavía y el joven capitán se presentó a sus amigos; y su noble rostro expresa tan bien las emociones que agitan su alma, que –al presentarle la mano– el coronel no pudo dejar de reconocerlo y le dijo:

—Y entonces, capitán, ¿qué hay de nuevo? ¿Qué le aconteció al señor?

—¡Oh! no es nada, coronel —respondió el mozo, buscando sonreírse.

—¿Nada? No, señor, eso no es posible; su cara me dice lo contrario. Tenemos algún grave acontecimiento...

Emirena, a la entrada del capitán, quiere fingir un aire frío y reservado, pero tan pronto como oye las palabras de su padre y observa que el rostro de Ramón denuncia penosas emociones, la bella niña olvida todo y, procurando la mirada de su bienamado, parece decirle:

—Suframos juntos.

Ramón sabe que el golpe va a terminar en el corazón del coronel y, confundido, no atina el comienzo de la fatal noticia que temía dar... Se sienta junto a Emirena; el coronel, enfrente de ambos y los tres, pálidos, mudos e irresolutos quedan en silencio.

El primero que habla es el coronel.

—Hable, capitán; el señor bien sabe que todo cuanto es de tu familia me interesa, tal vez más que mis propios negocios... La familia que está ligada a mi caro Alsina es para mí una segunda familia.

—Voy a satisfacer a mi amigo —responde Maza—, pero de antemano ármese de coraje y de resignación.

—¿Y por ventura estaría yo vivo, sin poseer el más estoico coraje?, ¿sin llevar la resignación hasta el más extremo punto?... ¡Oh! Hable, hable, mi joven amigo; una gota más de hiel en la copa de mis amarguras... es poca cosa... Hable; soy hombre, ¡sé sufrir!

—Conozco el carácter elevado de mi amigo, pero la noticia que voy a darle ¡es terrible!

—¡Oh! ¡Ya veo que se trata de Alsina! —exclama Rojas y su rostro se cubre de lívida palidez.

Emirena toma la palabra.

—¿Es alguna mala noticia del doctor Alsina?!

—¡Ah! señora, una noticia bien infausta... Mi cuñado está en el pontón..., a mi hermana la desembarqué hoy..., allá está, ¡en casa!

—¡Ah! —exclamó Emirena cruzando las manos sobre el pecho—. ¡Piedad, Dios mío!, ¡Dios mío, vela por ellos!...

Y dos lágrimas le corren por la cara.

—¡Preso en el pontón! —repite Rojas después de una pausa—. Pero ¡¿cómo?!

—¡Traicionado!, ¡vendido! —responde Maza.

—¡Miserables!, ¡cobardes! —decía Rojas, temblando ligeramente y alisando los largos y pelirrojos bigotes, encrespados de rabia.

Después, esa cólera pasó y una lágrima rodó en los ojos del viejo soldado; y dijo con voz mal segura por la emoción:

—¡Alsina preso en el pontón! ¡Alsina cargado de hierros y sumido en un lóbrego pontón! ¡Ese corazón tan noble, tan generoso, tan leal para sus amigos!... ¡Esa cabeza tan inteligente, tan bella, tan esperanzadora para la patria! ¡Ese hombre tan virtuoso, abismado en el lugar que la justicia humana marca como el purgatorio del crimen! ¡Ah! ¡Rosas! ¡Esta es tu obra de restauración! ¡Este es el sistema que tú proclamas: federal! ¡Oh! ¡Cuánto sería bendita del Eterno la mano que te atravesase ese impío corazón!...

Rojas cruza los brazos sobre el pecho y dobla su frente pálida, donde el sable español dejó una profunda cicatriz, como una corona de martirio, al noble guerrero de Mayo.

Ramón y Emirena, mudos y contristados, intercambian tristes miradas y ¡no se atreven sus labios a una suave sonrisa de amor!

¡Ah! ¡Triste juventud la nuestra! ¡Tristes amores que la proscripción marchitó! ¡Parejas infelices, cuyo lecho nupcial fue en su mayor parte la fría y negra sepultura! ¡Constancia inútil que solo recibió el galardón de la muerte!

¡Ah! ¡Cuántos sueños queridos desvanecidos por la más acerba decepción!, ¡cuánta suave esperanza disipada por las balas de los soldados de Rosas! ¡Cuánto brillante porvenir pisado por los hierros de los feroces lanceros de Oribe!... ¡Pobre juventud!

—¡Paciencia, mi coronel! —dijo Ramón—. En la época presente, no hay garantía posible contra la persecución política. En otro tiempo era una deshonra para el hombre de honor ir a la cárcel..., era una mancha en su nombre... ¡era un oprobio para su familia! Pero hoy, bajo la tiranía de Rosas, cruzar las cadenas y ser engrillado es un honor. Son los mártires de la revolución, cuyos nombres graba en letras de oro el buril del historiador... Entramos en la senda de los perseguidos... ¡y quién sabe hasta dónde llegará la venganza de Rosas!...

—¡Ah! ¡qué porvenir!, ¡qué porvenir se prepara para esa triste juventud!...

—Sea cual fuere ¡sabremos luchar!

—Vamos —dijo Rojas levantándose—; vamos a ver a la señora de Alsina.

El coronel, Emirena y Ramón de prisa atravesaron el espacio que separaba las dos quintas y Antonia se vio rodeada de amigos devotos, recibiendo los cuidados más tiernos que posee la familia, los consuelos más supremos que nos dispensan la amistad en las horas infaustas de la vida.

Ya era muy tarde cuando se separaron aquellas dos familias, que el infortunio comenzó a ligar y que el amor prometía reunir en un solo lazo con la unión de Ramón y Emirena.

## 9. EL CORONEL ROJAS

La vida particular del coronel Rojas era uno de esos dramas horribles que pasaron desapercibidos y, sin el trágico desenlace de ese drama que lo puso en la escena del mundo, nadie hubiera ido a estudiar y profundizar todas las dolorosas emociones, todas las ásperas heridas que despedazaron su corazón.

Esta es su historia.

Algunos años antes de la época en que principian los acontecimientos que relata esta novela, el coronel Rojas era un gallardo guerrero de porte altivo y de formas colosales; sus modales caballerosos no estaban despojados de elegancia y sabía galantear a las mujeres con cierta osadía que, al mismo tiempo, se tornaba a veces en una especie de culto, que se remontaba a las galas de Mantua<sup>78</sup>.

Educado, por así decir, en los campos de batalla, las relaciones de pasajeros amores se posaban tan a la ligera en su corazón que este conservaba virgen e intacta esa fuerza de amor que pertenece a la primera e inexperta juventud.

De regreso de la larga cruzada libertadora de la guerra de Independencia, Rojas amó por primera vez en su vida; esa primera impresión se tornó una pasión volcánica e indomable, y solo un pronto himeneo pudo devolverlo a su acostumbrada tranquilidad, pero conservando para su joven esposa un amor inmenso y concentrando en ella todos sus afectos, deseos, porvenir y felicidad.

Apresurado por gozar de su dicha lo más extensamente posible, solicitó el comando militar de la fortaleza de Bahía Blanca, situada en la costa de la Patagonia, y ahí se escondió con su idolatrada compañera, para vivir entre los dos elementos que completaban su existencia: la guerra y el amor.

La mujer con la cual ligara su destino era una de esas jóvenes de poca inteligencia, que, a una educación descuidada, unía una mala índole. La conquista del coronel, que aún conservaba –como un crepúsculo– algo de su belleza viril, vestido con su uniforme todo brillante, con el pecho lleno de condecoraciones, premio de las muchas heridas con las que supo adquirirlas, todo esto confundió a la joven señora; aturdida, magnetizada tal vez instantáneamente por aquel ardiente e irresistible amor, en los primeros meses que siguieron a su casamiento, ella respondía a los besos extremados de su marido con otros iguales y lo acompañaba en todos los delirios de la pasión.

---

<sup>78</sup> Posiblemente aluda al marqués de Mantua, personaje del romancero español retomado por Lope de Vega y por Cervantes, entre otros.

Con todo, como ella no amaba, como solo había sido fascinada, llegó el momento en que el desafecto comenzó a manifestarse. El prestigio del héroe se disipaba y, a medida que este huía, la esposa del coronel, estudiando el rostro de su marido, cada día lo encontraba más viejo, cada día le descubría nuevas arrugas, anuncio de vejez que ya golpeaba a la puerta... Entonces ella se alejaba de él... y él la buscaba... ¡y redoblaba caricias y finezas! Ella, por el contrario, después de la frialdad, le mostró la indiferencia más decidida y por fin llegó un día en que la repugnancia apareció.

Ese día era el primero en que la señora de Rojas sintió que ¡una pasión criminal entraba en su corazón!

Nada tan rápido como las degradaciones de sentimiento... De la frialdad a la indiferencia, de la indiferencia a la repugnancia, de esta al odio, y ¡todo se dijo entre aquellos dos seres que habían ligado su destino y su vida para siempre, delante de Dios y de los hombres!...

Entonces comenzó una lucha horrible entre los dos..., un infierno de todos los momentos. Rojas, que amaba a su mujer con pasión, no quería renunciar a ella; por eso, ruegos, lágrimas, recriminaciones, malos tratos, todas las peripecias de la pasión se sucedían en su corazón, y él ensayaba todos los medios que podrían alcanzar el retorno de los primeros tiempos...; pero ella, que, además de odiarlo, amaba a otro, resistía y luchaba sin tregua.

También para el coronel Rojas llegó un día en que la convicción, penetrando en su espíritu, herido mortalmente en su amor y en su orgullo de hombre, entendió que como hombre de bien debía sostener su dignidad y dejar a su mujer en completa libertad... Desde ese día, solo hubo de común entre los dos el apellido, la casa y la hora que los reunía a la mesa.

Un silencio profundo reinaba entre ellos. Evitaron mirar uno al otro y nunca se encontraban a solas.

Ella maldecía el lazo de hierro que la encadenaba a aquel hombre, al que no solo ella no amaba, sino que lo consideraba como un obstáculo a su felicidad.

Y por fin concluyó por decidirse que ella no debía sacrificarse de tal forma y entonces se dedicó sin reserva al hombre a quien amaba.

Era este uno de los oficiales del regimiento de Rojas.

El coronel, por su parte, luchaba consigo mismo; pero sufría horriblemente...

Sus celos no tardaron en mostrarle toda la extensión de su desventura.

Prudente acaso, por primera vez en su vida observó en silencio y, cuando se certificó de la extensión de su desgracia e ignominia, una orden del coronel alejó al joven oficial en comisión para otro lugar.

Entonces la joven señora olvida todo el recato, todo el pudor y, además de insultar al marido, anuncia finalmente la resolución de partir a reunirse con su amante.

¡Y Rojas tuvo que sufrir tanto vejamen! Y huyó de la presencia de la ingrata, retirándose a su cuarto..., pero ella lo siguió para insultarlo más, para desahogar la cólera y el odio que le traspasaba el alma!...

De ese último coloquio solo se sabe que, al ruido de un tiro de pistola, la gente de la casa acudió al cuarto de Rojas... La mujer estaba bañada en su propia sangre, su cabeza despedazada en fragmentos por la bala de la pistola; él de rodillas, lívido y casi demente, ¡sosteniendo en sus brazos el cadáver de su mujer!

¿Fue este un suicidio o un asesinato?

¡Era el misterio de la existencia del coronel! El misterio del cual solo dos personas sabían: él y aquella que ya estaba reducida a polvo... Por encima de los dos, solo Dios, ¡ante cuyos ojos nada se disfraza ni se oculta!

El mundo lo había condenado en un primer juicio... Ella era tan moza, tan bella; ¡la catástrofe era tan horrorosa!

Con todo, él no intentó huir... Se había entregado a la justicia por su libre voluntad y juraba sobre la cruz del Redentor que no tocó ni con un dedo el arma mortífera.

Decía él que su mujer lo había seguido al cuarto siempre insultándolo, pero que él no le dio respuesta.

Solo le asegurara, por fin, que ella no acompañaría al oficial.

—Pues a vivir sin él y a tu lado, prefiero antes la muerte.

Diciendo esto, acerca la pistola al oído; él corrió hacia ella, pero rápida en sus movimientos, descargó el tiro sobre sí misma ¡y cayó sin vida!

El mundo lo absolvió después y por mucho tiempo fue el héroe del día.

Entre tanto, él, abatido y concentrado en su pesar, ¡se debilitaba en el fondo de una prisión!

Dos abogados célebres sucesivamente lo defendieron, pero sin fruto. ¡Dos veces fue sentenciado a muerte!

Él no deseaba vivir..., pero, a los diez meses de casados, había nacido Emirena, que contaba apenas dos años cuando tuvo lugar el drama sangriento que la dejó sin madre.

Rojas no quería dejarla tan sola en el mundo, ni tampoco quería dejarle por herencia el nombre de un asesino, del asesino de su madre, ¡muriendo ignominiosamente en el cadalso!

La tercera apelación decidía sobre su destino.

Fue en ese momento cuando Alsina se presentó. ¡Y Alsina salvó la vida y la honra del coronel!

Este es el principio de su amistad con Alsina.

## 10. NUEVA MANERA DE PROPAGAR LAS IDEAS

Después de una noche entera de orgía, de embriaguez y de desorden, la Mashorca se dispersa al rayar el día, no sin resolver primero una nueva reunión a la noche siguiente a fin de acordar la manera por que darían principio a la extinción de las barbas suizas y arreglar el programa de las funciones con las cuales se debía festejar la captura del salvaje unitario Alsina.

Como medida preparatoria, durante ese día la Mashorca se presenta de bigotes, los cuales desde ese momento son proclamados como la primera prueba de pertenencia a la *buena causa*.

Pero, como a pesar de su excelencia, los bigotes de los mazorqueros no tenían semejanza alguna con la vara de Aarón y de Moisés, que florecía en una noche, la luz del nuevo sol, al rayar allá en el oriente, no ilumina los deseados bigotes...; pero, a falta de un milagro de Dios en favor de la *buena causa*, la obra imperfecta de los hombres trata de operar una maravilla.

Desde la mañana temprano todo está en movimiento: los peluqueros ya rechazan sobrecargarse de más trabajo; toda máscara que se encuentra con bigotes es pronto arrebatada; unos pegan los bigotes con goma y otros mandan pintarlos con corcho quemado, y este es el mayor número.

Una manifestación tan solemne y espontánea de patriotismo y de adhesión a la causa americana tuvo luego inmensa acogida y, como resultado inmediato, una extraordinaria extracción de navajas de barba: los ingleses, sobre todo, quedaron encantados de tan sabia medida que iba a restituir todo el monopolio a la introducción de sus *navajas de afeitar patentadas* que las barbas tenían en la más completa paralización.

Es un golpe de vista sorprendente el que presenta la Mashorca así afeitada con tan gran variedad de bigotes, acompañados del aire terrible de estos espirituales propagadores del dogma federal, que, con el sombrero sobre la oreja, el cigarro en la boca, el puñal en la cintura y el chicote en la mano, recorren las calles, lanzan sarcasmos insultantes a quien les parece y cuchichean en voz baja preludiando el drama de sangre y violencias que se preparan para perpetrar durante la noche.

A las cinco de la tarde comenzaron los héroes mazorqueros a reunirse en la casa del club, que ya conocen nuestros lectores.

En medio de la sala de asambleas había aquella tarde medio tonel de vino guarnecido con jarros de hojalata y, sobre las mesas, alrededor de la sala, se ostentaba una profusión de botellas de ginebra y aguardiente.

Comenzó la sesión por un asalto general al tonel y a las botellas.

Como era de esperarse, Salomón, Parras y Cuitiño fueron los oradores más elocuentes y demostraron del modo más conciso y filosófico que el uso de las barbas era opuesto, bajo todos los aspectos, a la marcha del gobierno,

incompatible con el sistema federal y otra porción más de bellas teorías resplandecientes, ¡ideas todas de progreso y de libertad!

El programa de los festejos, en celebración por la prisión del salvaje unitario Alsina, Salomón ya lo traía escrito; había sido redactado en Palermo<sup>79</sup> y cada párrafo fue cubierto de aplausos.

A las ocho de la noche, es decir, después de tres horas de saludos, de vivas, de mueras, etc., etc., los socios de la SOCIEDAD POPULAR RESTAURADORA, con los ojos saltándoles de las órbitas, algunos en mangas de camisa, otros sin ellas, estos sin calzas, aquellos con media camisa solamente, y todos, poco más o menos en el más extraordinario vestuario, se forman en procesión con antorchas encendidas y navajas de barba en mano y así, frenéticos, embriagados y feroces salen a recorrer la ciudad, acompañados de dos clarinetes, una flauta y un violín, música destinada a festejar las hazañas de la noche.

Esa noche, como todas las que son serenas, aunque también frías, las calles de primer orden eran frecuentadas por las familias y naturalmente por gran número de jóvenes que, sin la más pequeña sospecha, intercambian con sus parejas dulces palabras y tiernas miradas.

Entre tanto la Mashorca se aproximaba gritando, apedreando y agarrando a todo individuo que encontraba en su camino. Ese desventurado era examinado y, si hallaban en él la barba de U, inmediatamente comenzaban a rasurarle el rostro con las navajas con que venían preparados... Naturalmente, nadie pensaba en humedecer el rostro del paciente, que amarrado de pies y manos, a la luz fantástica de las antorchas, en medio de la poca armoniosa música, de los vivas y de los mueras, sentía la mano pesada y vacilante de su verdugo arrancarle, junto con las barbas, los pedazos de piel, a veces la nariz, una oreja y, otras veces, cuando crecía la rabia del improvisado barbero, daba golpes a derecha y a izquierda... y si la cabeza del paciente rodaba, ¡entonces se aumentaban la algarazara y los aplausos!

---

<sup>79</sup> **Palermo:** sede del gobierno de Rosas, desde mediados de la década de 1840; es, pues, un anacronismo seguramente involuntario. Hacia 1837-1838, la casa gubernamental estaba ubicada en la calle del Restaurador, actual Moreno al 550, de la ciudad de Buenos Aires. Había sido la residencia de los suegros de Rosas, los Ezcurra.

Cuanto más sangrienta era la operación más fuertes eran las risotadas, la algazara, los vivos, los mueros... ¡La orgía de sangre de aquellos furiosos, instigados por la embriaguez y el fanatismo!

Cuando la Mashorca llegó a esas calles donde las familias paseaban, visitando las tiendas e indagando sobre modas, una voz resonó en el momento: “¡La Mashorca!” y a este grito respondió otro miserable de terror; entonces la gente corría en tropel, entraba en las primeras puertas abiertas que encontraba, sin importarle quién venía atrás, fuese una madre, la tía o abuela... Era una confusión, un desorden indecible. ¡Lo que se quería era huir de la Mashorca!

No obstante, la procesión de los propagadores continúa su marcha triunfal..., pero las víctimas ya son más raras, la hora se adelanta, el cielo está cubierto de negras nubes, relampaguea a lo lejos y la voz del trueno, grave y amenazadora, retumba por intervalos, como el mensajero de la cólera divina.

Al dar vuelta la esquina de una calle de los barrios apartados, un joven de bella presencia, cuyo rostro está guarnecido de una delgada y poblada barba negra, se encuentra cara a cara con la Mashorca.

Lejos de huir, el mozo, que venía andando por medio de la calle, cruza los brazos sobre el pecho y mira con curiosidad mezclada de sorpresa hacia aquella multitud de hombres medio desnudos, ensangrentados y cuyos bigotes, desfigurados por la continua acción en la que estaban hace más de seis u ocho horas, están disueltos por el sudor algunos y otros, casi deshechos.

La Mashorca, por su parte, se detiene también e instintivamente espera una lucha o alguna cosa extraordinaria. Cuitiño es el primero que se adelanta para poner la mano sobre el resuelto joven, pero este, prevenido, empuja al héroe mazorquero, cuyas bamboleantes piernas no resisten y cae rodando al suelo.

Parras saca la espada y lazándose sobre el desconocido grita:

—¡Muere, infame unitario!

Mas el intrépido contendiente dispara sobre su antagonista un par de pistolas de bolsillo y, sacando inmediatamente la propia espada, se abre paso, dando cuchilladas a diestra y siniestra.

Como acontece siempre, los hombres de un coraje inteligente, ofuscan y abaten, por la fuerza de su superioridad, a esas masas viles y cobardes, cuya única fuerza es la debilidad de los otros.

El estampido de los tiros, el imprevisto ataque del mozo y una violenta lluvia que precipita en aquel momento apagando las antorchas, aturde a los héroes de la federación de Rosas, que comienzan a dispersarse en desorden.

Al día siguiente, había por la ciudad unos runrunes de que el capitán Ramón Maza había batido en regla a la Mashorca.

En cuanto a la propagación del dogma federal, por el medio que descubriera la *alta capacidad* de Cuitiño, continuó andando y, al día siguiente al de la bacanal que acabamos de describir, en la puerta de la repartición de policía y en algunos otros lugares notables de la ciudad, había esas barberías volantes, donde se rasuraban las caras e incluso con tijeras de cortar la lana a los carneros...

Por espacio de dos semanas continuó el furor de las barbas, que ocasionó una emigración de Buenos Aires. Después comenzó la guerra contra los cabellos largos y, al final, ¡llegó el turno de las mujeres!

## 11. HASTA DONDE NO ALCANZA EL PODER DE LOS TIRANOS

Ya es tiempo de que abandonemos los delirios de la Mashorca y volvamos al doctor Alsina, que dejamos desde el día de su llegada a Buenos Aires preso por orden de Rosas en el pontón.

Conducido a uno de los camerinos del sótano de la prisión flotante, el que ocupa Alsina, además de estrecho, está apestado, le falta el aire y la luz, y multitud de insectos cruzan por él en todo instante... El agua que filtra de la podrida quilla es motivo para que a cada cuarto de hora vengan a abrir la puerta de la prisión y dos hombres, acompañados por un oficial y dos soldados, bajen

para extraer el agua... Este también es el pretexto de una continua vigilancia y guarda del preso, tanto de día como de noche... Así Rosas puede tener dos partes diarios del estado de su víctima..., saber cuándo lo hallaron más resignado o más abatido... ¡y medir y saborear sus sufrimientos! Así, a toda hora, puede ver en la frente de su mártir la palidez de la dolencia o del desaliento.

¿Y Alsina? Allí está el desventurado, agobiado con el peso de los hierros, los pies de continuo en el agua, sintiendo congelar sus grilletes, llenos de moho, que comienzan a rozarle sus carnes y que no tardan en abrirlas en llagas...; pero él está sereno y tranquilo; su rostro pálido, sombreado por la negra y espesa barba, solo expresa la enfermedad y parece iluminado de una aureola resplandeciente... ¡la santa aureola del martirio!...

La voluntad mezquina del tirano lo arroja de los lares patrios<sup>80</sup>..., lo persigue hasta en la tierra extraña donde se ha refugiado...; esa implacable voluntad lo arranca finalmente de los brazos de una esposa y de un hijo idolatrados, lo lanza engrillado al fondo de una prisión...; pero lo que esa misma voluntad del tirano no puede es arrancarle sus convicciones..., lo que ella no puede es prostituirlo, cambiar sus creencias, derribarlo del pedestal donde la virtud y la inteligencia lo colocaron: lo que no puede la voluntad del tirano es esclavizarle el alma, torcerle el pensamiento, ¡aniquilar el genio que Dios le dio! ¡Lo que el poder del tirano no alcanza es postrar su dignidad de hombre!

Cuando alguna lágrima surcaba la faz enflaquecida y pálida del prisionero, siempre era acompañada de una triste sonrisa... Esto era en los momentos en que se acordaba de la dulce consorte y del rostro infantil de su hijo... Respondía al llanto y a las nostalgias que con ellos trocaba mentalmente así, ¡con una sonrisa y una lágrima!

Cuando en los partes diarios sobre el estado de su víctima, Rosas leía: “El salvaje unitario está muy pálido, parece que los hierros siempre húmedos le causan vivos dolores. No obstante, no está postrado. Nada pregunta relativo a su prisión, ni sobre cosa alguna que no sea enteramente insignificante. Ayer, al entregarle los objetos que vinieron por mano del señor jefe de policía y se

---

<sup>80</sup> **lares patrios**: la patria; el hogar y el terruño donde se nace y se vive.

le dijo que era su mujer quien los había enviado, pareció conmoverse, pero nada dijo”, furioso rasgaba el papel y decía:

—¡Podría fusilarlo!, pero doblegarle la soberbia, ¡jamás!

Rosas no recordaba que, filósofo y espiritualista, Alsina, al sentirse libre como alma, como espíritu que existe por la inteligencia, en el tesoro de su ilustración hallaba vasto manantial de consolación, sonreía sardónicamente cuando recordaba que incluso a la vida íntima del hombre no alcanza el poder de los tiranos.

## 12. LA RECOLETA

Para descansar del aborrecimiento que nos causa la perpetua orgía de las calles y sustraernos de sus escenas infernales, para no escuchar los gritos de los verdugos ni los quejidos de las víctimas, encaminemos nuestros pasos al campo del silencio y del olvido, que guarda el polvo de los que *¡fueron?*

Ahora que el invierno esparce sus tintas sombrías sobre la vegetación, ahora que en la tarde serena y fría, se oye apenas la brisa que gime solitaria por entre el seco ramaje de los árboles... ¡una tristeza suave y misteriosa parece desplegar un manto pardo por sobre los objetos que nos rodean!

Alejémonos de esas calles apiñadas de población sediciosa... Esta es la calle larga de la Recoleta<sup>81</sup>... Sígueme, lector... ¿Oyes cómo se desvanece aquí el eco furibundo de las abyectas pasiones que se combaten allá afuera?... Mira al final de la calle que recorreremos, hacia aquella gran reja de hierro: es la puerta del cementerio..., empújala.

Entremos.

Es una ciudad..., aquí hay también millares de moradores... ¿Quieres comprender su lenguaje?

---

<sup>81</sup> Actual avda. Presidente Manuel Quintana.

Estúdialo como lo estudié yo, sentada largas horas al borde de los sepulcros...

De pie, en medio de sus calles silenciosas... donde el eco de la voz humana resuena como una profanación...

Donde la brisa murmura un canto fúnebre por entre el ramaje del ciprés...

Donde los pájaros no osan cantar...

Donde las flores tienen un olor particular...

¡Cuánta historia curiosa para estudiar en el fondo de esas tumbas!  
¡Cuántas conexiones entre los vivos y los muertos!

Nada tan suavemente religioso y poético, como el cementerio de la Recoleta... Colocado en el margen del Plata, jardín en otro tiempo del abandonado monasterio de la Recoleta, la cruz, que se eleva sobre la alta torre de la Iglesia, tiene sus brazos siempre erguidos y abiertos, pareciendo prometer a quien la contempla otra vida además del umbral de la tumba.

La cruz, como el misterio del destino humano, encierra en sí misma alguna cosa que sentimos sin poder explicar..., pero que derrama en nuestro corazón una suave luz de esperanza, en medio de las tinieblas que nos rodean y que reverberan ante nuestros ojos.

¡El desencanto!

Es entonces cuando mirando para la cruz decimos:

—¡Tal vez!

Pero, ¡silencio sobre los misterios que la mente humana jamás podrá descifrar...!

Ven; recorramos esas calles bordeadas de arbustos que el invierno despojó... Ve qué ricos sepulcros nos rodean, ¡cerca de la modesta cruz del pobre!... ¡Es la última demostración de la vanidad humana que lucha siempre contra la igualdad!

¡Es la humanidad!

Los hombres todos nacen iguales: ¡es la voluntad de Dios!

Es el mismo vagido al nacer, la misma fragilidad, los mismos sufrimientos de la madre y del hijo...

Déjalos recorrer el camino de la vida. ¡El final será igual!

La misma agonía... los mismos dolores...

Después debajo de la tierra... ¡la igualdad!

Para el verme<sup>82</sup> roedor no hay distancias sociales... El elemento eterno creativo absorbe todas las sustancias que la muerte le envía, sin dividirlos en clases.

La luz del sol se desvanece, el crepúsculo se aproxima, mensajero de la noche...

Suena la campana. Ave María. Un hombre penetra en el cementerio.

Su andar es pausado... Mira para uno y otro lado... ¡Conoce allí a tanta gente!

¡Parientes, amigos, compañeros de armas!

Pero nadie lo saluda, ninguna voz amiga lo llama, ni mano alguna viene a posarse sobre su lacerado corazón...

El hombre que seguimos se detiene frente de un sepulcro de mármol negro, que en letras doradas contiene la fecha de un día y año...

Nada más.

Aquel hombre es Rojas, que viene todos los días allí para alimentar sus pesares...

¡Él queda allí, mudo como los túmulos, pálido y descolorido el rostro, la mirada apagada y fija!

¡Pobre alma que renunció a la esperanza, que llora sin consuelo!

La campana vibra siempre, la brisa murmura.

Algún insecto escondido en la escasa hierba chirría.

---

<sup>82</sup> verme: gusano.

La luciérnaga comienza a volar, oponiendo su luz fosforescente a la moribunda luz del crepúsculo.

Dos hombres empujan la reja del cementerio y penetran en su recinto.

—Descansemos aquí, hasta que cierre la noche —dice el más anciano de los nuevos personajes a su compañero.

Y ambos comienzan a pasear por las calles del cementerio.

La casualidad reúne a los tres individuos cerca de la tumba negra.

Rojas mira a ambos.

El más alto era un mozo de rostro altivo y triste, de facciones varoniles y expresivas; su conjunto es tan distinto que no puede pasar desapercibido... Su compañero era un viejo de cabellos blancos como la nieve, de color moreno, de perfil severo. Rojas contempla a este último por más tiempo; después, como fatigado, vuelve a dejar caer su cabeza sobre el pecho.

Por el contrario, el viejo lo examina atentamente y después de un breve espacio exclama:

—Han de engañarme mis recuerdos ¿o es usted el coronel Rojas?

Rojas gira el rostro lentamente, vuelve a examinar al viejo, después responde como un hombre cuyo corazón, si no está muerto, por lo menos se halla muy angustiado por las emociones.

—Tú eres mi viejo compañero de armas, el lancero Simón.

—¡Ah! mi coronel... ya van dieciséis años que no nos veíamos.

—¿Por qué casualidad estás tú aquí? —dijo Rojas— ¿Este mozo será tu hijo?

—Es mi hijo adoptivo, mi coronel... ¿Sabe por qué estoy aquí? Porque soy perseguido allá en el campo y vengo a la ciudad a fin de ver si podemos salvar a un hombre... ¡el doctor Alsina!

—Porque fueron ustedes los que...

—¿Sabe eso mi coronel?

—La señora de Alsina me contó todo, pero ignoraba sus nombres.

—Hemos jurado salvar al preso —respondió Miguel con su voz breve y decidida.

—¿Salvarlo? ¡Será difícil!

—Así había pensado yo —dijo Simón—; con todo, las dificultades pueden vencerse a costa de sacrificios...

—Vengan conmigo, reuniremos nuestros esfuerzos; no hay que perder la esperanza.

La luna aparecía entonces en el firmamento azul y su luz débil y serena iluminaba la lúgubre ciudad.

Los tres hombres se alejaron, la puerta se cerró detrás de ellos y el silencio de la noche volvió a suceder.

### 13. CORTEJO TRIUNFAL

Si los dramas sociales de los pueblos del Plata no estuviesen tan íntimamente ligados a los dramas políticos, si los delirios de esa plebe estúpida no fuesen los tristes orígenes de tantas escenas lúgubres y sangrientas, nosotros abandonaríamos al olvido y al desprecio esas orgías frenéticas del populacho de nuestros países, que figuran ante el mundo civilizado con el engañoso, cuanto injusto, nombre de pueblo argentino.

Se dice a la distancia y Rosas lo ha repetido en sus periódicos asalariados *la Gaceta* y el *British Packet*<sup>83</sup>: el pueblo mata, el pueblo castiga, el pueblo odia a los extranjeros...; y, finalmente, dicen las naciones extranjeras: ¡el pueblo adora al general Rosas!

---

<sup>83</sup> **British Packet:** *The British Packet and Argentine News* fue un periódico argentino-británico (1826-1859).

Por ventura ¿una fracción, la más bruta de la nación, compuesta por hombres llenos de vicios, estúpidos, sanguinarios e ignorantes, podrá representar la nacionalidad de un país?

¡No!

El pueblo argentino, como todos los pueblos de la tierra, solo puede y debe ser representado por sus círculos ilustrados, por sus hombres eminentes y no por una banda de facinerosos semejante a la Mashorca.

Por si esta novela llega a publicarse, pues nosotros la escribimos para los extranjeros y para nuestras propias sociedades futuras, venciendo nuestra repugnancia y mientras los personajes de esta historia se entregan cada uno a sus pesares, vamos a dar un rápido vistazo al drama de las calles.

Abordamos el programa de la solemnidad con que debía celebrarse la captura del doctor Alsina.

Es el esbozo de esta nueva mascarada en el estilo de las procesiones de los corta-suizas<sup>84</sup>.

Como la discordancia de las fechas y la distancia de los acontecimientos nunca fue obstáculo a los absurdos de Rosas y de su Mashorca, aun cuando Alsina llegase en abril, es el día 25 de mayo, aniversario de la revolución de 1810, el escogido para la gran solemnidad.

Era conmovedora la ceremonia de religión patria que convocaba en otras épocas al pueblo a reunirse en la gran plaza de la Victoria, para esperar el primer rayo de sol que lucía en el horizonte... Había en esa adoración del sol, que iluminó el día feliz de nuestra independencia, como una vaga semejanza con el culto de nuestros abuelos, los indígenas: ¡la adoración del Inca!

Perdonen, lectores, ¡es un recuerdo de infancia!... Además del pueblo, los regimientos, los músicas y las personas importantes que allí se reunían, había también una multitud de niños de ambos sexos..., los llamados huérfanos de

---

<sup>84</sup> **los corta-suizas**: los mazorqueros, que cortaban por la fuerza a los unitarios las patillas estilo suizas, es decir, anchas y largas, que formaban una U. Les dejaban solo el bigote, símbolo de devoción federal; por eso, eran llamados también "los corta-patillas".

la patria, otros pobres que recibían la educación gratuita y después, los ricos e hijos de proletarios. Cuando el primer vislumbre del sol aparecía, era el canto unísono de ese enjambre de criaturas el primer saludo del día 25 de mayo... ¡y el eco de ese canto infantil, discorde tal vez, pero sincero, tenía en sí mismo alguna cosa tan conmovedora que no podemos explicar!...

¡En la época de Rosas todo cambió!

Este día, como los anteriores de los años de la dictadura, después de las salvas y repiques de costumbre, comienza la danza de los negros.

Al mediodía, todos los cuerpos de la guarnición se reunieron en la plaza de la Victoria. Es desde allí que parte el cortejo. Veamos.

Marcha en el frente la música, sigue un carro imperial ornado de terciopelo rojo, decorado con oro; sobre un estrado, dentro del carro y debajo de rico dosel de brocato de oro, viene el retrato del general Rosas. Cuatro señoras notables, vestidas de rojo, van adelante ¡pujando el carro!

Si mis nobles y valientes patricias no hubiesen sido las primeras víctimas de ese populacho feroz, que violaba la santidad del hogar doméstico y azotaba indefensas mujeres, si ellas –con ese espíritu que es todo suyo y que tanto las distingue en el continente americano– no hubiesen luchado mejor que los mismos hombres, oponiendo siempre firme constancia a los ataques de Rosas, salvando las vidas de sus padres, hermanos, maridos y amantes a costa de su propia vida y con un denuedo sin igual, diríamos que el acto de pujar el carro del retrato, ejecutado también por argentinas, era una mancha de afrenta sobre nuestro nombre... Mas no, las excepciones se hacen para justificar las reglas generales y hay una que coloca a las argentinas en el nivel de las mujeres de América del Sur de más gracias, virtudes y espiritual patriotismo.

Al carro del retrato seguía el primer tercio de la Mashorca llevando a su frente a Salomón y Cuitiño, a quien los bigotes metamorfoseaban horriblemente.

Seguía inmediatamente el carruaje del gobernador con los *dos locos* adentro.

Riñoncito iba en el lugar de honor, más sucio y enojado que de costumbre, porque desde la mañana temprano había sido atormentado sin

tregua; tenía un sombrero armado de papel pardo con plumas de avestruz y una espada de palo al lado.

El Padre Lego, con la cara toda embadurnada con pinturas de bermellón, traía un rosario de batatas inglesas al cuello, con una cruz de cartón al final.

El segundo tercio de la Mashorca, comandado por Parras y Julián Fabre, seguía después del carruaje, y la retaguardia, como siempre, se componía del populacho de todos los colores, roto, sucio y grotesco, que grita, apedrea y dispara cohetes en todas las direcciones.

El primer paso del cortejo es dirigirse a la catedral metropolitana.

Allí nueva sorpresa nos espera... El cura y diáconos de la iglesia salen a la puerta del templo, el retrato es sacado del carro y después cargado por dos sacerdotes, debajo del palio e incensado en el frente; entra en la iglesia católica para ser colocado sobre el altar mayor, ¡frente a la imagen divina de Jesús!...

¡Profanación! ¡Ultraje!

¡Hecho indecoroso y sacrílego, desgraciadamente tan cierto, que nosotros, llenos de horror, consignamos en las páginas de esta novela, para recuerdo de la época del bárbaro dictador!

Todas las iglesias fueron así sucesivamente visitadas y ¡todas aceptaron tal prostitución y sacrilegio!...

El clero católico firmara en ese día nefasto su ruina si los jesuitas, con esa fuerza de espíritu calculador que los distingue y su irrecusable sagacidad, no resolviesen sostener la dignidad de la iglesia romana, exponiendo antes las vidas y abjurando de sus propios intereses para salvar al clero católico apostólico romano.

Fiel a su sistema de hipocresía y retrogradación, en el tiempo de la emigración de los frailes, cuyo predominio quebraba a España después de tres siglos de esclavitud, Rosas se declaró protector de los frailes, restauró los conventos que la República abriera tan liberalmente y, suponiendo verificar una alianza ofensiva y defensiva, llamó a los jesuitas, les dio el colegio y les encargó la educación de la juventud..., pero los jesuitas, aceptando los beneficios del tirano, conservaron la independencia de la orden.

El día de lucha llegó. El cortejo se dirige a la iglesia llamada El Colegio, residencia de los jesuitas, cuya principal era en aquel tiempo don Mariano Verdugo, joven de profundos conocimientos, dotado de gran fuerza de espíritu y de un carácter elevado y austero.

El cortejo avanzaba, pues, y en poco tiempo llegó al atrio del convento.

Las puertas de la iglesia cerradas, el exterior mudo y solemne del templo impone involuntario respeto.

En medio del atrio, empero, había un joven sacerdote que con la cabeza descubierta, los brazos cruzados sobre el pecho, la mirada serena y majestuosa esperaba la aproximación del cortejo.

Era bella y noble aquella cabeza joven, llena de inteligencia y de sublime coraje, y que solo se erguía contra la borrasca revolucionaria que venía a derribar la imagen del Salvador y colocar en su lugar la imagen sacrílega del tirano.

Los héroes del cortejo quedaron pasmados, siguió un cuchicheo general y todo quedó parado. Después de algunos momentos de indecisión una voz se elevó de la multitud:

—¡Ábrase la iglesia para recibir el retrato del Restaurador!

El populacho responde con alaridos frenéticos.

Don Mariano Verdugo espera que el ofuscado se calme y entonces camina valiente hasta el umbral del atrio y con voz varonil, pero sonora y clara, dijo:

—Hijos míos... como principal y como intérprete de los sentimientos de la Compañía de Jesús, tengo que decirles que somos los primeros en reconocer las cualidades eminentes de Su Excelencia el Señor Gobernador, al que agradecemos los innumerables beneficios que ha dispensado a nuestra orden, pero, por lo que respecta a abrir las puertas de la iglesia a una multitud que solo pronuncia palabras de exterminio y que ha de repetir las en el templo del Señor..., colocar en el altar de la Divinidad la imagen sacrílega de un hombre... ¡eso jamás consentirá la Compañía de Jesús!... Arrastraremos resignados el martirio, pero desengañense: nuestra iglesia solo se abre a la oración de los fieles... ¡en los altares de nuestro templo solo se adora la imagen del Salvador!

Dicho esto, don Mariano Verdugo hace una profunda cortesía y da la espalda al cortejo, entrando en el convento por una pequeña puerta lateral.

Silencio profundo sucede al habla del joven jesuita... Después un grito furibundo semejante al rugido del tigre se levanta.

—¡Mueran los salvajes unitarios!

Es el primer impulso de su rabia... ¡los miserables!

Como venganza momentánea, redoblan los cohetes, los gritos, la confusión y la música, y se dirigen en retirada para darle parte de lo ocurrido al gobernador.

Entre tanto, Riñoncito decía dentro del carruaje:

—¡Bien hecho! ¡Me gusta!

Y el Padre Legó, masticando una batata cruda, agregaba:

—Es necesario que yo hable de esto a nuestro obispo, para mandar soplar a estos frailes; pues ellos ¿no cambiarán de opinión? ¡Los salvajes unitarios!

#### 14. UN AMIGO FIEL

Han transcurrido cinco meses ya desde el día terrible en que el sacrilegio y el fanatismo colocaron la imagen del general Rosas en el altar consagrado a la Divinidad.

Cinco meses desde que Miguel y Simón, perseguidos por todas partes, son huéspedes del coronel Rojas. A pesar de todo, permanecen firmes en su propósito de salvar al prisionero del pontón.

La familia del exconsejero continúa morando en una quinta del barrio de Monserrat entregada a sus pesares... La señora de Alsina, especialmente, es apenas una sombra de sí misma... Su padre, por amor de ella, insiste con Rosas para enterarse del destino de su yerno o, por lo menos, suavizar su doloroso estado... ¡Rosas es inflexible!

El dolor se apodera de todos los corazones afectos al mísero Alsina.

La familia y los amigos celebran un consejo íntimo y cada cual propone los medios que juzga conducentes para salvar a la víctima... Doña Antonia rechaza todo. Nada acepta, nada consiente que se intente con el fin que ella misma tan ardientemente desea... En aquel corazón noble y valiente, al mismo tiempo combatía el amor que la impulsaba a salvar a su esposo y el temor de comprometer la existencia de sus parientes y de sus amigos.

Todos la juzgan resignada y esperan el desenlace de la guerra de Montevideo (1)<sup>85</sup>; pero la señora de Alsina, por el contrario, temía ese desenlace porque, conociendo mejor que sus amigos los negocios de la Banda Oriental del Plata, sabía que Oribe sería vencido y ¡que su marido estaba reservado para ser una de las víctimas expiatorias de la cólera del tirano! Ella ha concebido un proyecto atrevido, pero casi infalible. Necesita para ese efecto de un hombre, pero un hombre extraño, que no arrastre compromiso alguno y en el cual ella pueda confiar sin temor.

Después que la señora de Alsina rechaza los ofrecimientos de su familia y de sus amigos, Simón quiere retirarse de la ciudad; más de una vez ya dijo él a su joven compañero:

—¡Hijo mío, vamos ahora! No somos necesarios aquí, retornemos al desierto.

A estas palabras del viejo, Miguel nada respondía; levantaba su mirada traspasada de dolor y desesperación, después volvía a bajar la cabeza, cruzaba los brazos, ¡y era todo!

¡Pobre Miguel! ¡Cuánto estaba desfigurado! ¡Qué lívida palidez le cubría el enflaquecido rostro!... Un círculo rojo marcaba sus ojos..., sus ojos que solo revelaban la vida en aquel rostro macerado y enfermo.

Así debía de suceder... Cerca de Emirena, ¡Miguel no podía quedar indiferente!

---

<sup>85</sup> (1) Debemos recordar a los lectores que esta guerra fue la de Rivera contra Oribe, siendo este todavía presidente en 1837. (Nota de la autora).

Su corazón virgen e inexperto sucumbía ignorándose a sí mismo... Con todo, observador silencioso, desde el principio comprendió la relación que existía entre Ramón y Emirena. Sus desesperados celos fueron los primeros que le advirtieron de sus propios sentimientos... Entonces se trabó en lo profundo de aquella alma enérgica, agreste y ardiente, una lucha sin reposo que pronto postró las fuerzas físicas y morales del desgraciado. Entonces no luchó, sino que se abandonó sin más resistencia, devorando el martirio que lo consumía y que pronto infeccionó su sangre enardecida.

El viejo Simón adivinaba todo lo que pasaba en el corazón de Miguel, pero se le aflojaba el coraje y callaba también...

Mientras los personajes de nuestra novela se encuentran en estas diferentes situaciones, el prólogo de la revolución que conmovía a la sociedad de la Banda Oriental del Plata, y que más tarde debía despedazarla; el prólogo de esa terrible revolución terminaba en Montevideo con la dimisión *espontánea* del presidente Oribe, quien decía en esos momentos supremos: “No quiero mandar a costa de la sangre de mis conciudadanos”. ¡El general Rivera entraba para ocupar el sillón presidencial!

Los emigrados argentinos, que lo ayudaron a derribar a su rival, reclamaban las promesas que les hiciera; la generosa Corrientes, teniendo al frente al malogrado Berón de Astrada, las mal subordinadas provincias del litoral argentino se estremecían todas; una conmoción eléctrica agitaba sus sociedades; por todas partes se erguía la voz poderosa de una juventud ardiente y generosa. Los agentes franceses, los señores Le Blanc y Martigny también estrechaban cada día más al gobernador de Buenos Aires, la tempestad se formaba y el tirano, en venganza, hacía que la Mashorca redoblase la insolencia y principiase sus feroces atentados.

Oribe llegó a Buenos Aires. El peligro de Alsina y de toda la gente política en manos de Rosas era inminente; para ellos no había hora segura.

Nuestra heroína estaba en el más cruel estado de inquietud y sufrimiento. Para ella no había un solo minuto de reposo. Pasaba las noches en vela, no lloraba, pero la fiebre la devoraba... Su familia, sus amigos insistían generosamente y la desventurada luchaba entre su amor de esposa y sus deberes de hija, de hermana, de amiga...

Una noche, recostada sobre las ventanas que descansan hacia el campo, a través de la oscuridad le parece distinguir un cadalso, después ve subir a un hombre, ese hombre era alto y de porte noble, pero su cabeza rueda a un golpe del hacha, y esa cabeza gira hacia el lado donde ella está y parece murmurar algunas palabras... ¡Doña Antonia cree reconocer la cabeza de su marido! Ella da un grito y se cubre los ojos con las manos... La desgraciada se entrega a un delirio pasajero; soñaba despierta y no repara en un individuo que hacía tiempo rondaba por allí y que en aquel momento, arrimándose a la ventana, le dice:

—¿Está sola, señora?

La señora de Alsina se estremece. Su primer movimiento es huir, pero el sonido de aquella voz le trae el recuerdo de alguien que ella deseaba encontrar y, retornando a la ventana, pudo ver el rostro del individuo; pero la crisis por la que acaba de pasar todavía le perturba la razón:

—¿Quién es? ¿Qué quiere de mí? —preguntó doña Antonia.

—¡Ya no me reconoce, señora! Soy Lostardo.

—¡Lostardo!... ¡Ah! ¿Qué viene a hacer?

—¿Puede dudarle, señora? Fui traicionado, herido, y largo tiempo luché entre la vida y la muerte... En fin, yo soy joven y robusto...; quedé bien..., mis marineros volvieron a Montevideo, la Francesca de Rimini fue vendida. En su lugar compré una ballenera para navegar por la costa, la Joven Italia<sup>86</sup>; es veloz como el viento mismo. ¿Sabe, señora, cuál fue mi primer paso? Buscar al infame que, por un puñado de oro, vendió la cabeza de su marido, de mi benefactor..., lo encontré y...

—¿Qué le hizo?

—Lo que se hace a los perros rabiosos: ¡lo maté!

---

<sup>86</sup> **Joven Italia**: en honor de la asociación política del siglo XIX que promovía la independencia y la unidad italiana. En ella participaba Giuseppe Garibaldi, quien también lucha junto con los farrapos brasileños y con los montevidéanos sitiados por Oribe (1837-1848).

—¡Cielos!

—Mi segundo paso fue buscarla, pienso en usted. Ahora, señora, aquí estoy, yo y mi compañero Piero, más ocho valientes marineros que ya conoce porque a usted libraron de morir ahogada en el Paraná, y, además de todo esto, mi ballenera la Joven Italia, estamos a sus órdenes. ¡Nuestra divisa es salvar a su marido o morir!

¡A la señora de Alsina le parece soñar! La emoción no la deja pronunciar una palabra. Después la alegría, el sobresalto, todo concurre a perturbarla.

—Oye —dice ella a Lostardo—. No conviene que nadie en esta casa sepa de nuestra entrevista. Aléjese... e indíqueme un lugar donde pueda hablar con usted sin temor a ser vendidos.

—Pues bien, venga a la casa de mi madre; es una buena mujer que se arrojaría al fuego por mí y por mis amigos.

—¿Dónde está?

—Más abajo de la esquina de Sotoca<sup>87</sup>, hacia el río.

—Entonces hasta mañana a la noche.

—Pero, señora, está tan lejos...

—¡Nada temo! ¡Nada tema! Ahora lo que es necesario es no perder un minuto. ¡Adiós!

## 15. LA SEÑORA DE ALSINA

Al día siguiente de la noche en que Lostardo hablara con doña Antonia, ella se queja de un fuerte dolor de cabeza y se queda en su cuarto todo ese día.

Esperando la noche con impaciencia, se ocupa por momentos de los preparativos del disfraz con el cual irá a la casa del joven marinero. Luego de

---

<sup>87</sup> **Sotoca**, esquina de 25 de Mayo y Corrientes, ciudad de Buenos Aires. En 1780, Alfonso Sotoca instala su casa y una cancha de pelota vasca.

que las primeras campanadas de avemaría<sup>88</sup> se dejan oír, doña Antonia pinta su rostro, cuello, manos y brazos, calza unas medias negras y chinelas, recoge los cabellos debajo de un pañuelo de algodón rojo, viste una ropa vieja, medio desarrapada, y se envuelve en una amplia manta de franela roja, que la gente del pueblo usa y que llaman vulgarmente *rebozo*.

Rápida y misteriosa como una sombra, doña Antonia aprovecha la oscuridad que comienza a extenderse sobre la tierra y, después de cerrar su cuarto, sale de la quinta por una puerta insignificante que da para el campo.

Serena y resuelta cruza la ciudad; nada es capaz de acobardarla, ni suspender su marcha. Envuelta a veces entre el populacho que acompaña a la Mashorca, la señora de Alsina no siente ni un momento vacilar su coraje... Es que una fuerza magnética la sostiene; ¡su amor, su amor inmenso de esposa, tan santo y legítimo, que, como todas aquellas aficiones que no transgreden las leyes de la conciencia y de la sociedad, nos dan fuerza con que completar los sacrificios más sublimes!

Cuando doña Antonia se presenta ante Lostardo, este queda sorprendido y le cuesta reconocer a la valiente señora.

La casita de la madre de Lostardo era una pobre morada, donde el aseo servía de ornamento, donde todos los utensilios relucían de limpieza y donde la vieja Ghita imprimía su carácter suave y religioso en todo. La vieja italiana era un perfil antiguo que en la juventud debía de haber sido el de una hermosa mujer y que hoy, a pesar de las arrugas y los surcos de la vejez, era todavía bello, porque Ghita era una de esas mujeres en cuyo corazón puro e inmaculado solo se abrigan sentimientos nobles y virtuosos; su juventud no le había dejado remordimientos y su vejez no le hacía probar la envidia.

Ella recibió al huésped de su hijo como si fuesen antiguas amigas; y, como las almas virtuosas hablan todas el mismo lenguaje, ellas se estimaron pronto y se confiaron la una a la otra.

---

<sup>88</sup> Se tocaban las campanas para indicar al pueblo que era la hora de rezar el ángelus, oración basada en la Anunciación y en la Encarnación del Verbo; por eso, es conocida también como la "hora del avemaría".

La señora Alsina confió su plan a Lostardo, que este aprobó. Solo necesitaba de una modificación: comprar a uno de los comandantes del pontón, que asegurase mejor el éxito.

—Pues bien —dice doña Antonia—, puede ofrecer hasta cinco mil patacones<sup>89</sup>; pero, ¿está seguro de que ese hombre se venderá y que, en caso contrario, no irá a delatar todo al tirano?

—Conozco —responde Lostardo— a la persona a quien me dirijo...

Después dijo:

—Señora, al poder del dinero pocos hombres saben resistir; si lo fuésemos a pedir por favor, entonces podría mudar de figura... No tema nada: John Anderson, primer comandante del pontón, no conoce otro dios que su negocio y esto se traduce en dinero.

—Bien; como para ganar es necesario arriesgar también, yo le dejo toda la libertad para tratar este negocio... Queda en sus manos nuestro destino..., pero urge que se trate esto cuanto antes.

—Mañana por la noche puede la señora llegar a saber la respuesta. Mañana es domingo; justamente es un día óptimo para ver y hablar a Anderson.

—Entonces, hasta mañana; ¡y Dios tenga misericordia de nosotros!

La señora de Alsina dice adiós a sus amigos y regresa a la quinta de su padre sin el menor obstáculo.

Lostardo la seguía a lo lejos, sin que ella lo notase, dispuesto a defenderla si fuese necesario.

---

<sup>89</sup> **patacón**: moneda de plata.

## 16. EL DINERO ES EL ALMA DEL MUNDO

En los países católicos, que no sean el Reino Unido de Gran Bretaña y los Estados Unidos de América del Norte, el domingo es el día de descanso, de fiesta, de diversión e, incluso, de borrachera para las clases industriales y también para otras más elevadas.

Pero John Anderson, fiel a las costumbres angloamericanas, cuando no está en guardia a bordo del pontón, va a la iglesia dos veces por día y el resto del tiempo lo pasa en casa leyendo la Biblia y masticando tabaco.

Mediodía marcaba el reloj del Cabildo cuando Lostardo llamó a la puerta de la casita de la Alameda que ocupaba Anderson.

El primer comandante, sentado en una gran poltrona, descansa los pies extendidos sobre una mesa, vestido de negro, con un sombrero en la cabeza; mastica el sempiterno tabaco y bebe, sorbo a sorbo, un vaso de agua de zarzaparrilla, sin ser de Sands<sup>90</sup>.

Al barullo de la aldaba de la puerta, Anderson, sin levantar los ojos del libro, responde:

—*Wacking if you please.* (Sea servido de entrar)<sup>91</sup>.

El marinero genovés, que parece estar al tanto de las maneras de Anderson, entra de sombrero en la cabeza y las manos en los bolsillos de las calzas.

Sin cumplimentar al dueño de casa, Lostardo toma una silla, se sienta, extiende los pies en el otro extremo de la mesa y comienza la siguiente conversación en inglés, que nosotros traduciremos para ahorrar la incomodidad a aquellos de nuestros lectores que no sepan el idioma de los sagaces.

---

<sup>90</sup> **Sands**: una de las marcas comerciales más famosas del siglo XIX; al agua de zarzaparrilla se le reconocía acciones depurativas del organismo humano.

<sup>91</sup> Traducción de la novelista.

Lostardo es el primero en hablar.

—Señor Anderson, vengo por un negocio.

Anderson cierra la Biblia, se quita el sombrero, alisa el cabello y vuelve a colocar el sombrero sobre los ojos; después saca del bolsillo del chaleco una navaja y comienza a recortarse las uñas. Concluida esta operación preparatoria de todo inglés o americano cuando va a entrar en materia de interés, Anderson dice: “¡Hum! ¡Hum!”, lo cual, según las inflexiones de la voz, varía también en su sentido. Aquí quería decir: Estoy consciente, puede continuar.

Lostardo, por su parte, hace un alto, toma un cigarro del bolsillo de su chaqueta de marinero, busca un fósforo y enciende el cigarro, el cual durante algunos segundos parece ocuparle completamente la atención. Después de algunos instantes, Lostardo repite:

—Vengo a un negocio.

—Muy bien.

—Bello negocio de dinero —agrega Lostardo sacudiendo la ceniza de su cigarro.

—¡Hum! ¡Hum! —dice Anderson, que en este caso quiere decir: Explíquese.

—Negocio de cinco mil patacones en una noche.

—¡Ah! ¿Cinco mil patacones? ¡Hum, hum!

—Es bonito, ¿eh?

—Según... puede ser...

—¡Hum! ¡Hum! —dice Lostardo a su vez; lo que debe traducirse: Mi camarada, si usted es bellaco y desconfía de mí, yo tampoco me confío en usted.

—¡Entonces! —dice Anderson empeñándose en dar a una uña la mayor pulidez posible—. Entonces, ¿usted dice que...?

—Sí, yo digo que si usted quiere dejar el comando del pontón e irse con alguien, le doy cinco mil patacones.

Anderson escupe, deja las uñas, tira afuera el tabaco que estaba en la boca, toma otro bocado del bolsillo y renueva la posición, continúa limpiando las uñas y, por fin, se resuelve a decir:

—¿Quiere que yo huya con algún preso que está allá?

—¡Hum, hum! —dice Lostardo nuevamente, y Anderson traduce: Piensa lo que quieras.

—¿Quién es el preso?

—Entonces, ¿quiere el negocio?

—Según.

—Veamos.

—¿Responsabilidad?

—Forzosamente.

—¿El dinero?

—Le será presentado a vista de la casa de... en Montevideo.

—¿Que me será entregado...?

—La mañana siguiente a la noche de la fuga, pasando usted un documento en regla...

—Hum, hum.

Esta vez el *hum hum* de Anderson parecía decir: Usted tiene miedo de que yo lo traicione.

—¿Entonces podemos contar con usted?

—Sí.

—¿El día?

—Yo salí hoy de la guardia, entro el domingo que viene; sábado a la noche, por mi parte no habrá inconveniente.

La alegría de Lostardo es tal que él de buena voluntad diera un abrazo al *yankee*, pero sabe contenerse y presentándole la mano los dos hombres

truecan lo que el inglés llama *check-hand*<sup>92</sup>, en señal de que el contrato fue hecho y ha de cumplirse sin falta alguna.

Esa noche la señora de Alsina entregaba a Lostardo una carta para la casa inglesa de... & C.<sup>a</sup> en Montevideo y, juntamente, una suma de dinero destinada a comprar todo lo necesario para la empresa.

El lunes a las nueve de la noche la ballenera Joven Italia hendía las aguas con velocidad, los marineros remaban sin descanso, el patrón Lostardo fumaba al timón y toda la tripulación parecía agitada, pero contenta.

El jueves a las diez de la noche Lostardo estaba de regreso; sus marineros lo acompañaban cargados de sacos. La vieja Ghita sirvió una abundante cena y la señora de Alsina recibía esa noche por la ventana de su cuarto un enorme paquete que le entregaba Lostardo.

## 17. ÚLTIMO CAPÍTULO: LA FUGA

En el sábado designado por Anderson, la noche estaba oscura, algunos chubascos precursores del pampero venían de hora en hora y la brisa refrescaba por intervalos; en el cielo oscuro y nublado ni una estrella...

Las ocho de la noche dan las campanas de las iglesias.

Un hombre de figura delicada, de paso breve que él alarga lo más posible, embozado en una capa militar, se dirige desde un barrio alejado de la ciudad hacia las márgenes del río. Lleva de la mano, debajo del capote, a un niño como de nueve o diez años de edad.

El desconocido a quien vamos siguiendo cruza las calles con paso precipitado, gira la cabeza para ver si es espiado y, cuando a lo lejos divisa un grupo de hombres o alguna patrulla, retrocede sobre sus pasos y toma otra calle, o entra en alguna casa que encuentra abierta, enfila por el corredor y evita todo encuentro posible.

---

<sup>92</sup> *check-hand*: del ing., acuerdo o pacto que se sella con un apretón de manos.

Después de tres cuartos de hora de marcha acelerada el hombre del capote llega a la esquina de Sotoca. La taberna, llena de marineros de todas las naciones, arrojaba a la calle la luz rojiza de la lámpara que se balanceaba en la entrada, donde se leía en diferentes lenguas:

*Hospedaje de noche*

El desconocido atraviesa la calzada opuesta donde reina la más profunda oscuridad y comienza a bajar la ribera del río.

—Ya estamos en la Alameda —balbucea el desconocido y se dirige hacia el lado del Retiro, teniendo cuidado de tomar la margen del río.

Finalmente, exhausto de fatiga, se sienta con el niño en uno de los bancos más retirados y casi cubiertos por el corpulento ramaje de un ombú.

Las nueve daban a lo lejos.

Del mismo lado del Retiro un hombre se aproximaba fumando. Nuestro desconocido saca también de su bolsillo un cigarro y, adelantándose en dirección al fumador, le dijo en inglés:

—Haga obsequio de su lumbre.

—Estoy a sus órdenes —responde el otro.

Entonces los dos y el niño se alejan de allí algunas brazas.

Otro individuo, vestido de suboficial, se adelanta hacia los dos fumadores y les dice en italiano:

—Haga obsequio de su lumbre.

—Ahora y siempre —responde el sujeto del capote.

Entonces los tres y el niño descienden hacia el río.

Los dos fumadores y el niño fueron cargados, pequeña distancia, hasta la ballenera que los esperaba; el tercero, que era el patrón, fue por el agua.

Llegaron a bordo. Allí había cuatro soldados. Los marineros, así como el patrón, todos vestían el uniforme de los empleados de Rosas.

La pequeña embarcación se aleja a fuerza de remos.

Todos guardan un profundo silencio.

La ballenera vuela sobre las olas cristalinas del río; y el patrón, sentado al timón, acaricia los bordes de la frágil embarcación, así como el caballero acaricia su caballo en la carrera, como si el animal pudiese comprender su mudo lenguaje... También la astuta ballenera, como si instinto tuviese, parecía volar más rápido según el deseo de su dueño.

No sé, pero aquel barco, sombrío y rápido, lleno de bultos mudos e inmóviles, en medio de las tinieblas, sin otro ruido que el movimiento leve de los remos y de la quilla rompiendo la corriente, parecía tener alguna cosa de fantástico... Sin la oscuridad que a todos envolvía, podría adivinarse que todas aquellas figuras firmes y silenciosas eran los personajes de un drama siniestro, cuyo desenlace podría ser la muerte de todos.

Las diez.

Se oían las lentas badajadas<sup>93</sup> de las campanas, que hendiendo el aire enviaron allá bien lejos el eco solemne del bronce, que va marcando los instantes de nuestra vida.

Algunos minutos más la ballenera atraca en el pontón.

Dick paseaba sobre la cubierta maldiciendo el lento discurrir del tiempo, porque durante su semana de guardia solo bebía la cerveza y el ron con agua, y esperaba con ansia el momento de entregar la guardia para tomar su mona de costumbre.

—¿Quién vive? —dice el centinela de popa.

—La Patria —contesta Anderson.

—¿Qué gente?

—Primer comandante del pontón.

—¡Oh! —grita Dick— ¡Bienvenido sea!

---

<sup>93</sup> **badajadas**: campanadas. Con estas se anunciaban las horas a toda la población, sobre todo a los que no tenían relojes por su alto costo.

Siguen las ceremonias de costumbre para el recibimiento de un jefe y Anderson salta a bordo acompañado del desconocido del capote.

—¿Qué novedades tenemos? —pregunta Dick—. ¿Qué diablo de equipaje es este?

—El señor trae una orden del señor gobernador para usted y yo también recibí otra hace un momento.

Anderson señaló al individuo a quien seguimos desde el principio de este capítulo.

A la luz de las lámparas de a bordo podemos examinarlo.

Era un joven de formas delicadas, cuyo rostro estaba cubierto en gran parte por barbas y bigotes negros y largos; el ala de su gorra militar le cubría la frente y los ojos; su vestuario e insignias eran de capitán de cazadores.

—¿Quiere usted enterarse del contenido del presente despacho y cumplir exactamente las órdenes que le transmite su excelencia? —dijo el joven oficial tomando un oficio de la pechera del uniforme y presentándolo a Dick.

El inglés miró de arriba hacia abajo al mensajero del restaurador, tomó el papel que le era presentado y habló entonces con sus marineros:

—¡Qué voz de marica tiene el tal capitán!...

El oficio estaba en toda forma y rigor oficial, y su contenido era el siguiente:

“¡Viva la Confederación Argentina!

¡Mueran los salvajes unitarios!

El oficial superior, de guardia a bordo del pontón, pondrá a las órdenes del oficial portador de la presente comunicación, el capitán don Manuel Torres, los dos presos políticos, el salvaje unitario coronel Manuel de Pueyrredón y el salvaje unitario doctor Valentín Alsina, los cuales, debiendo ser fusilados esta noche en el cuartel del Retiro, conviene que sean acompañados hasta el lugar de ejecución por el otro oficial superior que estuviera fuera de servicio a bordo del pontón, a fin de labrar la correspondiente acta, con que quedarán ambos responsables por la entrega y

suplicio de los dos salvajes unitarios arriba mencionados. Y para que así se ejecute y cumpla estrictamente, firmo la presente de mi puño y letra.

Dios guarde a usted, etc.”. Seguía la data del lugar, año, día y mes y la firma de Rosas en el espacio de costumbre.

Anderson mostró también la orden que había recibido; el inglés leyó dos veces, comparó, completó todas las formalidades de estilo y, llamando a un cabo y cuatro soldados, ordenó que trajesen a los presos que la orden designara.

—¡Pobres diablos —agregó Dick—, van a morir esta noche! Siempre es mejor que estar ahí para padecer.

—¡Hum! ¡Hum! —rezongó Anderson; y fue toda la respuesta que obtuvo la compasión negativa del inglés.

Dos espectros cargados de hierros aparecieron sobre la cubierta.

Fue necesario bajarlos a la ballenera.

Los oficiales Anderson y Torres descendieron también.

—Hasta luego, Mr. Dick —dijo Anderson.

—Hasta luego —respondió Dick—. Estimaré que eso no lleve mucho tiempo.

La ballenera comenzó a alejarse.

Dick volvió a continuar su paseo sobre la cubierta, diciendo:

—¡El yanqui está muy lleno de atenciones hoy conmigo!

La ballenera remó algún tiempo en dirección a tierra del lado del Retiro, después virando hizo proa hacia oriente, largó la vela, los remeros redoblaron la energía y la brisa refrescante también parecía favorecerlos.

Los presos, que después de tantos meses sepultados en los calabozos del pontón respiraron con dificultad el aire fresco de la noche, estaban tan aturdidos que no sabían lo que les acontecía.

—¿Vamos a ser fusilados? —preguntó Alsina volviéndose hacia el desconocido del capote que le quedaba a su lado.

A la inflexión de aquella voz que hace tanto tiempo no oye, el supuesto Torres no resiste más y ¡aprieta contra su corazón a un esposo adorado! Manuel Torres, el enviado del gobernador, ¡no era otro que la señora de Alsina!

Adolfo, escondido en el fondo de la ballenera, abraza las rodillas de su padre y los tres unidos en un apretado abrazo no hablan..., sus lágrimas se confunden, sus manos se estrechan... ¿Para qué decir más?... ¡Esas emociones se sienten, pero no se explican!

Lostardo, al timón, respira con dificultad y su mirada, queriendo penetrar en las tinieblas muy de prisa, interroga al cielo, el viento, la corriente, buscando en el espacio que ya recorrieron si aparece algún punto lejano.

Anderson, con un excelente óculo de noche, no deja tampoco el puesto de observación porque, desde que la piel y el bolsillo están en el juego, ya no dice más “Hum, hum” cuando le hablan.

Los valientes marineros están contentos de no poder ocultarlo por más tiempo; la Joven Italia vuela sin reposo impulsada por la brisa que más y más refresca.

Al romper el día, pasajeros, tripulación y jefes, todos saltaban a tierra en Colonia de Sacramento, tierra tan hermosa, tan fértil, cuyo bien situado puerto formará parte algún día de nuestro querido Plata.

¡Alsina estaba libre!

¡Su dedicada esposa quebró sus hierros!

¡Consignando en los anales inmortales de nuestra historia el hecho más estruendoso del coraje de una esposa y de una madre!

¡Qué resolución, qué valor sin igual para arrostrar tantos peligros que la cercaban! ¡Y ella tan firme, tan serena!

Cuando nuestros amigos saltaron a la tierra hospitalaria, a la vista de Colonia cruzaba una escuna de guerra: Federal Neto<sup>94</sup>.

¡Pero en Colonia estaba Esteban<sup>95</sup> con trescientos valientes!

¡Alsina estaba libre!

---

<sup>94</sup> **Federal neto**: calificación que se daba a los partidarios de Rosas, para diferenciarlos de otros federales no rosistas, denominados "lomos negros".

<sup>95</sup> **Esteban**: la novelista aludiría a Juan Galo Lavalle, quien por ese entonces residía en Colonia del Sacramento sin cargos políticos ni militares, hasta que decide volver a tomar las armas porque el nuevo presidente de Uruguay, Manuel Oribe, ordena su detención en 1838, entre otras razones. El nombre Esteban, simbólico, remite al primer mártir de la Iglesia cristiana; en consecuencia, Manso se muestra partidaria de Lavalle, figura controvertida de la historia argentina. Apoyan nuestra hipótesis las palabras del ayudante de campo de Lavalle, Pedro Lacasa: "no pudiendo ser indiferente á los atentados inauditos del bárbaro que devoraba los pueblos argentinos, se lanza con un puñado de bravos, sus compañeros de destierro, en defensa de sus hermanos, y lucha uno contra diez en cien combates, hasta que la bala de un cobarde traspasa el pecho que tantas veces había respetado la metralla española, cayendo como el mártir que afronta los peligros con la conciencia del sacrificio" (1858, p. 5). Algo similar puede leerse en el apartado 499 del *Compendio de la historia de las Provincias Unidas del Río de la Plata...* (1872, pp. 173-174) de la educadora.

## NOTA DE LA AUTORA

Comencé a esbozar esta novela en Filadelfia, en 1846; fue concluida en la fortaleza de Gravatá, donde viví cinco meses, a finales de 1849 y principios de 1850.

Temía publicarla porque la mayor parte de los personajes viven todavía; sobre todo Rosas no me perdonaría fácilmente la revelación de hechos, que muchos no creen y son para nuestra desgracia muy verídicos.

Los *Misterios del Plata* no son más que el comienzo de una serie de novelas históricas que aparecerán más tarde, si me fuese posible darles publicidad. El epílogo de esta novela no es posible publicar por ahora en el *Jornal das Senhoras* por inconvenientes independientes de nuestra voluntad; pero estamos dispuestas, siempre que hallemos cooperación, a hacer una edición de los *Misterios* acompañada entonces del epílogo<sup>96</sup>.

Como saben, lectoras, después de la caída del tirano, Alsina fue llamado al ministerio. Así debía de ser: hoy pidió su dimisión y se retiró a la vida privada; es la última prueba que esperábamos de la virtud de nuestro héroe, a quien todavía una vez más rendimos nuestro homenaje de admiración y respeto.

Río de Janeiro, 2 de junio de 1852.

Juana Paula Manso de Noronha

---

<sup>96</sup> Manso concluye apresuradamente la publicación de *Misterios del Plata* porque piensa regresar a la Argentina, ya que Rosas ha sido derrotado en Caseros y se ha refugiado en Inglaterra. Por aquella época, en el epílogo de una novela se narra el desenlace de los personajes secundarios. Según informamos en la introducción, Manso reescribe el texto en 1867, pero la edición queda inconclusa; y en 1899 es el editor quien termina la novela por hallarse incompleto el manuscrito que tiene a mano.



# Vuelos de cóndores

## Sugerencias didácticas para investigar y dialogar sobre *Misterios del Plata*

Lectores: los invitamos a dejar volar la imaginación y la curiosidad... Las sugerencias didácticas que aquí les dejamos son simplemente interrogantes que apuntan a pensar y a despertar el interés en una época pasada de nuestra historia, en la experiencia de la escritura, en lo que significaba ser mujer, en los valores patrióticos... Las posibilidades de abordaje de esta novela son muchas y en sus manos está el descubrirlas.

### ***Investigar sobre la autora***

- Podemos buscar en Internet información sobre Juana Paula Manso y retratos de ella... ¿Quién fue? ¿Cómo era? ¿Cómo se la describe? ¿Se animan a generar con IA un retrato de ella?
- ¿Cómo se imaginan a una mujer escritora del siglo XIX? ¿Qué habrá sentido Juana Manso escribiendo? Ella misma nos cuenta que la escritura se le vuelve difícil porque se acuerda de sus amigos que murieron a manos de los rosistas... En memoria de ellos, revive aquel momento histórico a través de un caso aciago, pero de final feliz. ¿Qué habríamos sentido nosotros si el desenlace hubiese sido fatal? ¿Cómo habría cambiado el mensaje de la autora?

### ***Investigar sobre los personajes de la novela y el contexto histórico***

- También podemos buscar más información sobre la familia de Valentín Alsina, sobre los Maza y sobre Juan Manuel de Rosas.
- ¿Y si consultamos a los profesores de Historia acerca de las diferencias entre unitarios y federales en la Argentina, y entre colorados y blancos en el Uruguay?

### ***Investigar sobre la veracidad de la historia narrada***

- Tal vez entonces nos surja la duda acerca de si la historia narrada es verídica... (aunque ya sabemos que la literatura es representación creativa y no oficio de escribanos). Podríamos preguntarnos por qué la novela se subtitula *Novela histórica contemporánea*. ¿Es una incoherencia o contradicción de la autora? ¿o ese rótulo nos da pistas de cómo leer el texto, ya que no sería una novela histórica tradicional? ¿Y si la catalogamos como *novela prospectivamente histórica*? Es decir, una novela basada en hechos reales (*histórica*) ocurridos poco tiempo antes de la escritura (entre 10 y 15 años, o menos; por eso, *contemporánea* a la autora) y que son narrados como si hubiesen sucedido en un pasado más lejano. ¿Cuál habrá sido la intención de Manso al elegir esta estrategia ficcional?
- En la nota 2 dimos algunos datos sobre el autor del epígrafe, Jules Michelet. Ahora agregamos información proporcionada por Roger Picard, en *El romanticismo social*:

Tanto por su sensibilidad, por su imaginación y por las grandes tesis de su filosofía social, como por su genio poético, por la forma de las intuiciones y por su estilo, Michelet es el más romántico de los historiadores. [...] He aquí por qué hace revivir el pasado: porque lo ve. Resucita a los hombres, el medio en que vivían, sus actitudes; el pasado no es para él una abstracción, sino que es la vida animada y coloreada, de la que capta a la vez los detalles y el conjunto (1947, p. 227).

Por su parte, el historiador y novelista argentino Vicente Fidel López, en un manual de retórica y poética que titula *Curso de Bellas Letras*, define la novela histórica como un suplemento utilísimo de la historia y agrega:

La novela es en el día una obra de grande importancia i de infinitas consecuencias: es una obra de partido i qe puede servir con eficacia para favorecer toda clase de miras. Como la novela pone en accion toda clase de caractéres, puede sublimar los unos i humillar los otros, promoviendo simpatías o antipatías llenas de veemencia i capaces de servir poderosamente las pretensiones del autor. De aquí resulta, qe cada escritor, segun su partido, cria tipos ideales de perfeccion o de iniquidad, qe pone en accion por medio de los resortes de la novela provocando las ideas i los sentimientos favorables o contrarios, qe quiere imprimir en sus lectores (1845, p. 302).

Si atamos cabos, podremos comprender qué entendían por historia y por novela los románticos del siglo XIX: ¿la historia es narración?, ¿la historia es igual que la novela?, ¿en qué se diferencian?, etc.; además, ¿cuál era la función social que le asignaban a la literatura?

- Suponemos que les habrá llamado la atención la (orto)grafía con que está escrita la cita de López. Responde a una normativa de la Universidad de Chile, donde fue publicado el *Curso de Bellas Letras*, que obligaba a las publicaciones a usar la “ortografía chilena”, inspirada en una propuesta de Domingo F. Sarmiento. A simple vista, ¿qué características tenía esa particular ortografía, o sea, cuál es el principio en el que se sustenta? ¿Han descubierto el *error* que aparece en la cita? Este error muestra que, aunque el principio es aceptable y lógico, en el uso es poco práctico.

### ***Dialogar sobre tiranía y defensa de la libertad***

- ¿Logró Manso convencernos de que no hay que dejarse vencer por los tiranos? Repasemos las reacciones y las convicciones de los distintos personajes: Valentín Alsina, Antonia Maza, el niño Adolfo, el viejo Simón, el joven Miguel, Julián, Lostardo, el Juez de Paz, Rosas, Corvalán... ¿Cuál nos conmovió más?, ¿cuál nos convenció acerca de sus ideas y, por consiguiente, por qué *bando* lucharíamos? En definitiva, ¿con cuál personaje nos identificamos más?

### ***Investigar sobre recursos de la novela y los efectos en los lectores***

- Se habrán dado cuenta de que uno de los recursos que la autora usa con más frecuencia es el contraste entre lo serio y lo satírico. ¿Qué efectos produce ese continuo contraste en nosotros como lectores?
- En el siglo XIX, como en la actualidad, los autores variaban los tipos de letra cuando querían destacar algunas palabras o frases, a fin de que los lectores prestasen más atención al sentido de ellas. ¿Qué habrá querido decir Manso cada vez que usó la letra itálica (también llamada cursiva o bastardilla)? Busquemos ejemplos y analicemos los matices semánticos que aporta la tipografía.

### ***Investigar y dialogar sobre el papel de la mujer en la novela***

- Antonia Maza es un personaje importante. En la segunda edición de la novela, desde el subtítulo, se habla de “una mujer heroica”. ¿Estamos de acuerdo con esa calificación? ¿En qué radicaría la heroicidad de Antonia?
- Antes solía utilizarse una frase que decía: “Detrás de cada gran hombre hay una gran mujer”. ¿Están de acuerdo con esa afirmación? ¿Piensan que sigue vigente ese dicho? ¿En qué lugar se coloca a la mujer?
- Agreguemos otra leña al debate: comparemos a Antonia Maza con la esposa de Rojas. Tengamos en cuenta que ese caso policial sucedió realmente y la víctima se llamaba Encarnación Fierro, si bien la novelista nunca la nombra. Pueden investigar sobre esa historia y reelaborarla en forma de cuento policial. Las pistas podrían apuntar a defender si fue un suicidio o un femicidio.
- ¿Qué habrá pensado Juana Manso acerca del papel y de los sentimientos de las mujeres en esa época tan convulsionada por el enfrentamiento entre unitarios y federales? En la novela pueden rastrear los vejámenes que sufrían las mujeres durante la guerra.

### ***Dialogar sobre principios morales***

- En el capítulo 10, “Lágrimas”, Valentín Alsina le da consejos de conducta a su hijo pequeño. Esos principios ¿tienen vigencia aún hoy?
- A lo largo de la novela, se describe y caracteriza a Juan Manuel de Rosas. Para poner de relieve su crueldad y maldad, la autora lo muestra en el ámbito doméstico. Las torturas a las que somete a sus bufones, las burlas, su humor sádico son un ejemplo a pequeña escala de lo que su sucede en el país. ¿Cómo se contraponen sus valores morales a los de Alsina y su familia?
- ¿Habría sido Juan Manuel de Rosas tan sanguinario como se lo pinta en la novela? Los políticos ¿son totalmente buenos o totalmente malos? ¿Qué opinan los historiadores contemporáneos? Averigüemos más sobre este gobernante y sobre su vida después de que perdió la batalla de Caseros (1852) y de que se refugió en Inglaterra, hasta su muerte en

1877. También es interesante conocer los pormenores del juicio, en ausencia, que se llevó a cabo contra Rosas en 1857.

- También pueden rastrear, en otros textos literarios de la época, representaciones de Rosas como tirano monstruoso, más incidentes provocados por la Mazorca, y las torturas y los ultrajes a los que sometían a los unitarios. ¿Todo vale en época de guerra para defender un ideal? ¿Y si esto nos da pie para analizar las guerras actuales?

### ***Reconstruir el ambiente geográfico e histórico de la época***

Reconstruyamos imaginariamente los distintos ambientes.

- En Internet hallaremos ilustraciones acerca de las embarcaciones (sumaca, ballenera, pontón), armas de fuego (espingarda), el muelle de Lafone (o Lafón, Laffone), la casa del Restaurador, la flora y la fauna que se mencionan en diversos pasajes.
- En Internet también encontraremos mapas del río Paraná y del puerto de Buenos Aires hacia mediados del siglo XIX, con sus balizas interiores y las balizas exteriores; la distancia entre Baradero y Buenos Aires en unidades de longitud usadas por la marina. Con IA pueden armar una simulación de la ciudad histórica.
- Asimismo, podemos rastrear cualquier palabra o frase que no hayamos entendido y que no sea explicada en alguna nota.

### ***Establecer relaciones intertextuales***

- Francesca de (di) Rimini, la mujer casada que se enamora de su cuñado Paolo, es un personaje de antigua data en la literatura universal. Si averiguamos más sobre las reelaboraciones de esta historia amorosa, tendremos una idea aproximada de cómo se ha extendido el motivo o tópico del amor prohibido que solo produce desdichas. ¿Habrá canciones populares y actuales con la misma temática?
- ¿Por qué Juana Manso habrá elegido el nombre de Francesca de Rimini para la sumaca por la que viaja la familia Alsina?

***Imaginar partes inconclusas de la novela y trabajar la escritura literaria***

- Las historias de Simón y de Miguel quedan inconclusas, así como también su participación en la huida de Valentín Alsina. Imaginen qué puede haber pasado con ellos. ¿Se animan a escribir una continuación para cerrar la historia de estos nobles personajes? ¿O un final alternativo para ayudar a Alsina en su huida?

Lorena De Gaspari y Hebe Beatriz Molina

## Bibliografía

### **Fuentes**

Lacasa, P. (1858). *Vida militar y política del general argentino don Juan Lavalle, escrita por su ayudante de campo Don Pedro Lacasa*. Imprenta Americana.

López, V. F. (1845). *Curso de Bellas Letras*. Imprenta del Siglo.

Manso de Noronha, J. P. (1 de enero al 4 de julio de 1852). Misterios del Plata: Romance historico contemporaneo. *O Jornal das Senhoras*. <https://hemerotecadigital.bn.br/acervo-digital/jornal-senhoras/700096>

Manso de Noronha, J. P. (29 de diciembre de 1867 al 16 de febrero de 1868). Guerras civiles del Río de la Plata; Primera parte: Una mujer heroica, por Violeta; 1838. *El Inválido Argentino*, 53-60.

Manso de Noronha, J. P. (1872). *Compendio de la historia de las Provincias Unidas del Río de la Plata: Desde su descubrimiento hasta el año 1871; Adoptado para el uso de las escuelas de la República Argentina* (5.<sup>a</sup> ed.). Imprenta de Pablo E. Coni.

Manso de Noronha, J. P. (1899-1900). *Los misterios del Plata: Novela histórica original I escrita en 1846*. Imprenta Los Mellizos, N. Tommasi.

Manso de Noronha, J. P. (1924). *Los misterios del Plata: Episodios históricos de la época de Rosas, escritos en 1846* (R. I. López Muñoz, pról. y ed. corregida). Librería y Casa Editora de Jesús Menéndez e Hijo.

### **Bibliografía de consulta**

Antelo, R. (marzo de 2012). O Jornal da Senhora de Noronha. *Boletim de Pesquisa NELIC*, 12(18), 61-82. <https://doi.org/10.5007/1984-784X.2012v12n18p61>

Contreras Roqué, J. R., Giacchino, A., Gasparri, B. y Davies, Y. E. (2020). *El Río Paraguay: natural e histórico: aportes para la biografía de un río*. Fundación de Historia Natural Félix de Azara. <https://ri.conicet.gov.ar/handle/11336/133231>

De Giorgio, M. (comp.). (2010). *Juana Manso, 1819-1875: vida y obra de una heroína argentina*. [Web]. <http://juanamanso.org>

Lewkowicz, L. (2000). *Juana Paula Manso (1819-1875): Una mujer del siglo XIX*. Corregidor.

Lois, É. (2005). Juana Paula Manso, puente entre dos culturas; la edición genética bilingüe de 'Los misterios del Plata' ideada por Paul Verdevoye. *Río de la Plata*, (28), 197-209.

Mataix, R. (2010). *Antídotos del destierro: La escritura como desexilio en Juana Paula Manso*. Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes. <https://www.cervantesvirtual.com/obra/antidotos-del-destierro-la-escritura-como-desexilio-en-juana-paula-manso/>

Picard, R. (1947). *El romanticismo social* (B. Chacel, trad.). Fondo de Cultura Económica.

Pierini, M. (2002). Historia, folletín e ideología en *Los misterios del Plata* de Juana Manso. *Nueva Revista de Filología Hispánica*, 50(2), 457-488. <https://www.redalyc.org/articulo.oa?id=60250205>

Vázquez, A. E. (2022). Factores que condicionan la autotraducción: El caso de *Los misterios del Plata*, de Juana Manso. *Mutatis Mutandis*, 15 (1), 95-110. <https://revistas.udea.edu.co/index.php/mutatismutandis/article/view/346985>

Velasco y Arias, M. (1937). *Juana Paula Manso: Vida y acción*. Talleres Gráficos de Porter Hnos.